TAMARA

Gill



DORADO EN PECADO

DORADO EN PECADO

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Epílogo

Boletín
Otras Obras de Tamara Gill
Acerca de la autora

CRÉDITOS

Dorado en pecado
La Heredera, Libro 5
Copyright 2025 por Tamara Gill
Portada Wicked Smart Designs
Todos los derechos reservados

Este libro es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del escritor o se han utilizado de forma ficticia y no deben interpretarse como reales. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos reales, lugares u organizaciones es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Sin limitar los derechos de autor reservados anteriormente, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o introducida en una base de datos y sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o medio (electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de otro tipo) sin el previo permiso por escrito tanto del propietario de los derechos de autor como de los editores anteriores.

SINOPSIS

Una apuesta nacida del orgullo. Una pasión a la que ninguno puede resistirse.

Lady Isabella Ravensmere no tiene paciencia con los libertinos, ni con sus juegos imprudentes. Sin embargo, el exasperantemente encantador marqués de Whitmore logra inquietarla con cada mirada furtiva y sonrisa pecaminosa. Se suponía que debía ser su enemigo. En cambio, se ha convertido в su obsesión.

Lord Hartley Whitmore nunca tuvo la intención de caer. Lo que comenzó como una absurda apuesta pronto se convierte en aquello de lo que no puede alejarse. Pero cuando la verdad y el deseo chocan, su rivalidad amenaza con arruinarlos a ambos.

En un mundo regido por el escándalo, un solo beso podría destruirlos... o atarlos para siempre.

CAPÍTULO

UNO

Isabella rechinó los dientes por tener que asistir a otra Temporada más en la ciudad. Su tercera y, si ella tenía algo que decir al respecto, la última. Era intolerable tener que soportar otros tres humillantes meses en Londres fingiendo que deseaba ser cortejada por todos los petimetres que intentaban hacerle la corte, bailar y aparentar ser alguien que a todas luces no eran.

Claro que quizá estuviera un poco hastiada del sexo opuesto, y no podía evitar sentirse así después de la decepción que le había supuesto la oferta de los últimos años. Ningún caballero había logrado captar su atención, así que ¿cómo iba a entregar su corazón si la mitad de las veces ni siquiera se molestaba en prestarles la más mínima atención?

Eran todos tan falsos.

Y uno en particular, esa Temporada, lo era más que ningún otro.

Lord Hartley Whitmore. No lograba entender cómo podía ser el hermano mayor del amado esposo de su hermana, lord Benedict. A veces, Isabella estaba segura de que lord Whitmore era como una rama desgajada de su familia, tan diferentes parecían los hermanos. Benedict era cariñoso, un hombre cristiano, amable y afectuoso que intentaba ayudar a quienes tenían menos que él.

¡Pero su hermano!

Como si sus pensamientos lo hubieran invocado, lord Whitmore entró pavoneándose en el baile de los Kenworthy, acaparando toda

la atención que podía y sin rehuir las miradas de admiración que la mayoría de las mujeres le dirigían.

—Menudo donjuán —Isabella frunció los labios en una mueca de desagrado mientras lo fulminaba con la mirada—. Realmente era el hombre más irritante que había conocido en su vida. Que estuviera de vuelta en Londres solo hacía que su última Temporada fuera aún más agotadora.

Tener que verlo casi todas las noches lanzar una mirada, conceder un roce a cualquier mujer que considerara adecuada, antes de desaparecer en algún lugar de los jardines o de la casa durante un tiempo sospechosamente largo, era casi suficiente para revolverle el estómago.

Aquel hombre no tenía vergüenza. Y que ahora estuviera emparentado de alguna manera con su familia era exasperante.

—Lord Cust está muy elegante esta noche —dijo Rosalind a su lado, señalando con la cabeza al conde que se encontraba no muy lejos de ellas conversando con una dama a la que llevaba cortejando varias semanas y que, desde luego, no miraba en su dirección, como bien sabía su hermana.

—Está casi comprometido. Creo que el *ton* se enterará del anuncio cualquier día de estos, y no será conmigo.

Isabella intentó ocultar el desdén y la decepción en su tono, pero hasta ella misma supo que había fracasado estrepitosamente. No tenía sentido. Donde sus hermanas habían triunfado, ella había fracasado.

Sus matrimonios —todos por amor— eran muy elogiados y aquello a lo que otras damas de su círculo social aspiraban si era posible. Por desgracia, ella no era una de ellas. Quizá había sido un poco arisca a veces. Demasiado testaruda y criticona, pero solo porque sus hermanas se habían casado tan bien que sus exigencias eran altas.

No podía rebajarse ahora.

—Bells, mi dulce cuñada, cómo he echado de menos tu semblante ceñudo desde la última vez que lo vi.

—Whitmore —su nombre sonó como si escupiera lodo, y la verdad es que así era. No era mejor que la suciedad que una

encontraba en la suela de sus zapatillas—. No soy tu cuñada, y tampoco necesito que vengas a hablarme. Nos llevamos perfectamente cuando no lo haces.

Él soltó una risita, un sonido profundo y grave que la irritó. Ella cerró los ojos y luchó por mantener la paciencia. No iba a reprenderlo en público y avergonzar a la familia. Aunque quisiera hacerlo cada vez que él se atrevía a dirigirle la palabra.

Lo cual sucedía con más frecuencia de la que ella deseaba.

—¿A que sí? Aun así, disfruto de nuestros pequeños *tête-à-têtes*. Los bailes a los que ambos asistimos no serían lo mismo sin tu rostro sonriente y feliz para recibirme cada noche. No sé qué haría si no me recibiera con tanto amor afable mi queridísima cuñada.

—Otra vez, que no soy tu cuñada, zoquete. —Se encontró con sus ojos y vio la risa en su mirada verde—. Maldita sea, el hombre, a pesar de lo irritante que era, resultaba rematadamente guapo para su propio bien. Y él lo sabía, para su perdición.

—¿No deberías estar allí —gesticuló—, con la viuda lady Leveson? Parece que está anhelando tu atención, y estoy segura de que te mueres por escabullirte a algún lugar de esta casa y hacer lo que te ha mantenido ocupado estas últimas semanas.

Isabella lo observó con atención. Por mucho que él intentara componer un semblante inocente, a ella no la engañaba. En los salones privados de aquellos grandes eventos ocurrían muchos encuentros ilícitos; no era tan ingenua como para no saberlo.

—Eres una dama. No deberías saber lo que hago aquí ni en ningún otro sitio.

—También empiezo a ser algo talludita y sé lo suficiente. Por no mencionar que esas damas con las que te escabulles están encantadas de hablar de sus escarceos contigo más tarde, y no siempre con la discreción que deberían.

—¿De verdad? —Su sonrisa de suficiencia fue tan descarada que ella apretó el puño a su costado para no abofetearlo.

—¿Y te complace? —entrecerró los ojos—. Deberías avergonzarte. Al menos, búscate una amante. ¿Y si una de las damas con las que jugueteas acaba en una situación

comprometedora? Estarías perdido, y no olvidemos que ya te marchaste de Inglaterra una vez por un escándalo.

—Del cual era inocente, por si necesitas que te lo recuerde. —Se acercó a ella y, por mucho que deseara apartarse, una gran palmera en una maceta se lo impidió—. Y ya que sabes tanto sobre mis escarceos íntimos, déjame asegurarte que siempre tengo cuidado. Jamás pondría en riesgo el nombre de mi familia, Bells.

—Para ti soy lady Isabella.

—Me gusta más Bells. Suena muy bien en mi boca.

Ella se encontró con sus ojos, notando que toda la risa se había desvanecido de su mirada. Se le erizó el vello de la nuca y rápidamente volvió a mirar hacia la pista de baile. Isabella respiró hondo y se calmó, sin saber qué quería decir lord Whitmore con sus palabras, pero con la extraña sensación de que insinuaba algo más de lo que decía.

Pero, claro, a él le gustaba bromear, provocar, ser falso, así que sin duda estaba intentando ponerla nerviosa de una forma nueva y diferente a las anteriores.

—Pues a mí no me gusta y me llamarás por mi título hasta que te dé permiso para hacerlo de otra manera, lo cual, te advierto, probablemente nunca ocurra.

Él se llevó una mano al pecho y jadeó. —Me hieres, profundamente. No sé por qué eres la única dama presente en Londres que no cae a mis pies. ¿No te encanto ni un poquito? Hago todo lo posible contigo y, sin embargo, eres estoica y fría, apenas cedes en tu odio hacia mí.

Sus palabras la dejaron sin aliento y se quedó boquiabierta. —No lo odio, milord, pero tampoco pienso en usted. —Le salió la mentira con una credibilidad de la que se sintió agradecida. Sí que pensaba en él, más de lo que debería, aunque solo fuera para echarle tierra encima o reprenderlo, nada más.

Él la observó y ella luchó por no juguetear con las manos. —Estoy decidido a que seas mi amiga. Siento que ambos somos criaturas similares. Yo soy un lobo solitario y tú eres una gatita solitaria.

—¿Una gatita?

Su sonrisa era contagiosa y ella se resistió a sonreírle. —Sí, una gatita. Todo garras, hasta que encuentran a alguien a quien aman, y entonces son todo mimos.

Isabella puso los ojos en blanco. —Me temo que estás borracho y que piensas demasiado en gatos. Deberías escabullirte y encontrar tu conquista de esta noche. Estás perdiendo tu valioso tiempo conmigo, sobre todo cuando podrías emplearlo de forma más placentera en otro lugar.

—¿Qué te hace pensar que no estoy obteniendo placer de nuestro escarceo?

—Esto no es un escarceo, es una conversación, y no soy tan inocente como para no saber que lo que haces en las entrañas de estas grandes casas no es placentero. Yo leo, milord.

Él se aclaró la garganta y se ajustó el pañuelo del cuello. —Me complace enormemente que digas eso, empezaba a pensar que tenías mucha más experiencia de la que una doncella debería tener.

El calor floreció en las mejillas de Isabella al darse cuenta de cómo se habían interpretado sus palabras. —No tengo ninguna experiencia. Simplemente no soy tan ingenua como para no enterarme de nada, como muchas de las otras debutantes cada año.

—Me alegro de oírlo. Odiaría que mi gatita anduviera al acecho.

Isabella puso los ojos en blanco y le dio una palmada en el pecho a Whitmore mientras se disponía a marcharse. Un error, en el momento en que su palma tocó las solapas de su levita y la dureza de su cuerpo tonificado se encontró con su mano. Se le secó la boca y tuvo que tragar para forzar las palabras que quería decir. —Le dejaré el acecho al lobo. Buenas noches, Whitmore. Procura no pillar la viruela.

La mano de él se cerró sobre la suya, impidiéndole marcharse por un momento. —Lo intentaré, solo por ti, lady Bells…

CAPÍTULO
DOS

Hartley no estaba de humor aquella noche para buscar amigos que le hicieran compañía, ni se sentía especialmente entusiasmado por estar en el baile de los Kenworthy, no después de su conversación con lady Isabella; pero se quedaría, cumpliría con su deber como marqués de Whitmore e intentaría salvar algo de la reputación que había perdido por su escándalo de dos años atrás.

Bebió un sorbo de una copa de vino tinto, observando a la sociedad moverse a su alrededor, pero su atención se desviaba continuamente hacia lady Isabella Ravensmere. Su némesis y la única mujer con la que podía soportar una conversación, aunque no fuera más que un intercambio de puyas apenas disimuladas.

Aun así, disfrutaba de su compañía cuando ella se la permitía, aunque no podía decir lo mismo de ella. Apenas lo toleraba, y no podía culparla. No si había estado observándole como afirmaba haber hecho esa noche. Si conocía cada uno de sus movimientos, sus ocupaciones en tales eventos, no era de extrañar que le desagradara tanto y viera lo que era.

Un libertino.

No era que no disfrutara de la compañía de las mujeres, y a pesar de su carácter arisco, lady Isabella Ravensmere era una de las damas más atractivas que conocía. Y una a la que acogería en su lecho con demasiada presteza. No es que ella correspondiera a su

deseo, pero aún quedaban algunas semanas de la Temporada, así que no la descartaría todavía.

—Basta. Sé lo que estás haciendo. Te he visto antes con lady Isabella y tienes que dejar de fastidiarla. Un día se vengará y entonces quedarás en evidencia.

Hartley se encogió de hombros ante las palabras de su hermano y continuó observando a Isabella bailar con el conde de Tyndall. —Me gusta fastidiarla. Se irrita con facilidad y está muy atractiva cuando se enfada. Hay que domar a la fierecilla.

Benedict lo fulminó con la mirada. —No la llames fierecilla. No lo es, y eso es muy cruel.

—Cierto, y me disculpo, y la dejaré en paz si eso te hace feliz. Simplemente intentaba ser su amigo, ya que ahora somos prácticamente familia.

La mirada de su hermano se desvió hacia donde su esposa hablaba con la duquesa de Ravensmere, una imagen de la perfección, como lo eran todas las hijas de Ravensmere. —¿Tengo entendido que lady Clementine hará su debut el próximo año, después de haber contraído una terrible infección pulmonar el invierno pasado, es correcto?

—Así es. Casi muere, por lo que dijo Angelica. Se está recuperando en la finca ducal de Hampshire, pero debutará el año que viene.

—Me alegro de que esté mejor. —Divisó a lady Isabella con el conde una vez más y notó que la mano del caballero estaba particularmente baja en su espalda, casi rozando la parte superior de sus posaderas.

Apretó la mandíbula, captando la mirada del conde y negando con la cabeza ante su familiaridad con Isabella. Tyndall le dedicó una sonrisa condescendiente y la irritación de Hartley se duplicó. —Creo que deberías hablar con lord Tyndall. Se está tomando demasiadas confianzas con lady Isabella. —Señaló hacia donde estaban en la pista de baile—. Mira dónde tiene puesta la mano. Es una posición groseramente baja y su reputación podría verse manchada si una de las matronas de la *alta sociedad* ve lo que está permitiendo sobre su persona.

—Estoy seguro de que lady Isabella ya sabe lo que está y no está permitido en cuanto al decoro.

Hartley sintió la inspección de su hermano sobre él y se negó a mirarlo a los ojos. —¿Cuál es tu interés en lady Isabella? ¿Deseas cortejarla?

—En absoluto. —Las palabras salieron mucho más rápido de lo que había pensado—. Simplemente hablo con ella porque es la hermana de Angelica, y nada más. —Lo cual no era del todo cierto. Sí disfrutaba hablando con ella, pero era más porque le encantaba observar cada uno de sus gestos. Era una de las mujeres más bellas de Londres, casadera y rica, e hija de un duque; todo lo que un hombre como él desea en una esposa. Pero también era muy arisca, se había asegurado de que sus dos Temporadas anteriores no tuvieran éxito, y no podía evitar preguntarse si había rechazado a sus pretendientes simplemente para permanecer soltera.

Por qué, sin embargo, no podía imaginarlo. ¿Acaso no todas las mujeres como ella deseaban casarse, tener su propio hogar que dirigir, la posibilidad de tener hijos?

No lady Isabella Ravensmere, según todas las apariencias.

—No juegues con ella. No deseo tener que rendir cuentas a Ravensmere y tú tampoco quieres perderlo como amigo. Tienes muy pocos, con todas las mujeres con las que ya te has acostado y con todos los caballeros con los que te has enemistado.

Hartley apuró el resto de su vino, incapaz de discutir ese punto con su hermano, no cuando era cierto. Se había enemistado con muchos de sus amigos, y quizás debería refrenar su entusiasmo por el sexo opuesto.

Frunció el ceño ante la idea, sabiendo que ciertamente no sucedería. Disfrutaba demasiado de la vida como para dejar de encamarse por la ciudad, algo en lo que era muy bueno.

—No jugaré con ella, pero disfruto mucho fastidiándola y ella siempre entra al trapo.

Su hermano suspiró, negando con la cabeza. —Lady Isabella necesita casarse y que tú la saques de quicio no le ayudará a encontrar un caballero que no desprecie. Sabe Dios que todos los demás que han pedido su mano han sido rechazados por las más

nimias tribulaciones. Que tú la molestes aún más no ayuda a nuestro sexo a ganar su corazón.

—Si se casa, ¿puedo jugar con ella entonces? —La idea no se le había ocurrido antes, pero ahora que pensaba en la perspectiva, no veía más que los aspectos positivos que conllevaba. Estaría casada, protegida por el nombre de su marido y, por lo tanto, cualquier relación extramatrimonial en la que participara quedaría para siempre entre ella y su amante.

Una situación en la que todos salían ganando, sin duda.

—En absoluto. —Su hermano lo miró fijamente, con los labios fruncidos en una línea de disgusto—. Contrólate, hermano. Eres un Whitmore, y el apellido debería ser conocido con orgullo y respetado por todos. Si te rebajas a tal nivel, nunca recuperarás tu reputación, la cual, debo recordarte, todavía estás reconstruyendo después de tu último escándalo.

—Eso fue durante el invierno y nadie en la ciudad recuerda lo que pasó. —No es que él pudiera olvidar que casi se comprometió a sí mismo con lady Aitken después de que fueran sorprendidos en un carruaje por su amiga más cercana, lady Ponson, a quien pudo mantener en silencio haciéndole un servicio similar al que le había hecho a su amiga.

No había sido una tarea difícil; disfrutaba del sexo y le gustaba tenerlo tanto y tan a menudo como podía. Llevar a una mujer al clímax para que no cotilleara sobre uno mismo podía ser una forma de prostituirse, o de chantaje, según cómo se mirara la situación, pero sus problemas se solucionaron y de manera placentera.

—Yo lo recuerdo, y tienes que comportarte.

—Lo intentaré —concedió, queriendo cambiar de tema. Miró al otro lado de la sala y vio al conde inclinándose para hablar íntimamente con lady Isabella. Lo que fuera que el caballero le dijo provocó un sonrojo en las mejillas de lady Isabella, y nunca había estado más bonita.

Se frotó una mano sobre el pecho, disgustado por la opresión que sentía allí y esperando no haber comido demasiado queso en la cena antes de salir.

—Espero que lo hagas. Por el bien de todos.

Su hermano se dirigió hacia su esposa, dejándolo solo. Hartley aprovechó la oportunidad para observar los gestos de lady Isabella mientras hablaba con el conde, e intentó descifrar de qué estaban hablando.

Del tiempo, del estado de los caminos o quizás de cuánto deseaba complacer a lady Isabella el conde, quien era tan malo como él cuando se le soltaba en un burdel. ¿Le estaba soltando cuánto le gustaba? ¿Que la admiraba y la consideraba bonita?

Antes de que Hartley supiera lo que hacía, había comenzado a caminar en su dirección. No había nada de malo en hablar con ella de nuevo. Después de todo, eran casi familia, y qué mejor manera de mantenerse a salvo de los libertinos que ser protegida por uno.

La mano del duque de Rolle se posó en su hombro y detuvo sus pasos hacia lady Isabella. —Whitmore, no he podido evitar oír su conversación anterior con lady Isabella; perdóneme, pero tengo una pequeña proposición que podría gustarle.

Se volvió para mirar al duque. —¿Una proposición? Siempre estoy dispuesto a escuchar una.

—Bueno, en cuanto a eso —continuó el duque—. Ya que me ganó varios cientos de libras la semana pasada, ¿qué tal si apuesto esa suma, doblada, si alguno de los dos gana?

Whitmore estudió al duque un momento, gustándole la idea de ganar mil libras, no solo quinientas. —Continúe —le indicó.

La atención de Rolle se desvió hacia donde estaba Isabella, y el interés de Hartley se duplicó. —Lady Isabella es una mujer que sabe lo que quiere. De hecho, no tolera bien a los necios, ni a usted por lo que parece, así que creo que una apuesta sobre cuál de los dos consigue su primer beso, gana.

Un beso. Con lady Isabella. A Hartley le gustó la idea de inmediato y asintió. —Diría que acepto esa apuesta y le deseo suerte, aunque creo que está bastante prendada de mis encantos, por mucho que finja lo contrario.

El duque se rio, negando con la cabeza. —Creo que está usted completamente loco, e incorrecto, pero últimamente no ha sido tan fría conmigo, así que quizás pueda ganar yo.

La idea de que Isabella besara al duque agrió un poco el plan. —¿Y si cree que estamos enamorados de ella? ¿Que un beso equivaldría a un matrimonio, qué entonces?

—No creo que una solterona, y ciertamente no lady Isabella, besara a ningún hombre a menos que lo deseara. Creo que disfrutará del interludio y lo agradecerá, sin esperar nada a cambio. Siendo esta su tercera Temporada y todo eso, imagino que está bastante desesperada.

A Hartley se le erizó el vello. —Es hija de un duque, creo que podría estar subestimándola o lo que ella sabe que es correcto en lo que respecta a la sociedad y nuestra conducta dentro de ella.

El duque se encogió de hombros. —Quizás a medida que la conozcamos, en nuestra búsqueda por besar sus dulces labios, que debo decir que son bastante atractivos, desarrollemos sentimientos y el matrimonio sea una posibilidad, pero no lo sabremos hasta que lo intentemos. —El duque hizo una pausa—. Así que, ¿qué me dice?

Hartley estudió a lady Isabella y supo en lo más profundo de su ser que nada le gustaría más que besar su boca maliciosa y a veces mordaz. Silenciarla por un instante. En cuanto a que el duque la besara... eso nunca sucedería. —Digo que estamos de acuerdo. Mil libras para el hombre que la bese primero.

El duque asintió, claramente complacido consigo mismo y con su apuesta. —Espero con ansias mis ganancias. Buenas noches, Whitmore.

—Rolle.

CAPÍTULO

TRES

A la tarde siguiente, Isabella se encontraba sola en Hyde Park, con su doncella a unos metros de distancia, apoyada en un árbol y absorta en el libro que estaba leyendo. Isabella, sin embargo, estaba sumida en otro pasatiempo completamente distinto: el de observar a la gente. O, más concretamente, en observar a lord Whitmore pavonearse por la orilla del lago Serpentine con lady Leveson del brazo, deteniéndose de vez en cuando para señalar algún patito o cisne que pasaba nadando.

Como si a él le importaran las aves del parque. Qué farsante era aquel hombre…

Lady Leveson había debutado en sociedad al mismo tiempo que ella, pero se había casado, había dado a luz un hijo y había enviudado, todo en el plazo de un año desde la boda. Algunos decían que interpretaba muy bien el papel de viuda desconsolada, pero aquel día no parecía ni de lejos melancólica.

La estampa que formaban juntos era encantadora y, a la vez, falsa, si es que Isabella era capaz de juzgar correctamente el carácter de una persona; y, desde luego, creía poder juzgar el de lord Whitmore como el de alguien que recurre a la mentira para conseguir su objetivo final.

A saber: llevarse a la cama a la mujer que lo acompañaba.

Suspiró y pasó la página del libro que yacía sin leer en su regazo. Al menos, tenía que fingir que leía a la sombra, por si a alguien se le ocurría mirarla y decidía acercarse a hablar con ella.

Pero, en realidad, solo deseaba estar sentada en el parque, sola y en silencio, y disfrutar de la paz antes de que el evento de esa noche le robara irremediablemente el equilibrio.

Bajó la vista hacia el libro, pero desvió la mirada para atisbar a lord Whitmore por debajo de las pestañas después de que este soltara una carcajada estruendosa, seguida al poco por el tintineo de la de lady Leveson. Isabella apretó los dientes. Qué triste que su señoría tuviera que fingir que milord era divertido. Estaba lejos de serlo; de hecho, si tuviera que dar su opinión, diría que «tedioso» se ajustaba mejor a su carácter.

Él miró a su alrededor por el parque, quizá buscando a otros que se hubieran percatado de lo bien que se lo estaba pasando con su amante de turno, antes de que su mirada se detuviera en ella. No es que pudiera verla observándolo con la cabeza aún inclinada sobre el libro. O, al menos, esperaba que no la viera vigilarlo, pues aquel libertino no necesitaba tener un concepto aún más alto de sí mismo, y desde luego no necesitaba creer que ella deseaba conocer todos sus movimientos.

Cosa que, por supuesto, no deseaba; pero era difícil no saber dónde se encontraba Whitmore en todo momento, sobre todo cuando él se esforzaba tanto por asegurarse de que todo el mundo lo supiera.

—Lady Isabella —la llamó lord Whitmore, acercándose a grandes zancadas con lady Leveson del brazo.

Isabella levantó la vista y esbozó una leve sonrisa antes de ponerse en pie. Se alisó el vestido y se aferró al libro que leía contra el pecho. Contuvo las ganas de fulminar con la mirada a su señoría, que no era su amiga y se había encargado de que lo supiera el año de su debut.

En ese momento, la sonrisa de su señoría era apenas visible, más bien parecía enseñar los dientes como si deseara reprenderla por interrumpir su tiempo con uno de los solteros más cotizados de Londres.

Bueno, lady Leveson podía quedarse con él. A ella no le interesaba en lo más mínimo, y tampoco era necesario que la dama

pareciera tan disgustada. No era como si ella lo hubiera llamado para entablar conversación.

—Lord Whitmore, lady Leveson —dijo, sonriéndoles a ambos con la esperanza de parecer complacida de verlos, aunque no deseara que la entretuvieran ni un momento más.

Una abeja revoloteó a su alrededor e Isabella la espantó con el abanico. —¿No es un día precioso para estar en el parque? — Observó cómo la abeja zumbaba cerca de lady Leveson, quien gritó y se agachó, mientras la mirada sobresaltada de lord Whitmore se volvía hacia la viuda con alarma.

—¿Se encuentra bien, milady? —preguntó él, que obviamente no había visto el insecto.

—Hay una abeja —afirmó Isabella con naturalidad, mirando de reojo por encima del hombro para asegurarse de que su doncella seguía allí—. ¿No la ha visto?

—No. Estaba demasiado distraído, ya me entiende.

Isabella resopló y enarcó una ceja. Distraído por lady Leveson, quien sin duda ocuparía su tiempo durante mucho más rato esa tarde en la soledad de su hogar. La idea de ellos dos solos, enredados en cualquiera de las nefastas cosas que su señoría hacía con las mujeres, era suficiente para que se le revolviera el estómago de la repulsión.

Menudo canalla. Un libertino.

Lo fulminó con la mirada antes de que el grito sobresaltado de lady Leveson la arrancara de nuevo de sus pensamientos sobre el irritante marqués. —Me persigue. Estoy segura. —Su señoría se apartó de ellos, agitando las manos como si la abeja le estuviera volando alrededor de la cara. No era así. De hecho, Isabella no la veía volar por ninguna parte en ese momento.

—Tengo entendido que si se ignora a las abejas, tienden a dejarte en paz. Deje de agitar las manos por todas partes y pronto se ocupará de otra cosa.

—Ay.

Se volvió para mirar a Whitmore y lo encontró sujetándose la ceja. —Me ha picado.

—Oh, debo marcharme si las abejas están embravecidas hoy. No me sientan bien las picaduras, y tenemos el baile de los Craigmore esta noche. No puedo encontrarme mal y perderme el evento. Espero que la picadura no sea muy grave, lord Whitmore. —Sin más dilación, lady Leveson giró sobre sus talones, llamó a su doncella y se fue como si la persiguiera el mismísimo diablo.

Isabella se quedó boquiabierta, antes de volver a mirar a Whitmore. Sus ojos se abrieron como platos al verle la cara. Ya se le hinchaba el párpado y veía el aguijón sobre la ceja, clavado como una flecha diminuta.

—Milord, agáchese un poco. Todavía tiene el aguijón en la cara. —Él hizo lo que le pidió y ella se estiró, quitándose el guante para usar la uña y quitárselo de un papirotazo. Al principio no fue consciente de lo terriblemente cerca que estaba de su señoría, pero ahora podía sentir el suave roce de su aliento contra sus labios.

Sus ojos se encontraron con los de ella e Isabella retrocedió rápidamente, poniendo una distancia prudencial entre ellos. —Me temo que necesitará hielo. Quizá debería venir a nuestra casa, que está más cerca que la suya. Sé que aún nos queda hielo en el sótano que podría ayudar con la hinchazón.

—¿Tengo hinchazón? —Se llevó una mano a la cara y sus ojos se abrieron de par en par al sentirla.

—Bastante hinchazón, sí. —No quería asustarlo, pero, tal y como lo tenía de hinchado, ciertamente necesitaba descansar y aplicarse una compresa fría en la cara.

—Debería volver a casa y esperar que la hinchazón baje. No deseo importunar a Ravensmere con este asunto de poca monta.

—No creo que deba quedarse solo. ¿Y si empeora y no puede pedir ayuda?

Incluso con la cara hinchada, logró dedicarle una sonrisa pícara. —¿Se preocupa por mí, lady Isabella? ¿Percibo cierta inquietud por mi bienestar? —bromeó.

Ella enarcó una ceja, sin estar dispuesta a darle esa satisfacción, aunque sí estaba preocupada. —No me preocupo por usted más de lo que me preocuparía por cualquiera en su situación. No le dé a mi

desvelo más importancia de la que tiene. Sería un flaco favor para su ego si lo hiciera.

Él se rio entre dientes y partes de su cara no se movieron como debían con el gesto, lo que le daba un aspecto mucho más extraño de lo que ella había pensado que tendría tan poco después de la picadura. —Vamos, está empeorando, y creo que necesita supervisión. —Pasó su brazo por el de él, por si decidía desmayarse, y comenzó a caminar de regreso a donde estaba aparcado su carruaje—. Haré que mi lacayo le diga a su cochero que venga a por usted cuando se le avise.

—Lo que usted diga, Bells.

Ella le lanzó una mirada fulminante, pero decidió ignorar el uso tan familiar de su nombre. En su lugar, lo ayudó a subir a su carruaje y regresó a casa. Seguro que su cocinero tendría algún remedio para las picaduras de abeja y la hinchazón, que, por desgracia, estaba sufriendo lord Whitmore.

Y bastante, a juzgar por su nariz hinchada, que se había unido a su ceja.

CAPÍTULO

CUATRO

Le palpitaba el ojo y apenas podía ver por él. Una lástima, pues nunca antes había visto a lady Isabella tan atenta con él, pero desde luego podría acostumbrarse a sus cuidados maternales.

Inspiró profundamente su dulce aroma, rosas, si era capaz de distinguir la fragancia mientras ella le aplicaba una compresa fría en media cara para tratar de aliviarle la hinchazón. Por suerte, la boca aún no se le había visto afectada y Ravensmere, que lo había instalado en una habitación de invitados del piso de arriba, estaba de acuerdo en que no era necesario llamar al médico por el momento.

—Creo que está bajando un poco, pero sigue terriblemente hinchado. No estoy segura de que llegues al baile de los Craigmore esta noche. —Los carnosos labios de lady Isabella se fruncieron, y él no pudo evitar tener la impresión de que a ella le importaba un bledo que no fuera a asistir al baile de esa noche—. Qué decepcionada se va a sentir lady Leveson de que quizás no llegues a verla. Estoy segura de que los planes de esta tarde la han dejado un poco melancólica, después de recuperarse del susto con la abeja, claro está.

Él sonrió, incapaz de evitar preguntarse si lady Isabella sonaba demasiado complacida por la cancelación de sus planes. —¿No estarás celosa, verdad, Bells? Si quieres que te haga una visita y pasemos un rato a solas, estaré más que encantado de complacerte.

Ella abrió los ojos como platos antes de entornarlos con fastidio.

Él se rio entre dientes.

—Eres un sinvergüenza. Preferiría que estuvieras con lady Leveson a que estés aquí, todo hinchado y deforme, y aun así intentando coquetear como si fueras tu yo de siempre.

—¿Mi yo apuesto de siempre? —Alzó las cejas con picardía y, antes de que pudiera decir una palabra más, ella levantó la compresa fría, le dio la vuelta y se la estampó de nuevo en la cara.

—Ay, eso casi ha dolido tanto como la picadura.

—Bien. —Se puso de pie, pero antes de que pudiera alejarse de él, alargó la mano, la agarró y la atrajo hacia la cama—. A pesar de mis bromas, Bells, aprecio de veras tus cuidados.

La doncella, sentada junto a la ventana, carraspeó, todavía leyendo el mismo libro que tenía en el parque. Whitmore le soltó la mano, no sin antes llevársela a los labios y besarle la palma.

Ella se soltó de un tirón y negó con la cabeza. —Tenéis que comportaros, milord. Sabéis que no me interesan vuestras gracias ni vuestras bromas, así que haced el favor de guardar todas vuestras habilidades para quienes sí las deseen.

Se incorporó en la cama y se cruzó de brazos. —No puedo creer que mis coqueteos no surtan efecto contigo. No puedes ser tan fría como el mármol. Tiene que haber un corazón ahí dentro en alguna parte.

—No deseáis mi corazón más de lo que yo deseo entregarlo, especialmente a un hombre que solo lo rompería. No sois el tipo de caballero que es leal a una sola. Estáis demasiado ocupado complaciendo a muchas más mujeres de las que deberíais.

—Y se me da muy bien complacer. ¿No sientes ni un poco de curiosidad por saber por qué estoy tan solicitado? —No debería hablarle de esa manera. Estaba bromeando y provocándola para tener una conversación que ella sentía que no entendía del todo. Posiblemente ni siquiera captaba el significado completo de sus palabras. Aun así, no se detuvo.

Se sentó en la silla junto a la cama y lo miró, impertérrita. —No me interesa saberlo, pero no dudo de que me ilustraréis de todos modos.

—No debería ilustrarte, aunque creo que te vendría bien algo de educación. —Y a él le gustaría ser el hombre que se la diera. En su cama. Echó hacia atrás las sábanas y se sentó en el borde, con sus rodillas presionando las de ella—. Debería irme. Creo que la cara empieza a volvérseme a la normalidad y tengo que asistir al baile de los Craigmore. Al fin y al cabo, hay que mantener contentas a las damas.

—¿Siempre debéis mantener contentas a las damas? ¿Por qué no podéis contentaros con hacer feliz solo a una?

La miró a los ojos y se recreó en su imagen. Era bellísima, una de las mujeres más hermosas que había conocido. No, eso no era del todo cierto. Era la más hermosa. Una lástima que lo odiara tanto y le hablara con tanto desdén e irritación que a menudo se preguntaba por qué se molestaba siquiera en dirigirle la palabra.

Aun así, en cierto modo estaban emparentados, a través de su hermano y la hermana de ella, así que quizá se sintiera en cierto modo obligada a ser amable con él.

—Lady Isabella, ¿puedo volver a nuestras habitaciones? Necesito un momento, si es posible.

Lady Isabella se volvió hacia su doncella y asintió. —Por supuesto. De todos modos, ya estoy terminando aquí. Yo misma volveré pronto. Deja la puerta abierta y con eso bastará.

Hartley vio salir a la doncella, y la idea de que estaban solos y sin carabina espoleó una parte de él que debería ignorar. —Por fin te tengo a solas y para mí solo.

Ella enarcó una ceja con fastidio. —¿Y qué creéis que vais a hacer ahora que estamos solos? No soy una de vuestras muchas admiradoras, lord Whitmore. Más bien todo lo contrario.

—Quizá consiga convertirte. Será mi mayor triunfo hasta la fecha. —La idea de poseerla le llenó la sangre de adrenalina. Siempre había sabido que ella le profesaba aversión, aunque no podía comprender del todo por qué; tal vez fueran sus bromas. Su temeridad en sociedad, su incapacidad para comportarse, que iba en contra de la moral de ella. Pero saber que había triunfado sobre su buen juicio, que ella había sucumbido a sus encantos, era un elixir mucho más embriagador que cualquier otra cosa.

Ella miró su ojo hinchado y él recordó que distaba mucho de presentar su mejor aspecto. —Incluso hinchado como un monstruo puedo ver tu interés por mí. —Hizo una pausa, sonriendo—. Dime que me equivoco. Dime que no has pensado en nosotros a solas. En qué sentirías si te besara.

Lady Isabella ahogó un grito y le empujó el hombro. Él levantó la mano y la sujetó allí, negándose a dejarla marchar. —Admítelo. Has pensado en nosotros de esa manera. No puedo evitar preguntarme si todas nuestras discusiones, nuestros desacuerdos y nuestras posturas opuestas no son más que tu forma de evitar caer a mis pies como todas las demás mujeres. —Se llevó la mano de ella a los labios y le besó los dedos—. Dime que no has pensado en mi lengua jugando con la tuya. En nuestras bocas fundidas, hambrientas y anhelantes la una de la otra. Dime que, incluso ahora, no estás ni un poco interesada en cómo sería que estuviéramos juntos.

Ella tragó saliva, antes de componer sus facciones. —¿Os encontráis bien, milord? Creo que la picadura de abeja os ha alterado el juicio, pues no deseo que me beséis, ni la mano ni ninguna otra parte de mi persona. —Se soltó los dedos de un tirón y se puso de pie, dirigiéndose al cordón de la campanilla y tirando de él con fuerza—. Creo que delirais y necesitáis volver a vuestra casa.

—¿Llamabais, milady? —preguntó un lacayo en la puerta un momento después.

—Sí, envíe una nota a las caballerizas para que traigan el carruaje de lord Whitmore. Se marcha ahora.

—Por supuesto, milady. —El lacayo hizo una reverencia y se fue tan pronto como había llegado.

—Soy plenamente consciente de mis facultades, Bells, como bien sabes. No finjas que, por mucho que nos desagrademos, también nos deseamos. Ambas cosas no tienen por qué ser excluyentes.

Ella soltó una carcajada y él percibió el trasfondo nervioso. —Yo no os deseo. —Negó con la cabeza—. Sois tan arrogante como para pensar eso. No todo el mundo os desea, milord. Sé que esto puede suponer un shock para vuestro ego sobreestimulado, pero es la verdad.

Él se levantó y se acercó a ella, parándose mucho más cerca de lo que debería. —Demuestra tus palabras. Bésame y dime que me equivoco. Que no sientes el mismo anhelo que yo cuando estamos cerca.

Ella se mofó. —Vos no me anheláis, estáis diciendo sandeces.

—Oh, sí que te anhelo, y he llegado a la conclusión de que no me gusta no conseguir lo que quiero.

—¿Y me queréis a mí?

Sí la deseaba, y ahora que había sido sincero sobre cómo le hacía sentir, al menos sexualmente, la idea de perseguir cualquier otra falda por la ciudad parecía irrelevante. Apretó las manos en puños a los costados para evitar alargar los brazos hacia ella. —No tiene por qué significar nada, Bells. Puede ser simplemente un poco de diversión entre enemigos. Prometo no enamorarme de ti, cosa que estoy seguro de que tú tampoco harás pronto.

—De eso podéis estar seguro —soltó ella con más vehemencia de la que Hartley creía justificada—. Así que nos divertiremos un poco antes de que termine la temporada.

Ella se apoyó en él, con las manos sobre su pecho. El corazón se le aceleró. Su cuerpo se endureció y la piel se le erizó. Oh, sí, ella le hacía vibrar y en lo único que podía pensar en ese momento era en ver si conseguía que jugara a su juego.

—Ni en vuestros sueños, lord Whitmore —dijo ella, con los labios curvados en una sonrisa burlona—. Buen intento, de todas formas, pero vuestros trucos no funcionan conmigo.

La vio salir de la habitación con aire arrogante, dejándolo solo. Inspiró hondo para calmarse y se ajustó la verga antes de salir tras ella. —No era un truco —murmuró, molesto por su rechazo y por la verdad de sus palabras.

Quizás las primeras que había pronunciado en toda su vida.

CAPÍTULO

CINCO

Isabella no pegó ojo en toda la noche y los nervios le revolotearon en el estómago durante todo el día. Por fortuna, lord Whitmore no había asistido al baile de la noche anterior tras la picadura de abeja y, aunque ella esperaba que se encontrara bien, también se sentía aliviada de que no hubiese ido. No estaba segura de estar preparada para volver a verlo. No después de lo que le había dicho en la habitación de invitados de su casa el día anterior.

¿Besarlo?

Aquel hombre no tenía vergüenza…

Y no era que no se hubiera despertado en mitad de la noche, con la piel húmeda y el cuerpo ardiendo por las perversidades que lord Whitmore le hacía en sueños. Había sentido un anhelo doloroso y apenas había podido descansar tras el sueño, e incluso ahora, tantas horas después, su cuerpo aún vibraba por su contacto.

Aquella reacción era intolerable. No se dejaba engañar por él, ni deseaba casarse con un hombre que se había acostado con medio Londres. Imaginar mantener una conversación con una mujer, hacerse su amiga, solo para descubrir que en algún momento aquella había intimado con el esposo de una.

Se estremeció ante la idea.

Tampoco era que Whitmore estuviera buscando esposa. Estaba demasiado ocupado montándoselo por toda la ciudad como un perro sarnoso, y tan contento.

Subió a su montura con la ayuda del mozo de cuadra antes de partir hacia el parque y Rotten Row. Necesitaba galopar, despejar la cabeza, disfrutar de un poco de paz y tranquilidad en el fresco aire matutino antes de que la ciudad despertara y comenzaran sus deberes para con la sociedad.

Mientras cabalgaba hacia el parque, por las calles tranquilas a excepción de unos cuantos carros de carbón y vendedores que se dirigían a sus puestos para la jornada, dejó que su mente divagara. En particular, hacia el conde de Cust, que había bailado con ella la noche anterior y que había intentado buscarla en varias ocasiones desde el comienzo de la temporada.

Desde luego, se estaba esforzando, y parecía más sincero que cualquier otro que hubiera intentado, y fracasado, en ganarse su corazón en los últimos dos años. Quizá aquella temporada también ella encontrara el amor; aunque hasta ahora no había sentido más que una leve curiosidad y amistad hacia el conde, eso no significaba que no pudieran tener un futuro juntos.

Quizás la conexión de la que tanto hablaban sus hermanas con respecto a sus maridos llegaría con el tiempo, no inmediatamente después de conocer a quien finalmente se convirtiera en su esposo.

Isabella entró en Hyde Park y se dirigió hacia Rotten Row, advirtiendo únicamente a otro jinete más adelante. —Me mantendré a la vista, Thomas —le dijo al mozo, que apartó su montura a un lado de la senda para esperarla.

Isabella puso a su caballo al trote e inspiró hondo y con calma el aire fresco de la mañana. Su traje de montar azul oscuro la mantenía abrigada en el gélido ambiente y, aquel día, por primera vez desde que estaba en Londres, se notaba el indicio del cambio de estación.

—Lady Isabella.

Hablando de gélido.

Suspiró para sus adentros y esbozó una sonrisa forzada mientras se volvía hacia lord Whitmore. Él iba montado en una gran yegua castaña, un palmo más alta que su propia montura. Luchó por no quedarse embobada mirando al hombre. Después de haberle tocado el pecho el día anterior, su mano aún hormigueaba al recordar el

contacto con sus duros y fibrosos músculos, que se flexionaron cuando lo acarició.

Y ahora, sentado sobre su caballo, con una postura perfecta y una sonrisa maliciosa y burlona en los labios, no pudo evitar admirar lo atractivo que era.

Y lo muy consciente que él era de ello…

—Lord Whitmore. Me sorprende veros levantado a estas horas. Seguro que no deberíais haber sacado esas largas piernas de cualquier lecho que honrasteis anoche tan temprano.

—He sacado mis piernas, para vuestra información, mi lady, de mi propia cama esta mañana. —Se inclinó hacia ella y su mirada descendió escandalosamente hasta su pecho antes de encontrarse con sus ojos—. Pero he de decir que me gusta que habléis de mi cama. Me trae a la mente a cierta solterona arisca que estaría como en casa entre esas cómodas sábanas, si me permitís el atrevimiento.

—Ah, ¿de veras? —logró musitar, esperando que no se refiriera a ella, aunque tenía la furtiva sospecha de que sí. No necesitaba imaginarse en la cama de él. No por boca de él. Ya lo hacía ella sola bastante a menudo.

Tonta de remate.

—Sí —suspiró él—. Pero se está haciendo la dura y creo que tardaré varias semanas en seducirla.

—Querría imaginar que tardaréis más que eso. —No debería mostrarse tan fría ni atrevida, pero si de verdad se refería a ella, y a juzgar por la diversión en sus vibrantes ojos verdes así era, necesitaba que él supiera que su cortejo era una pura pamplina.

Jamás sucumbiría a sus encantos.

Jamás.

Él rio entre dientes y movió su montura para ponerse a la altura de la de ella. Isabella siguió adelante, deseando caminar, no estar quieta a su lado. Molestamente, él la siguió y pronto estuvo de nuevo junto a ella. El golpecito de su fusta contra su pierna la sobresaltó y dio un respingo. —¿Qué hacéis? —le preguntó, frotándose donde le escocía la piel.

—No os marchéis ignorándome. Estábamos conversando… sobre seducción y rendición.

—Vos estabais conversando sobre la seducción y la rendición final de la dama. Yo simplemente intentaba sobrevivir sin echar las cuentas.

Él se aclaró la garganta y ella se negó a mirarlo. No necesitaba ver su hermoso rostro ni permitirle a él ver o sopesar cuánto estaba disfrutando de su compañía, a su pesar. Aunque le dijera lo contrario, ser el objeto de su coqueteo era particularmente agradable.

—Entonces, si no deseáis hablar de las mujeres a las que cortejo, decidme por quién suspira vuestro corazón. Seguro que a la tercera temporada va la vencida.

Ella le lanzó una mirada fulminante. —Gracias por recordarme mis fracasos, mi lord. Muy caballeroso por vuestra parte.

Él sonrió con aire de suficiencia antes de mirar al frente, una vez más demasiado complacido consigo mismo. —No puedo evitar pensar que me esperabais, Bells. Aquella primera temporada que nos conocimos, no podéis negarme que no caisteis rendida de deseo por mí al instante.

—Creo que pensé que erais un cretino pomposo. La última vez que lo comprobé, eso no equivalía a deseo.

—Hay una delgada línea entre el amor y el odio. Admitidlo, por mucho que os exaspere, hay una pequeña parte de vos que se pregunta cómo sería si nos besáramos. Sé que yo me lo he preguntado mucho. No puedo evitar pensar que nos llevaríamos muy bien.

La sensación de la fusta deslizándose por su brazo le puso la piel de gallina y ella se la apartó de un manotazo. —Si no dejáis de tocarme con esa fusta, os la arrancaré de las manos y os azotaré con ella yo misma.

—Ojalá lo hicierais.

El profundo barítono de su escandalosa respuesta la dejó boquiabierta. —No tenéis vergüenza, de verdad, mi lord. A veces me pregunto si sois un caballero.

—Oh, soy un caballero y sé cómo hacerme el bueno con las damas, pero nosotros nunca hemos tenido ese tipo de relación. Siempre hemos sido un poco burlones y ariscos el uno con el otro,

pero reconozco una manzana madura y jugosa que necesita ser recogida cuando la veo, y ahora mismo veo una. Justo delante de mí, que disfrutaría comiéndome más que nada.

Isabella tragó saliva y dio la vuelta a su montura. —Vuestro tiempo estaría mejor empleado en Covent Garden que flirteando conmigo, mi lord. Mucho me temo que vuestras palabras son en vano.

—Nada sería en vano con vos. Os lo puedo asegurar.

Ella negó con la cabeza e, ignorando las normas del parque, puso a su caballo al galope corto y luego al tendido en dirección a su mozo. Lord Whitmore era un descarado y se estaba mostrando demasiado atrevido. Debería aceptar su envite, provocarlo con sus ardides y verlo correr despavorido cuando lo hiciera. Aquel hombre no era más que palabrería, puro teatro para soliviantarla. Lamentaría el día en que se burló de ella si aceptaba su escandalosa proposición, que no tenía nada de cierto.

Quizás aquella noche le devolvería el golpe y vería hasta dónde llevaba él su comedia antes de resquebrajarse y recular. Porque lo haría, por supuesto. La idea de que hablara en serio era demasiado absurda como para creerla.

CAPÍTULO

SEIS

Aquella noche, Isabella se aseguró de llevar su vestido más escandaloso. No es que se le permitiera vestir nada demasiado revelador, pero el generoso escote de su vestido de corte imperio, las pequeñas mangas que caían justo sobre los hombros y la seda dorada hacían que su piel, bronceada por el sol, brillara y que su figura fuera digna de admiración.

No era del tipo de mujer que buscaba cumplidos, pero disfrutó de las pocas miradas de interés que le dedicaron al entrar en el baile de los Felton con Rosalind y Ravensmere.

De pronto, el duque de Rolle se inclinó ante ella, tomándole la mano y llevándosela a los labios sin decir palabra.

—Lady Isabella, qué deslumbrante está usted esta noche. ¿Me concedería el honor del próximo baile?

Lo miró fijamente, sin entender por qué parecía tan decidido a bailar con ella tan pronto. Miró a su alrededor y, al no ver nada que la hiciera dudar, hizo una reverencia y consintió.

—Por supuesto, Vuestra Gracia. Sería un honor.

Él sonrió, la condujo a la pista de baile y la hizo girar entre sus brazos antes de empezar a bailar. Sonaron los acordes de un vals, otras parejas se unieron y pronto flotaban por la pista; la habilidad de él lo convirtió en un acontecimiento de lo más agradable.

—Este año parece usted haber florecido como una hermosa flor. Desde luego, no es un florero esta temporada, milady.

Ella se rio, y hasta a sus propios oídos le pareció que su alegría era forzada.

—Me halaga, Vuestra Gracia, pero no he cambiado en absoluto este año. Quizá sea usted quien simplemente ha ampliado su perspectiva de la sociedad en la que nos movemos y, por primera vez, ha visto más de lo que solía ver.

—Quizá tenga razón, y me alegro de ello. Nada hay más encantador que una flor en su esplendor.

—Desde luego —convino ella, sin desear en particular continuar la conversación, no cuando parecía cargada de segundas intenciones y no estaba tan segura de querer que el duque de Rolle la cortejase en serio o la considerara su esposa.

Aunque era bastante agradable, y guapo también, no sentía esa sensación vertiginosa y nerviosa cuando estaba cerca de él. A decir verdad, no sentía absolutamente nada, y eso era revelador.

Estarían mejor como amigos.

Sin embargo, esa sensación vertiginosa y nerviosa la tienes con otra persona…

Frunció los labios e ignoró sus pensamientos. Lord Whitmore no era un hombre con el que consideraría casarse. Era un pícaro burlón que jugaría con su presa para luego desecharla, y antes de que él se diera un festín con ella, sería ella quien jugaría con él a ver qué tal le sentaba.

—Mi finca de Surrey tiene un jardín muy frondoso y colorido. Mi madre pasó muchos años perfeccionándolo. Me gustaría enseñárselo algún día.

Isabella se aclaró la garganta y, mirando por encima del hombro de Su Gracia, descubrió a lord Whitmore, de pie, solo, con una copa de vino en la mano, observándola. Su intensa y oscura mirada la inquietó. Su rebelde cabellera parecía despeinada, como si acabara de levantarse de la cama. Lo cual, conociendo al marqués, probablemente no era algo descabellado en su caso aquella noche.

—Si organizara usted una fiesta en su casa y nos invitara a mi familia y a mí, estoy segura de que acogeríamos con sumo agrado una visita a su condado. No creo haber estado nunca.

—Es uno de los lugares más hermosos de Inglaterra. Me encantaría contar con su aprobación.

Ella sonrió, pero se negó a asentir. No quería que él creyera que se había encaprichado con él y no era el tipo de mujer que daba falsas esperanzas a ningún hombre. No intencionadamente.

¿No es eso exactamente lo que vas a hacer con lord Whitmore?

Isabella se entregó al baile. Sus burlas hacia Whitmore tenían como fin darle una lección y demostrarle algo por mofarse del sexo opuesto, o de ella en particular, algo que él parecía decidido a lograr.

No permitiría que la tomaran por tonta, ni él ni nadie, y ya era hora de que le echara en cara su comportamiento impropio y viera hasta dónde llegaría antes de dejar de fingir que le gustaba y escabullirse a la madriguera de la que hubiera salido.

Solo entonces empezaría a considerar con quién debería casarse, si es que se casaba con alguien. El duque era agradable y un buen partido, pero ella quería amar a su marido, fuera quien fuese. Quería sentir lujuria por su marido, y, por desgracia, el duque no cumplía ninguno de esos requisitos.

Quizás el conde de Cust le iría gustando más con el tiempo…

El baile llegó a su fin y, antes de que hubieran salido de la pista, lord Whitmore ya estaba ante ellos, mirando al duque con una extraña advertencia en sus ojos verdes.

—Rolle —dijo, con una voz desprovista de calidez y muy diferente al tono burlón con el que solía hablar siempre que estaba cerca de ella.

—Whitmore —respondió el duque en el mismo tono, y la presencia de ambos hombres enfrió la sala mucho más de lo que estaba—. ¿Estabas dando una vuelta por el salón? ¿Alguna candidata esta noche que te haya llamado la atención?

Las palabras del duque no fueron las que Isabella esperaba, y miró de uno a otro, preguntándose por qué parecían estar en desacuerdo. ¿No eran amigos? Desde luego, los había visto en otros actos sociales hablando amigablemente. ¿Cuál era el problema entre ellos esa noche?

—Solo una —murmuró Whitmore, clavando sus ojos en los de Isabella.

Ella reprimió el nerviosismo que revoloteaba en su estómago ante sus palabras. ¿Acaso ahora también coqueteaba abiertamente con ella, delante de sus iguales? Aquel hombre no tenía vergüenza, pero no le permitiría superarla.

—Entonces estamos de acuerdo —respondió el duque a su vez, mirándola también a ella con una pequeña sonrisa cómplice en los labios.

Isabella ya había oído bastante y, haciendo una reverencia, se dispuso a huir. Necesitaba un momento para reagruparse, para reconsiderar su plan e ignorar fuera lo que fuese aquella reacción que se agitaba en su cuerpo. Una sensación que solo el maldito y libertino granuja de Whitmore era capaz de suscitar.

—Si me disculpan, Vuestra Gracia, milord, veo que mi hermana me hace señas para que vuelva a su lado. Les deseo a ambos buenas noches.

—La noche es joven, milady, y nos volveremos a encontrar —declaró Whitmore, y su mirada la dejó clavada en el sitio.

Ella no respondió y, en su lugar, huyó como si el mismísimo diablo le estuviera pisando los talones de sus escarpines de seda. Si quería darle una lección a Whitmore, de verdad necesitaba aprender a controlar mejor su ingenio y no dejar que él la desarmara de esa manera.

Al duque podía manejarlo; no sentir aquellas extrañas sensaciones en su presencia hacía que sus palabras casi carecieran de importancia, incluso sabiendo que la estaba cortejando claramente. Pero el marqués era una cuestión totalmente diferente.

Se acercó a Rosalind y se unió a una conversación que su hermana mantenía con varias de sus amigas. El tiempo alejada de sus dos admiradores, como los llamaría a partir de ahora —aunque creyera que Whitmore solo lo hacía para causarle confusión y pesar —, la ayudó a recuperar la compostura.

La conversación sobre el inminente baile de los Leveson era lo único de lo que todo el mundo deseaba hablar. La mención de que su señoría, la joven viuda a la que Isabella había visto con Whitmore en el parque, parecía ser el tema de la noche.

Isabella no deseaba escuchar nada más sobre lady Leveson, no después de su encuentro con ella el día anterior. Aun así, saber que organizaba un evento le daría la oportunidad de asistir y ver a Whitmore adular a su objeto de afecto. Al menos, al verdadero. ¿Cómo podía fingir cortejarla cuando su verdadera amante estaba bajo el mismo techo? No lo haría, y eso demostraría su teoría de que era un indeseable y que debía disculparse por haber sido un patán con ella esa temporada.

Sus ojos se abrieron de par en par ante el inesperado toque de la mano de alguien en el hueco de su espalda. Se quedó inmóvil mientras un aliento cálido le rozaba la oreja.

—¿Estás huyendo de mí, Bells? Debo decir que me decepciona mucho saber que me tienes miedo.

Respiró hondo, dispuesta a despellejarlo vivo, pero en lugar de eso se giró sobre sus talones y alzó la vista hacia su señoría. Compuso sus facciones, esperando que él no se diera cuenta de que contemplar su hermoso rostro era capaz de hechizar a cualquiera.

Maldito fuera el hombre y su apostura.

—Creo que es usted quien debería tener miedo, milord —replicó ella. Solo que él aún no lo sabía…

CAPÍTULO

SIETE

Sin pensar en las apariencias, Hartley cogió la mano de Isabella y la condujo a la pista de baile. Ella no protestó —un agradable respiro de su habitual carácter arisco— antes de que él la atrajera a sus brazos para un vals.

Estaba jugando con fuego, y en más de un sentido. La apuesta que había aceptado con el duque de Rolle le pesaba cada vez más en la conciencia a medida que avanzaba. El hecho de que Isabella fuera la cuñada de su hermano, una mujer a la que Benedict no querría que ofendiese, también hacía que la culpa le recorriera la espalda.

Pero lady Isabella era también una mujer que lo había intrigado durante mucho tiempo, y quería ver si era de verdad tan fría y despectiva como la gente creía. O si simplemente estaba hastiada de la sociedad, sobre todo teniendo en cuenta que aquella era su tercera temporada.

Lo que estaba haciendo estaba mal, y no debería estar fingiendo cortejarla para ganar su primer beso. Pero, a su vez, detestaba perder una apuesta, sin importar en qué consistiera.

Atrajo a Isabella a sus brazos, más cerca de lo que debía, y aspiró profundamente el aroma que ella desprendía, a rosas y a una dulzura en la que se deleitó. Si de verdad estuviera buscando esposa, una mujer como Isabella, fogosa, independiente, de fuerte voluntad e inteligente, era justo el tipo de mujer que podría tolerar.

Si estuviera buscando esposa.

La apuesta es cruel. Deberías dejar esta tontería ahora, antes de que vaya demasiado lejos…

La mano de ella se deslizó hasta su nuca, y la sensación de sus dedos jugando con su pelo le robó el aliento. Tragó saliva, luchando para evitar que el corazón se le saliera del pecho ante aquel contacto demasiado familiar.

—Supongo que esto significa que vamos a bailar juntos, milord. Sin embargo, no recuerdo bien que me lo pidieras.

En ese instante apenas podía recordar su propio nombre, y mucho menos una respuesta ingeniosa a su comentario. Aun así, se recompuso y le sonrió como si nada fuera anormal. Como si su cuerpo no temblara al sentir los dedos de ella en su cuello. Como si su cuerpo no ardiera en deseos tras su contacto.

—¿Ah, no? —fingió ignorancia—. Estoy seguro de que lo he hecho. Quizá mi atractivo te ha vuelto sorda a mis palabras y te contentas simplemente con deleitarte con mi hermosa presencia.

Ella le sonrió, y a él le invadió el abrumador impulso de estrecharla aún más, de quedársela.

Para él…

—Quizá sea eso.

Él enarcó las cejas, pues no esperaba que le devolviera el coqueteo, o al menos no que siguiera haciéndolo. Seguro que en cualquier momento cambiaría de táctica y se mostraría seca, cortándolo en seco con una de esas respuestas que él no podía evitar admirar.

—¿Quieres decir que estás de acuerdo? Bueno —rió entre dientes, atrayéndola hacia él durante un giro del baile—, me encanta oírlo.

—Y como últimamente me has buscado tanto, ¿puedo suponer que hemos depuesto las armas y nos hemos hecho amigos?

¿Amigos? Podría ser amigo de lady Isabella, y quizá al conocerla había pensado que lo serían. Pero después del escandaloso suceso del que formó parte y de su huida al extranjero para intentar salvar el nombre de su familia, había pensado que ella ya estaría casada cuando él regresara.

Casada, asentada y la amistad insostenible. Encontrarla así, tan arisca con él como siempre —posiblemente por culpa suya, debido a su creencia de que todos los que conocía quedarían encantados con él—, le había asegurado volver a caer en la costumbre de irritarla tanto como siempre.

Pero después de su apuesta con Rolle, y de pasar más tiempo con lady Isabella, supo sin lugar a dudas que podría ser amigo de aquella mujer si ella se lo permitía.

Aunque la amistad no duraría mucho. No si ella descubría la apuesta de la que él formaba parte y que la involucraba.

Su mirada descendió a sus labios y su mente saltó a la idea de besar su boca carnosa y madura. Seguramente nunca había besado a un hombre. ¿Serían sus labios tan dulces e intactos como el resto de ella?

—¿Acaso no hemos sido siempre amigos, Bells? Amigos que son sinceros el uno con el otro, pero amigos al fin y al cabo. —Deslizó la mano más allá por su espalda y la acercó. Su cuerpo se endureció al sentirla en sus brazos, la presión de sus pechos contra su pecho. Por un momento, su concentración y su hilo de pensamiento se desvanecieron y sus pasos vacilaron.

Ella resopló. —Nunca hemos sido amigos, como bien sabes. Pero me gustaría cambiar eso. Creo que somos de naturaleza muy parecida, milord. No eres tan estúpido como pensé en su día, así que creo que podemos llevarnos amistosamente bien. De hecho, que me vean contigo podría influir en que otros caballeros me vean de forma diferente este año. Puede que al final acabe prometida.

Hartley se aclaró la garganta. La mención de su matrimonio con otro le produjo un escalofrío. ¿Y si se casaba con alguien que no la merecía? ¿Alguien cruel? —La temporada es joven y, si te prometes con alguien, nuestro recién formado armisticio será mucho más difícil de mantener. A no ser que estés dispuesta a verme en secreto después de casarte…

Sus palabras eran escandalosas, pero, a fin de cuentas, ¿cuándo no lo eran él? Por la sonrisa divertida que le dedicó lady Isabella, supo que ella era muy consciente de ese hecho.

—Le pondrías los cuernos a tu amigo.

La mención del sexo, de tenerla después de que ella hubiera aceptado ser de otro, hizo que el calor le recorriera la sangre. Demonios, sí, le pondría los cuernos a cualquiera si eso significaba que podía tenerla en su cama sin tener que casarse. Conseguir un primer beso a través de una apuesta era una cosa, pero el matrimonio no era lo que él deseaba. Todavía no…

Ella sería todo fuego y hielo también, de eso tenía pocas dudas. Una diablesa en la cama de la que nunca se cansaría. Podría tener todo lo que quería sin tener que renunciar a la vida que llevaba. Una bendición para cualquier soltero rico y de buena familia.

—Por tenerte en mi cama, sí.

Un ligero rubor coloreó sus mejillas, pero no salió huyendo. De hecho, sus dedos se deslizaron de nuevo por el pelo de su nuca, enviando escalofríos por su espina dorsal y haciendo que el calor se asentara entre sus piernas. —¿Es una cama grande? —preguntó ella.

Él se quedó boquiabierto y luego se acordó de cerrar la boca. —Muy grande.

La música llegó a su fin y él la detuvo con un elegante movimiento. —Es bueno saberlo. No creo que me gustara una pequeña. Muy insatisfactorio.

No pudo articular palabra para responder y, sin más, ella hizo una reverencia y se marchó, dejándolo mirándola desde la pista de baile. Otra pareja chocó con él y se acordó de moverse mientras los otros bailarines salían a la pista para un minueto.

Su cuerpo estaba en llamas. Su mente, desconcertada. Y quizá, solo quizá, podría haber encontrado la horma de su zapato en más sentidos de los que estaba dispuesto a admitir…

CAPÍTULO

OCHO

Esa misma noche, más tarde, Isabella se encontraba sentada en el salón de cenas con su hermana Rosalind y con Ravensmere, comentando los acontecimientos de la velada y lo maravilloso que había sido el baile hasta el momento.

El aroma de los asados y los pudines dulces flotaba en el aire, aunque Isabella apenas probaba sus pastelitos de cangrejo, pues no tenía mucha hambre. Su mente era un torbellino de pensamientos.

A su alrededor, el murmullo de las conversaciones se mezclaba con el tintineo de la plata contra la porcelana, el susurro de los vestidos de seda y la ocasional carcajada proveniente de una mesa cercana. La luz de las velas parpadeaba en los espejos pulidos, capturando el brillo de las joyas y las manos enguantadas de las damas que alzaban sus copas de vino.

Después de su baile con Whitmore, no podía olvidar sus escandalosas palabras… O más bien, *las* malvadas palabras *de él*. No estaba segura de qué debía hacer o cómo comportarse cuando estuviera cerca de él, pero estaba decidida a averiguar si su cortejo no era más que para su propio divertimento.

Estaba segura de que sus coqueteos no llegarían a ninguna parte. Él solo estaba jugando con ella como un gato juega con un ratón antes de devorar a la pobre criatura. Whitmore no era diferente. Era un lobo con piel de cordero.

Por mucho que él fingiera que eran amigos, ella no podía evitar tener la sensación de que intentaba ver si caería rendida a sus

encantos solo para regodearse de ello más tarde. Teniendo en cuenta que ella había sido una de las pocas que no lo había hecho —y no eran muchas—, podía entender por qué eso podría herir su ego.

¿Podría estar cortejándola de verdad?

Desechó el pensamiento, alzó su copa de vino y tomó un sorbo generoso. El sabor rico y con cuerpo le cubrió la lengua, calentándole la garganta. No, una posibilidad imposible. Él no deseaba casarse más de lo que ella deseaba soportar otra Temporada.

¿Entonces qué estaba haciendo?

Lo vio junto a las puertas del salón de cenas, hablando con el duque de Rolle. La imagen de los dos juntos hizo que se le erizara el vello de la nuca, pues los caballeros, esa misma noche, no parecían muy complacidos de verse, especialmente en lo que a ella concernía. ¿Por qué hablaban ahora?

El duque miró a su alrededor y se dio cuenta de que ella los observaba. Se excusó rápidamente, perdiéndose entre la multitud de invitados que aún no habían entrado a tomar un refrigerio. El marqués, sin embargo, se quedó un instante más. Asintió en su dirección, con una pequeña sonrisa traviesa curvando sus labios antes de alejarse también, aunque en la dirección opuesta.

—Isabella, ¿ocurre algo? —preguntó Rosalind.

Ella negó con la cabeza y tomó otro sorbo de vino. —No, nada en particular, pero tengo la extraña sensación de que el marqués de Whitmore está intentando ganarme la partida de alguna manera.

—¿Ganarte la partida? —preguntó Ravensmere, dejando el tenedor en el plato para prestarle a Isabella toda su atención—. ¿Qué quieres decir?

—Ojalá lo supiera —respondió ella—. Pero no te preocupes. Estoy segura de que pronto aparecerá otra distracción y no se le volverá a ver el pelo.

Rosalind se giró en la silla para mirar a Isabella. —Whitmore es el hermano de Benedict. Seguro que no se burlaría de ti en sociedad.

Isabella se encogió de hombros. —Querida hermana, sé que ves lo mejor de las personas, pero Whitmore es un granuja al que

apenas tolero. Ha estado especialmente atento conmigo y no puedo evitar pensar que es poco sincero.

—¿Quieres que investigue la situación? —preguntó Ravensmere, lanzando una mirada inquisitiva por la sala en busca de Whitmore, como si pudiera arrancarle la verdad con solo verlo.

Isabella negó con la cabeza. —No, no creo que sea necesario. Lord Whitmore no ha hecho nada indebido. Se ha limitado a bailar y a mostrarse atento. Solo pienso que es extraño, eso es todo.

Pero ¿por qué ahora? Llevaba tres años en sociedad…

—Has madurado y eres una mujer muy hermosa —dijo Rosalind con delicadeza.

Isabella cogió su tenedor, sin desear hablar de la belleza como medio para conseguir un marido. La risa de las mesas cercanas le chirriaba en los oídos, un cruel recordatorio de la facilidad con que otros hablaban de cortejos y enlaces como si fueran tan simples como elegir un plato de la mesa del bufé. Seguramente se podía encontrar pareja por algo más significativo que la mera apariencia. Qué manera tan superficial de juzgar a un cónyuge.

—No deseo casarme solo porque tengo una cara bonita.

Rosalind sonrió y alargó la mano sobre la mesa para coger la suya. —No lo decía en ese sentido, querida. Pero ahora eres mucho más sociable, tienes más confianza que en tu primera Temporada, cuando eras tímida y un poco distante. Creo que cualquier caballero notaría el cambio, vería las virtudes en él y quizás desearía esas mismas virtudes en una esposa.

—Whitmore no busca esposa —soltó ella antes de poder contenerse.

—Whitmore no sabe ni la mitad de las cosas que desea —dijo Ravensmere, recostándose en su silla y limpiándose la boca con la servilleta.

Aquello era cierto. Whitmore era de naturaleza un tanto frívola. Pero, ¡ay, qué apuesto era! Incluso en el abarrotado salón de cenas, todavía podía recordar el leve aroma a sándalo que lo envolvía y la forma en que la luz de las velas se reflejaba en su cabello cuando bailaron. Aunque no lo deseara, no podía evitar admitir que pensaba en él más de lo que debía.

Quizás estaba siendo demasiado severa con el sexo opuesto. Quizás Whitmore sí estaba compitiendo por su mano, y ella estaba tan acostumbrada a que la ignoraran que ahora, cuando él no lo hacía, no podía evitar sentirse inquieta.

Fuera como fuese, ya vería cuánto tiempo continuaba Whitmore con aquella farsa. Si se demostraba que tenía razón, y que no era más que un capricho para él, se escabulliría como todos los demás antes que él. Si no…, bueno, si de verdad buscaba el matrimonio, ya se enfrentaría a esa problemática situación cuando se presentara. Aunque no creía que tal desenlace fuera a ocurrir.

Al menos no con Whitmore.

CAPÍTULO
NUEVE

Whitmore llegó a su club después de abandonar el baile. No se sentía inclinado a asistir a ningún otro evento esa noche. Estaba harto del *ton* y, después de pasar un tiempo considerable con lady Isabella, su deseo de fingir interés por cualquier otra persona se había desvanecido.

En su lugar, él y un grupo de amigos —todos jóvenes lores— se dirigieron al establecimiento de Madame Cheri para disfrutar de un poco de entretenimiento nocturno en el lado del *demi-monde* de la sociedad. Los faroles de gas de la calle parpadeaban en el aire húmedo de la noche y los adoquines brillaban tenuemente por un aguacero reciente. El rítmico repiqueteo de los cascos resonaba en los estrechos edificios y el leve olor a humo persistía en la brisa.

El carruaje se detuvo frente al local de Madame Cheri. Varios caballeros holgazaneaban fuera, fumando cigarros puros, con el humo ascendiendo en espirales hasta desaparecer en la noche. De sus brazos pendían damas, con sonrisas pintadas que ocultaban miradas astutas, listas para cambiar sus ardides por monedas. Las sensuales risas de las mujeres y el ocasional descorche de champán llegaban desde la casa.

Whitmore subió los escalones de piedra con paso inseguro. Estaba un poco achispado; había bebido demasiado esa noche, posiblemente porque su reacción ante lady Isabella, y sus coquetos encantos, había sido difícil de sobrellevar. El recuerdo de su risa,

baja y burlona, se le adhería como una maldición. Aún podía ver el leve sonrojo de sus mejillas, el delicado alzamiento de sus hombros cuando giraba la cabeza de esa manera tan particular. Sus pechos turgentes y su bonita boca.

Maldita sea, deseaba devorar cada pedacito de ella…

Lord Shaw le dio una palmada en el hombro, con una sonrisa que casi le iba de oreja a oreja. —Vamos, hombre, las damas esperan. No te entretengas en la puerta.

Whitmore asintió y lo siguió adentro. Como era de esperar en una casa de mala reputación, la selección de damas para hacer compañía era abundante. Todas eran hermosas: curvas vestidas de seda, piel empolvada, ojos como gemas pulidas a la tenue luz de las velas… Y eran expertas en el dormitorio.

Pero al mirar a su alrededor, buscando una que lo tentara más que otra, no encontró a ninguna que lo hiciera. La habitación estaba cargada de perfume y calor, el aire vibraba con risas y promesas susurradas; sin embargo, nada de aquello lo tentaba.

En vez de eso, se dirigió a la barra, se sentó en un taburete y pidió una pinta de cerveza. Quizá si bebía más y no se precipitaba en su elección, la noche aún podría terminar bien.

No supo cuánto tiempo llevaba allí sentado cuando la propia Madame Cheri se deslizó a su lado, su brazo rodeándole el cuello, sus pechos apretándose audazmente contra él. Su perfume era abrumador: violetas y ámbar, el mismo que había llevado la última vez que él había ido allí, hacía meses.

—Whitmore, qué alegría volver a verte. Te hemos echado de menos —ronroneó ella. Su voz sensual estaba bien entrenada para seducir al corazón más duro.

Pero esa noche, ni su voz seductora ni su delicioso cuerpo hicieron nada por tentarlo.

—Solo he venido a observar. —Cogió su cerveza mientras intentaba zafarse del abrazo de Cheri.

Ella soltó una risita, un tintineo que atrajo la atención de los clientes cercanos, pero que no hizo nada por despertar su interés. Él la estudió mientras ella se inclinaba, la luz de las velas brillando en la pedrería de su corpiño. Sus labios pintados formaban una sonrisa

perfecta, pero para él carecía de vida; solo otra máscara en una sala llena de disfraces.

Frunció el ceño ante su propia falta de interés. No era propio de él rechazar lo que se le ofrecía tan fácilmente. Durante años había disfrutado de relaciones sin complicaciones bajo aquel techo: sin expectativas, sin emociones, solo el intercambio de placer por dinero y compañía. Pero ahora, la idea de acostarse con Cheri, o con cualquier otra mujer de arriba, era algo que no podía soportar.

Se pasó una mano por el pelo, la frustración anudándosele en el pecho. ¿Es que le pasaba algo? ¿Cómo era posible que no quisiera acostarse con aquellas bellezas, perderse en el placer, ser complacido?

Trató de imaginar a Cheri de rodillas ante él, abriéndole la bragueta, pero cuando bajó la mirada, todo lo que vio fueron las dulces y perfectas facciones de lady Isabella Ravensmere.

Su rostro acudió a su mente sin ser llamado: la inclinación de su barbilla, la obstinada curva de sus labios, la picardía en sus ojos. Recordó su aroma: a rosas y a algo más sutil, algo puramente suyo. Casi podía sentir el calor de su mano cuando la había apoyado ligeramente en su manga, el temblor de contenida curiosidad en su contacto.

Tragó saliva y bebió un buen trago de su cerveza. —Esta noche no —murmuró, metiendo la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacando una moneda de oro—. Para compensar las molestias.

Se la apretó en la palma. Con una sonrisa pícara, ella le lanzó un beso y se escabulló hacia su siguiente conquista, sus faldas susurrando sobre las tablas del suelo.

Él la vio marchar, una sensación de desinterés apoderándose de él. Las risas, la música, los susurros seductores; todo pareció fundirse en un zumbido sordo. Lo que le rodeaba se desdibujó en los bordes, dejando solo el sabor de la cerveza y un ligero dolor tras los ojos.

Debería haber regresado a casa después de visitar su club. Pero, como era costumbre entre sus amigos, a menudo terminaban sus noches aquí después de las veladas de entretenimiento.

Sin embargo, esta noche era diferente. Él era diferente. Algo había cambiado. La fácil satisfacción del vicio ya no le ofrecía consuelo, y la emoción de la persecución se había agriado en desasosiego. El rostro de lady Isabella lo atormentaba como una plegaria sin respuesta.

Se terminó la cerveza, deslizó una moneda sobre la barra y se puso de pie, dirigiéndose a la puerta principal. Sus amigos se habían ido hacía tiempo, posiblemente ya disfrutando de su noche de juerga con las mujeres de arriba.

Pero él no. No esa noche.

Todo lo que deseaba era la quietud de su biblioteca, un buen trago de güisqui y sus pensamientos; pensamientos que, de alguna manera, en el transcurso de solo unos días, se habían obsesionado con una mujer a la que había apostado con su amigo que podía seducir. Una apuesta concebida como un pasatiempo ocioso que ahora ardía con algo peligrosamente cercano al arrepentimiento.

Al salir, el aire frío de la noche le golpeó la cara. La niebla se había espesado y los faroles arrojaban halos a través de la bruma. Un carruaje pasó traqueteando, sus ruedas chapoteando en un charco.

Se ajustó el cuello de la chaqueta y caminó hacia el carruaje que lo esperaba. El olor a piedra húmeda y a humo se le adhirió, mezclándose con el levísimo rastro de rosas que imaginó que aún perduraba en su manga desde el baile.

Su cochero se inclinó el sombrero. —¿A casa, milord?

—Sí —dijo Whitmore en voz baja, subiendo. La puerta se cerró tras él con un golpe sordo.

Mientras el carruaje avanzaba a trompicones, se recostó en el asiento y contempló el borrón de luces de farol y oscuridad más allá del cristal. Londres de noche estaba vivo y muerto a la vez, una ciudad que brillaba con el pecado y susurraba secretos a través de su niebla. Hubo un tiempo en que le sentaba bien. Pero esa noche, sentía su vacío profundamente, como si él también fuera uno de sus fantasmas.

Inhaló lentamente y exhaló. —¿Pero qué demonios estás haciendo, Whitmore? —se murmuró a sí mismo.

La voz de lady Isabella pareció responderle en su memoria: brillante, burlona, inteligente. Casi podía oír su risa en el baile, la forma en que sus palabras lo habían desafiado, la chispa que se había encendido en sus ojos cuando se atrevió a sostenerle la mirada sin miedo. Aquello removió algo en su interior que no era lujuria, sino anhelo. Un anhelo peligroso e insensato.

Se frotó la sien y se miró las manos, flexionando los dedos como para sacudirse la imagen de ella.

Las ruedas del carruaje chocaron contra un bache, sacándolo de sus pensamientos. Afuera, los faroles escaseaban a medida que dejaban atrás el bullicio de Covent Garden. La noche se hizo más profunda, silenciosa, salvo por el rítmico crujido de los arneses y el constante golpeteo de los cascos.

Para cuando llegó a su mansión, la niebla se había extendido densa sobre Berkeley Square. Whitmore bajó los escalones, saludó con un gesto a su mayordomo y se dirigió directamente a la biblioteca.

El fuego aún ardía bajo en el hogar, arrojando un resplandor ambarino sobre las estanterías. El leve aroma a cuero y roble llenaba la habitación. Se aflojó el pañuelo del cuello, se sirvió una generosa medida de güisqui y se sentó pesadamente en su sillón favorito. El vaso estaba frío en su mano. El güisqui le quemó en la lengua.

Se quedó mirando las llamas. La sonrisa de lady Isabella persistía en su mente, tan brillante como la luz de una vela e igual de peligrosa. Había querido jugar con ella, hacerla caer, ganar la sustanciosa pasta. Y, sin embargo, ahora no podía dejar de pensar en ella.

Cerró los ojos y se echó hacia atrás, el crepitar del fuego llenando el silencio.

—Maldita sea, Isabella —murmuró, más para sí mismo que para la habitación—. ¿Qué voy a hacer contigo…?

CAPÍTULO

DIEZ

La noche siguiente, en el baile de los Groose, Isabella esperaba ver al duque de Rolle.

Si de verdad estaba interesado en ella, como sus atenciones habían dado a entender, entonces seguro que si le insinuaba la posibilidad de un beso —un momento robado a solas—, él estaría más que dispuesto.

Entró en el salón de baile, revitalizada por su decisión, con el pulso acelerado por una extraña mezcla de curiosidad y determinación. El brillo de los candelabros de cristal relucía en los espejos dorados, esparciendo la luz sobre los vestidos de seda y los cabellos enjoyados. El aroma a cera de abeja, perfume y champán flotaba denso en el aire. Las risas ondulaban por el vasto espacio mientras la orquesta comenzaba a tocar una animada contradanza.

Miró por la sala, escudriñando el mar de plumas y botas lustradas, pero no pudo ver al duque. Tampoco, para el caso, vio que lord Whitmore estuviera presente.

Durante las siguientes horas bailó con lord Cust y, más tarde, con su cuñado, Ravensmere. La velada transcurrió de forma bastante agradable —la música era animada, sus pasos medidos, su sonrisa cuidadosamente ensayada—, pero fue incapaz de calibrar si el supuesto afecto del duque era genuino.

Entonces, después de la cena, avistó a su presa. Por fin, su excelencia había llegado.

Se encontraba en el otro extremo del salón de baile, conversando con lord Whiteley y su flamante esposa, Margaret. Isabella se detuvo donde estaba, con el abanico inmóvil en la mano, y lo observó. Parecía un perfecto caballero de pies a cabeza. Alto, sereno, su cabello oscuro brillaba bajo la luz de las velas y su expresión era cortésmente indescifrable.

Se demoró varios minutos, reuniendo el valor para hacer lo que debía. Cuando se reanudó el baile, él se dirigió hacia ella con una leve sonrisa dibujada en su apuesto rostro antes de hacer una reverencia.

—Lady Isabella. Un placer verla esta noche. ¿Le gustaría bailar?

Ella lo tomó del brazo sin responder, aunque en lugar de volverse hacia la pista de baile, lo condujo hacia la terraza. —Un baile estaría bien —dijo con ligereza—, pero he estado bastante ocupada esta noche hasta su llegada. Quizá podríamos tomar un poco el aire fuera. Hay mucha más gente; no estaría mal visto.

Él miró hacia la terraza y luego de nuevo a ella. —Por supuesto —dijo, carraspeando—. Si eso es lo que desea.

—Lo es —replicó ella, sonriéndole. El corazón le latía deprisa al notar la leve tensión en su mandíbula, la forma en que su mano se flexionaba a su costado, como si no estuviera seguro de si debería haber accedido.

Salieron por las puertas de la terraza, que se habían dejado abiertas para que los invitados entraran y salieran durante toda la noche. Una suave brisa entró, trayendo consigo la mezcla de aromas de rosas y piedra húmeda. La luz de las velas se derramaba desde el salón de baile a sus espaldas, parpadeando sobre las losas bajo sus pies. La terraza estaba llena de gente: algunos tomaban el aire, otros fumaban puros; las risas y las conversaciones en voz baja flotaban en el ambiente.

Caminaron juntos; el duque, extrañamente silencioso. Isabella levantó la vista y vio que parecía absorto en sus pensamientos. —¿Va todo bien, excelencia? —preguntó.

Él se volvió como sobresaltado, como si hubiera olvidado que ella estaba a su lado. —Por supuesto —dijo rápidamente—. Simplemente estoy disfrutando de nuestro paseo.

Ella no respondió; se limitó a mirar al frente, preguntándose si sería verdad. Parecía distraído: la mirada fija en los jardines del fondo, la expresión distante, como si su mente estuviera en otro lugar por completo.

¿Quizás estaba tan nervioso como ella? ¿A lo mejor deseaba besarla y no sabía cómo conseguir tal favor?

—La noche es cálida, ¿no le parece? —se aventuró a decir.

Él asintió, con tono cortés. —Una noche encantadora para tomar el aire.

Se detuvieron junto a la balaustrada, contemplando los jardines de abajo. Los setos formaban siluetas oscuras bajo la luz de la luna, y el suave susurro de las hojas y el lejano goteo de una fuente rompían el silencio.

Ella se giró, apoyando la cadera en el murete. Notaba las palmas de las manos húmedas contra la seda de su vestido mientras se armaba de valor. Nunca antes había besado a un hombre y no estaba del todo segura de cómo conseguir el primero. Sin embargo, había decidido intentarlo.

Él la miró y, como si presintiera que ella podría estar ofreciendo algo más que una compañía cortés, se apartó un poco de inmediato.

—¿Ha disfrutado de la velada? —preguntó él, con una voz un punto demasiado formal para su gusto.

—Sí. Aunque debo decir que me sorprendió que llegara tan tarde.

—Sí. Lord y lady Seymour ofrecían su propia velada antes, una cena, y me había comprometido a asistir antes de venir aquí.

—Mi hermana, la duquesa, es muy amiga de lady Whiteley, y le había prometido que nos quedaríamos aquí toda la noche —dijo Isabella, forzando una pequeña sonrisa—. De lo contrario, podríamos haber asistido también. Lady Seymour es una dama encantadora y una anfitriona de lo más consumada.

—Desde luego que lo es —murmuró él.

Isabella se mordió el interior de la mejilla, desviando la mirada. La conversación con el duque estaba resultando más difícil de lo que había previsto. Cada palabra entre ellos parecía medida, forzada, como si bailaran un vals cuyos pasos ninguna de las partes conocía.

Buscó en su mente algo —cualquier cosa— que decir que pudiera arrancarle algo de calidez, alguna opinión que lo animara, pero se quedó en blanco. ¡Cielo santo! Aquello no presagiaba nada bueno para ninguno de los dos. Si ya se habían quedado sin temas de conversación, ¿cómo iban a aguantar años de matrimonio?

—Estar aquí fuera, bajo las estrellas —intentó de nuevo en voz baja—, ¿no es romántico? —Seguro que aquello dirigiría sus pensamientos hacia la posibilidad de un beso. A apartarse de los invitados que estaban cerca y buscar intimidad.

En lugar de eso, él se encogió de hombros, mirando el césped como si nunca hubiera visto la hierba. —¿Volvemos dentro? No quisiera que el duque y la duquesa la echaran de menos.

La decepción la invadió al ver que él parecía lejos de estar de acuerdo, y algo frío en comparación con cómo se había comportado en eventos anteriores. ¿Volver dentro? ¿Qué caballero desearía volver dentro cuando se presentaba una oportunidad así?

—Por supuesto —dijo en voz baja, sin verle el sentido a demorarse un momento más fuera.

Dio media vuelta sin tomarle del brazo, sintiendo una punzada de decepción por su falta de interés. Le ardían las mejillas, aunque no sabría decir si de humillación o de frustración. La música llegaba débilmente desde el salón de baile, una melodía alegre y risueña que contrastaba con el pesado dolor que se instalaba en su pecho.

No pudo evitar pensar que, si hubiera sido Whitmore quien estuviera a su lado en una terraza a oscuras —bueno, no del todo a oscuras, ni desprovista de gente, pero lo suficientemente privada—, él habría visto la oportunidad ante sí y la habría aprovechado. El duque, sin embargo, parecía ansioso por devolverla con su familia lo más rápido posible.

Regresaron al salón de baile, donde la luz y el sonido salieron a su encuentro. El aire estaba cargado de calor y perfume, y el torbellino de bailarines se movía al compás de un reel campestre. El duque la acompañó hasta donde estaban Ravensmere y Rosalind. Tras un breve intercambio de cumplidos, se excusó y se marchó.

Isabella lo vio retirarse entre la multitud, completamente desconcertada por su comportamiento. ¿No se suponía que iba a

bailar con ella? ¿Qué había sido de aquella promesa?

Abrió su abanico de golpe, más por agitación que por elegancia. No podía calificar su comportamiento sino de frívolo. ¿Eran todos los hombres así de caprichosos?

Como si su propio pensamiento sobre los hombres poco fiables hubiera invocado la personificación de ese término, el marqués de Whitmore entró en el salón de baile.

El cambio en el ambiente fue inmediato. Las conversaciones de índole femenina flaquearon, las cabezas se giraron. La luz captó el brillo oscuro de su cabello mientras presentaba sus respetos al anfitrión de esa noche. Su mirada recorrió la multitud con una facilidad ensayada: imponente, divertida, demasiado segura para un hombre que no tenía derecho a ser tan apuesto como era.

Enderezó los hombros, preparándose para lo que trajera la noche. Los violines comenzaron otro vals, lento y seductor, mientras ella fijaba su mirada en el marqués. Él vendría a buscarla —no tenía ninguna duda—, y cuando lo hiciera, vería si era tan errático como el duque.

Ignoró la pequeña esperanza que florecía en su interior de que él demostrara lo contrario.

CAPÍTULO

ONCE

Hartley había observado a lady Isabella y al duque de Rolle volver a entrar en el salón de baile. El duque tenía un aspecto ceniciento. La desesperación casi se leía en su rostro, como si no viera el momento de librarse de lady Isabella. La devolvió junto a Ravensmere y la duquesa, hablando apresuradamente antes de hacer una reverencia y marcharse con la misma presteza con la que había llegado.

Hartley siguió su avance por la abarrotada sala, fijándose en su paso rápido y su postura rígida. La curiosidad pudo más que él y lo siguió; quería hablar con él sobre lo que había ocurrido fuera, en la terraza.

Alcanzó a Rolle antes de que se uniera a un grupo de amigos comunes. —Rolle —lo llamó, en un tono bajo pero firme—. ¿Qué ha pasado en la terraza? —le preguntó cuando estuvo más cerca y seguro de que nadie escuchaba su conversación.

Había tejemanejes en marcha y estaba decidido a llegar al fondo del asunto. Si Rolle había ganado la apuesta, necesitaba saberlo. Rechinó los dientes al pensarlo, atribuyendo su fastidio a la pérdida de mil libras y no a los celos que temía que pudieran ser en realidad.

Rolle observó a los que estaban cerca. Buscando asegurarse de que tenían privacidad, bajó la voz. —No ha ocurrido nada. Pero no sin que lady Isabella hiciera un considerable intento por alterar ese resultado.

Un escalofrío recorrió la espalda de Whitmore. Mantuvo las manos quietas a los costados y luchó por no agarrar al duque por las solapas para exigirle una respuesta. El ruido del salón de baile se atenuó bajo el repentino torrente de sangre en sus oídos. —¿Qué estás diciendo?

No es que deseara especialmente saber si lady Isabella se sentía más inclinada hacia el duque que hacia él. Se dijo a sí mismo que su preocupación provenía únicamente de la apuesta... y él nunca perdía. Sin embargo, un pensamiento profundo e inoportuno se agitó en su interior. Quizá, en este caso, sí le importaba.

Era la primera vez para él.

—Creo que lady Isabella —continuó el duque— intentaba alejarme de la multitud en la terraza para… ¿cómo diría yo? Para experimentar su primer beso.

A Whitmore se le tensó la mandíbula. Frunció los labios, luchando contra las ganas de no dejar que la información lo descompusiera. Casi podía verla en su imaginación, de pie bajo los faroles de la terraza, con el pelo acariciado por la luz de la luna y los labios entreabiertos por la expectación. La imagen lo golpeó con una fuerza incómoda.

—Debes de estar equivocado —dijo al fin—. Lady Isabella es hija de un duque. No actuaría de forma tan precipitada o imprudente por mucho que intentemos que haga lo contrario.

Desde luego, no lo había hecho con él. Una lástima, quizá, pues se imaginaba a sí mismo besándola y disfrutando enormemente de ese pasatiempo. La idea de su suave boca bajo la suya, el leve temblor de su aliento, envió un calor inoportuno por sus venas.

Desechó el pensamiento. No le servía de nada.

—Estaba bastante coqueta —replicó el duque con calma—, y no estoy tan seguro de que debamos continuar con esta apuesta. Desde entonces he conocido a alguien... una tal señorita Wilson de Bath, y creo que me gusta más que nadie que haya conocido en sociedad en estos últimos años. No quisiera darle falsas esperanzas a lady Isabella, ni permitir que desarrolle sentimientos que no serán correspondidos.

Hartley entrecerró los ojos. —¿Ahora tienes conciencia y te preocupa herir su corazón de mujer?

—Estaba borracho cuando propuse la apuesta. No deberías haberla aceptado.

No debería haberlo hecho, pero no necesitaba que nadie se lo dijera, y menos Rolle. ¿Quién demonios se creía que era? —¿Así que yo tengo la culpa de esta farsa? —afirmó.

—Bueno, no… —balbuceó el duque.

Hartley suspiró. —Entonces, gano la apuesta y me debes mil libras.

El duque levantó una mano, agitando un dedo. —No, todavía no has ganado su mano, esté yo involucrado o no. Y como ha mostrado preferencia por mí, no parece probable que lo consigas. Así que continuarás esta apuesta tú solo y ya veremos si te concede un beso.

Whitmore enarcó una ceja, enmascarando su irritación tras una sonrisa perezosa. —Muy bien, el juego sigue en pie. Y si prefieres a la señorita Wilson, por supuesto, ve a por ella. Estoy más que dispuesto a duplicar mi dinero a tu costa.

—Ya veremos si el marqués de Whitmore es lo bastante granuja y tentador para la bella lady Isabella.

—Oh, ya lo verás —añadió Whitmore, y su sonrisa se ensanchó —. Mi reputación me precede y no fracasaré en cortejarla.

El duque sonrió con suficiencia. —Creo que lady Isabella será un reto mayor de lo que crees. Parecía bastante decidida antes, si he de leer entre sus ojos parpadeantes y su boca de puchero. No creo que le gustes de esa manera; me prefiere a mí.

Hartley se dio cuenta de que el duque lo estaba provocando, desafiando deliberadamente su ego para obtener una reacción. Intentaba ver hasta dónde podía llegar antes de que Whitmore perdiera los estribos o, peor aún, le retirara la palabra en sociedad.

No mordería el anzuelo.

—Tienes suerte de que seamos amigos —dijo Whitmore con frialdad—, de lo contrario podría ofenderme por ese comentario. Pero lo pasaré por alto y ya verá, excelencia. Ganaré su primer beso, y cualquier otra cosa que esté inclinada a conceder.

Una chispa de picardía se encendió en su interior, aunque por debajo bullía algo más profundo, algo a lo que se negaba a poner nombre. La emoción de la persecución ya no se sentía como una simple apuesta. Oh, no, había comenzado a despertar una inquietud que no podía disipar del todo.

—Te desearía éxito, pero entonces eso significaría que yo sería mil libras más pobre, así que me guardaré esos sentimientos para mí.

Hartley se rio entre dientes. —Un beso no tiene por qué significar más de lo que es —murmuró casi para sí—. Lady Isabella se dará cuenta de esa verdad universal.

El duque sonrió con aire de superioridad. —Me temo que tu confianza será tu perdición.

—Te liberaré de la apuesta muy pronto —dijo Whitmore, con un tono engañosamente ligero—. Ya verás, para el final de la temporada, esas mil libras serán mías.

—Bien, pues —replicó el duque, ajustándose los puños—. Si me disculpas, veo a la señorita Wilson al otro lado de la sala y deseo hablar con ella.

Whitmore inclinó la cabeza. —Buena suerte para ti también.

Observó al duque marcharse, con una sonrisa de suficiencia curvando sus labios. La orquesta había comenzado otro set; los violines y las flautas se entrelazaban con el murmullo de las voces. La luz de las velas relucía en las arañas de cristal, esparciendo diminutas chispas doradas sobre el pulido parqué.

Durante un largo instante, permaneció donde estaba, mientras la multitud se arremolinaba a su alrededor en un torbellino de color y alegría. Luego, su mirada recorrió el salón de baile, buscando.

Lady Isabella estaba de pie cerca de la pared del fondo, junto a su hermana y su cuñado, con una postura grácil y moviendo el abanico en arcos lentos y deliberados. La seda pálida de su vestido captaba la luz de las velas, y el tenue brillo del hilo de plata se deslizaba como la luz de la luna sobre el agua. Su risa, suave pero vibrante, le llegó incluso a través del bullicio de la multitud. Lo golpeó de lleno en el pecho.

Respiró hondo para serenarse y se recompuso.

En efecto. Sería suya, y si no esa noche, pronto.

Muy pronto.

Hartley se dirigió hacia ella, abriéndose paso entre los grupos de invitados con un encanto natural. Los murmullos de la alta sociedad lo seguían: miradas de admiración, comentarios susurrados, algunos suspiros de envidia. Estaba acostumbrado a tal atención, la llevaba como una armadura. Pero aquella noche, por razones que no podía explicar del todo, le resultaba más pesada de lo habitual.

Su sonrisa se agudizó. Casi podía saborear la expectación en el aire, la tensión cargada entre el cazador y la presa. Puede que lady Isabella Ravensmere aún no lo supiera, pero su pequeño juego estaba lejos de terminar.

Y él tenía la intención de ganar.

CAPÍTULO

DOCE

Isabella se sentía extremadamente tonta y avergonzada por cómo se había comportado en la terraza. Tragó la bilis que le subió a la garganta al pensar en lo que le había insinuado al duque que hiciera con ella.

¿Cómo podía actuar de forma tan necia? ¿Tan imprudente o desenvuelta?

Solo esperaba que él no fuera por los salones contando a la gente su atroz comportamiento: su intento de conseguir que le concediera un beso cuando tal cosa era absolutamente inapropiada.

Seguro que no lo haría.

En realidad, no le había pedido que la besara. Insinuar era una cosa, pero él no sería tan cruel como para difundir cotilleos. Hacerlo denigraría su nombre y, de paso, haría que él también pareciera inmoral.

Y no era una persona cruel. Estaba segura de ello, aunque tal vez su interés en ella se hubiera desvanecido y ya no deseara cortejarla.

Intentó no dejarse llevar por el pánico y se puso a pasear por la sala, bebiendo a sorbos su ratafía y obligándose a pensar en otra cosa. La música la envolvía, y el constante murmullo de la conversación subía y bajaba bajo el ritmo del vals. La luz de las velas parpadeaba en los espejos que cubrían las paredes, arrojando una suave luz dorada sobre todos.

Whitmore ya estaba en el baile. Lo había atisbado una o dos veces, incluso una de ellas hablando con Rolle. Deseó saber de qué

estaban hablando.

Solo esperaba que no fuera sobre ella.

Se detuvo cerca de las puertas de entrada al salón de baile que daban al vestíbulo. De pie, sola, observaba cómo las parejas pasaban veloces ante ella en un torbellino de color y risas. El aire era cálido y estaba cargado de perfume.

El estómago se le revolvió con inquietud mientras observaba a los danzantes, sus rostros sonrojados por el vino y el deleite. La imagen solo le recordó lo muy imprudente que había sido.

Terminándose la copa de ratafía, le entregó el cristal vacío a un lacayo que pasaba y se apartó en silencio. Se adentró en un pasillo vacío, recordando que aquella casa tenía un maravilloso invernadero.

Pero antes de que pudiera llegar, oyó voces.

Se detuvo, ladeando la cabeza, tratando de determinar de qué habitación provenía el intercambio. Una rendija de luz de lámpara se derramaba por el suelo desde una puerta entornada, y la leve cadencia de la voz de un hombre —grave y rica— se filtraba a través de ella.

Una voz de advertencia en su cabeza le dijo que diera media vuelta, que regresara al salón de baile e ignorara lo que fuera que estuviera ocurriendo en la casa. Los bailes y las fiestas siempre ocultaban su cuota de indiscreciones. Era mejor no inmiscuirse en situaciones que no le concernían.

Aun así, ya se había portado bastante mal esa noche. Una pequeña parte de ella —imprudente y dolida por la humillación— quería deleitarse sabiendo que otros podían ser igualmente escandalosos.

Se acercó a la puerta y apoyó la oreja contra ella. Oyó a un hombre y a una mujer dentro, el quedo murmullo de una conversación íntima. Cerró los ojos, y la vergüenza la recorrió al reconocer a quienes conversaban.

El duque de Rolle.

Y la señorita Wilson.

Se quedó helada al escuchar de qué trataba la conversación.

—No pensaba que estuviera interesado en mí, Vuestra Gracia —dijo la señorita Wilson, y sus palabras, dulces pero vulnerables,

llegaron flotando hasta donde estaba Isabella.

—No puedo ser obvio con quien deseo cortejar, señorita Wilson —replicó el duque—. Pero es a usted a quien me gustaría conocer mejor… si está abierta a tal cortejo.

—Estoy más que dispuesta, Vuestra Gracia —fue la ansiosa respuesta.

Isabella se apartó de la puerta como si la hubieran golpeado. No escucharía más. No se entrometería.

Pero ¿qué significaba aquello?

Apenas ayer —de hecho, hacía solo una hora—, el duque había parecido totalmente entregado a ella. ¿Acaso no era mejor que tantos otros caballeros de la sociedad, que jugaban con los afectos de las jóvenes damas por mero entretenimiento hasta que alguna más conveniente captaba su atención? Por lo que había oído, solo podía deducir que, en efecto, no era diferente.

Y hacía solo unos instantes estaba ella pensando que él era amable. Que era honorable y sincero en su cortejo.

Qué tonta e inexperta había sido al echársele a los brazos. Después de su conversación con la señorita Wilson, era normal que hubiera huido. Ella no le gustaba, y desde luego no deseaba besarla.

El calor le quemó las mejillas y la vergüenza le recorrió el cuello como un sarpullido. El recuerdo de su intento de coqueteo —las palabras, la mirada que le había dirigido— ahora le parecía mortificantemente transparente.

Isabella huyó, apresurándose hacia el invernadero. Sus zapatillas no hacían ruido en el suelo de baldosas, pero su respiración era entrecortada, ruidosa en sus oídos. Rezó para que nadie viera su huida. Necesitaba aire, espacio para pensar, para dejar que la degradación amainara antes de volver a enfrentarse a nadie.

Dentro del invernadero, el mundo estaba benditamente en silencio. El aroma del jazmín de noche llenaba el aire, mezclándose con la tierra húmeda y el leve matiz metálico del cristal enfriado por la noche.

Se acercó a la gran cristalera que daba a los jardines, contemplando su reflejo atrapado en la tenue luz del pasillo

contiguo. Su rostro pálido, sus ojos abiertos y sus manos temblorosas le devolvían la mirada.

—Tonta —susurró para sus adentros. Cerró los ojos e inspiró hondo para calmarse.

El sonido de una bota y un movimiento a su espalda la sobresaltaron. Se giró solo para ver al único hombre al que no deseaba enfrentarse. No cuando se sentía demasiado vulnerable.

—Whitmore —dijo, con la voz desprovista de emoción—. ¿Qué haces aquí? —Su tono sonó aburrido; esperaba que sonara hastiado, aunque el corazón le dio un vuelco al verlo, y rezó para que él captara la indirecta y la dejara en paz.

—Parecías angustiada al salir del baile —dijo él en voz baja—. ¿Quería asegurarme de que estabas bien?

—Estoy bien —replicó ella. No, no era verdad. Estaba mortificada, y su presencia solo lo empeoraba—. Por favor, déjame sola. —Se volvió para mirar de nuevo al exterior.

Él ignoró su súplica y se situó a su lado. En el reflejo del cristal, vio que la observaba. La luz de la lámpara se enredaba en su pelo oscuro, en la fina línea de su mandíbula; su expresión era indescifrable, pero no descortés. Su cercanía la inquietaba mucho más de lo que quería admitir.

—Sabes lo del duque y la señorita Wilson —afirmó él en voz baja.

Ella levantó la cabeza de golpe. —¿Tú lo sabías?

Él asintió. —Me lo ha mencionado esta noche. Al fin y al cabo, somos amigos.

Ella se apartó, abrazándose a sí misma. —No estoy dolida, si es lo que te preguntas. —No del todo cierto. Su orgullo sí lo estaba, pero en verdad su corazón estaba intacto. Una pequeña merced que se concedía.

—Entonces, ¿qué es lo que te pasa? —preguntó él.

Podía sentir la mirada de él en su mejilla, cálida y firme, pero no podía mirarlo. Se le hizo un nudo en la garganta.

—Me le he insinuado esta noche —dijo de carrerilla—. Pero de haber sabido que le gustaba la señorita Wilson, jamás lo habría hecho. Ni siquiera sé por qué lo hice. Para empezar, no me atrae de esa manera.

—Bueno es saberlo.

Ella continuó, ahora que había empezado a confesar su vergüenza, no podía parar. —El duque es un hombre amable y educado —o eso pensaba yo—, pero no lo deseo como debería.

Whitmore guardó silencio, asimilando claramente sus palabras.

—¿Te le has insinuado? —murmuró, casi divertido—. ¿Pero no lo deseas? Creo que estoy confundido.

—Quería ver —admitió ella— si sus atenciones eran sinceras. Parece que ha fracasado estrepitosamente, como tantos otros antes que él. Porque cualquier hombre que deseara de verdad a una mujer la habría besado, ¿no?

—Un hombre, en efecto, besaría a la mujer que deseara —dijo él en voz baja.

A ella se le cortó la respiración. —No es que debiera estar hablando de esto contigo. Pero considerando que tú y yo somos prácticamente familia...

—No somos familia —la interrumpió—. Mi hermano está casado con tu hermana. Eso no nos convierte en familia.

—Aun así, estoy segura de que mis secretos están a salvo contigo. Aunque seas un granuja.

—Lo están, en efecto —dijo él, con la voz más áspera que antes.

Su promesa la hizo sentirse extrañamente más serena. —Es que no le encuentro sentido. —Frunció el ceño mirando un helecho cercano—. ¿Por qué el duque, estos últimos días, me ha buscado —para bailar, para conversar— solo para darse la vuelta y cortejar a otra? ¿Qué debo pensar de eso?

Whitmore se llevó la mano al cuello y se ajustó el pañuelo. —¿Quizás simplemente ha cambiado de opinión, *my lady*?

Ella arqueó una ceja. —¿Un cambio de opinión? Qué voluble, si ese es el caso. —Hizo una pausa—. ¿Y a qué viene eso de *my lady*, Whitmore? ¿Qué ha pasado con llamarme Bells?

Él sonrió, y ella odió la calidez que la recorrió.

—No pensé que te gustara que te llamara Bells.

—No me gusta —mintió. Y ahí estaba el quid de la cuestión: sí le gustaba. Sonaba íntimo y prohibido. La forma en que su voz se

suavizaba al pronunciar la palabra. Despertaba en ella algo peligroso que no había conocido antes.

Quizás su intento de besar al duque había sido su manera de distraerse de algo completamente distinto. Lo que Whitmore realmente le hacía sentir.

Pero no podía preguntarle si su presencia allí significaba algo más que intentar consolar a una amiga. No podía tentarlo como lo había hecho con el duque. Porque ¿y si besaba a Whitmore… y resultaba ser todo lo que había imaginado? Perfecto en todos los sentidos. ¿Qué pasaría entonces?

No le gustaba Whitmore. Era irritante y pomposo y demasiado guapo para su propio bien. Aun así… mientras lo miraba, no pudo evitar preguntarse qué se sentiría al ser besada por el marqués.

Besada de verdad. Un beso de esos que te hacen encoger los dedos de los pies dentro de la zapatilla…

La idea flotó en el silencio entre ellos, pesada y tácita. Afuera, una suave lluvia comenzó a caer, y las gotas golpeaban suavemente contra el cristal del invernadero. El sonido llenó el silencio como un latido, lento y rítmico, mientras su pulso se aceleraba para igualarlo.

Besar al marqués, no pudo evitar pensar, sería maravilloso.

CAPÍTULO

TRECE

Hartley sopesó si debía inclinarse y besar aquellos labios tan deseables. Por supuesto, no podía. Había gente por todas partes. Por el amor de Dios, en la casa se celebraba un baile, y estaba llena de demasiados ojos. No podía ser tan osado; no con una mujer soltera y, a todas luces, doncella.

En lugar de eso, le ofreció el brazo, decidido a comportarse como un caballero, aunque solo fuese por una vez en la vida.

—¿Volvemos al baile?

Pudo ver el desconcierto titilar en los ojos de ella. Quizá esperaba una respuesta diferente por parte de él; incluso la deseaba. Él también, pero había reglas para ser un libertino. Y besar a una mujer soltera e intacta en un invernadero de cristal donde cualquiera podría estar mirando no era una de ellas.

—Sí, gracias —dijo ella en voz baja.

Regresaron al salón de baile en silencio, sus pasos silenciosos sobre el suelo de mármol, las lejanas notas de la música haciéndose más fuertes a medida que se acercaban a la sala. El tenue aroma a cera de abeja flotaba por el pasillo, mezclándose con el calor de la luz de las velas. La mano enguantada de Isabella descansaba ligeramente en su brazo y, aunque el contacto era inocente, parecía quemarle a través de la tela de la chaqueta.

Afortunadamente, no se cruzaron con nadie que pudiera preguntarles dónde habían estado.

Volvieron a entrar en la fiesta y Whitmore percibió el ligero cambio en el ambiente: algunas miradas curiosas, el susurro de los abanicos, un sinfín de especulaciones que siempre lo seguían a todas partes como una capa.

La devolvió sin dilación al lado de Ravensmere y la duquesa.

—Mañana por la mañana voy a montar a caballo por el parque —dijo él con desenfado, quedándose a unos pasos de distancia pero sin apartar la mirada de ella.

Sus ojos se encontraron con los de él, con una chispa de sorpresa mezclada con curiosidad. —Yo también tengo previsto montar por el parque mañana por la mañana, milord. Quizá te vea por allí.

—Podríamos encontrarnos —sugirió él, con los labios curvándose en una sonrisa—. O quizá deberíamos asegurarnos de que así sea. Sé que te gusta montar, y mañana probaré mi nueva yegua. La compré hace poco en Tattersalls.

—¿De veras? —ella lo miró con genuino interés, y a él le complació extrañamente su atención. El resplandor de los candelabros de araña brilló en su pelo oscuro, y se maravilló de lo hermosa que era. ¿Cómo era posible que no estuviera prometida o casada desde hacía años? Semejante tesoro no debería estar cogiendo polvo en el estante de las solteronas.

—¿Tienes muchos caballos en tu cuadra? —preguntó ella.

—Tengo cuatro en la ciudad —respondió él—, y probablemente el triple en la finca de Kent. Los estoy criando, ¿sabes?, para tratar de asegurar buenos linajes para las carreras. Espero ganar en Ascot algún día.

—Qué interesante —dijo ella—. No sabía que estabas tan familiarizado con el mundo de las carreras. No dejas de sorprenderme, Whitmore.

Él sonrió, secretamente complacido por sus amables palabras. Era poco común que ella le hablara en ese tono, sin puyas, sin recelos. La calidez de sus palabras se le instaló en lo más hondo del pecho, donde no estaba acostumbrado a sentir nada en absoluto.

Hubo un tiempo, mucho tiempo atrás, en que intercambiaban pocas palabras, y ninguna de ellas amable. No es que él no hubiera

intentado agradarle, pero parecía haber algo intrínsecamente irritante en él que ella no podía soportar.

Quizá por fin se estaba ablandando con él. Y eso, desde luego, lo ayudaría a ganar aquella apuesta. Mil libras no era una suma desdeñable, lo bastante valiosa como para ir a por ella.

—Siempre quise criar caballos —dijo ella, desviando la mirada—. Hubo un tiempo en que mi padre tenía una buena colección de linajes en las cuadras, pero los vendió.

A Whitmore no le sorprendió que el difunto duque de Ravensmere lo hubiera hecho. Aquel hombre no había disfrutado de nada más que de las cartas, el clarete y el escándalo. Los rumores —y la confirmación de Benedict— sostenían que había sido el actual duque el único que había restaurado las finanzas de la familia y había vuelto a convertir a sus pupilas en herederas.

—Quizá algún día tengas tu propio programa de cría, Bells —susurró él—. Algo me dice que serías una mujer de negocios de lo más astuta.

Una pequeña sonrisa asomó a sus labios. —Quizá —dijo en voz baja. La luz de las velas se reflejó en sus ojos, volviéndolos de un ámbar líquido, y él tuvo que apartar la vista antes de perder el control por completo.

Cuanto más tiempo pasaba en su compañía, menos deseaba que su cortejo hubiera comenzado como una apuesta, una broma entre amigos. No podía quitarse la sensación de que, si la hubiera cortejado de verdad, podrían haberse entendido bastante bien. Posiblemente demasiado bien.

—Si no me caso, podría intentar persuadir a Rosalind para que convenza al duque de que me permita empezar un programa de cría en Ebonmere Abbey. Aunque supongo que no desean que viva allí para siempre, pero si no me caso, es algo a tener en cuenta. —sonrió levemente—. Siempre podría mudarme a una de las alas en desuso de la casa. Allí no molestaría a nadie.

Whitmore frunció el ceño, la idea le irritó más de lo que estaba dispuesto a admitir. La imagen de ella, escondida en algún rincón tranquilo de la finca —sola, olvidada—, le removió algo punzante en el pecho.

—No creo que tu hermana o tu cuñado te vieran nunca como una molestia —dijo él—. Si no te casaras, te acogerían de buen grado para el resto de tus días.

Ella se rio suavemente, aunque con poca gracia. —Solo quiero decir que ahora tienen sus propias vidas, su familia y sus planes. No me gustaría entrometerme.

—Y con el duque de Rolle ya sin interés en cortejarme —añadió con amargura—, mis posibilidades de que mi tercera temporada sea un éxito disminuyen por momentos.

—Vamos —dijo él, suavizando el tono—. No nos pongamos melancólicos. No va con tu naturaleza. —arqueó las cejas y, por fin, ella sonrió, una sonrisa de verdad, que le iluminó el rostro.

Demonios, era hermosa…

—Tienes razón —dijo ella con una risa—. Y mañana voy a montar con lord Whitmore en el parque, ¿sabes? Eso me convertirá en la envidia de muchas señoritas.

Él se aclaró la garganta, sintiendo que sus bromas volvían. —¿Te daría envidia si no fueras tú la que montara conmigo mañana? Si fueras una de esas señoritas que miran desde lejos, deseando ser con quien hablo, sobre la que mis ojos se detienen…

La risa de ella, despreocupada y brillante, lo bañó como la cálida luz del sol. El sonido se le hundió bajo la piel, sincero y embriagador. Para un hombre tan acostumbrado a las risas a su costa, oír la suya fue como una victoria.

—Si anhelara que fueras mi marido, quizá —bromeó ella—, pero solo somos amigos. ¿O no?

Él inclinó la cabeza. —En efecto. —Y, sin embargo, las palabras sonaron huecas al salir de su boca.

Mientras la orquesta tocaba las primeras notas de otro baile, se encontró observándola: la elegante curva de su cuello al volverse para hablar con su hermana, el delicado rubor de sus mejillas que provenía del disfrute y no de la vergüenza. La presencia de ella llenaba el aire a su alrededor, y apenas podía recuperar el aliento.

Si la amistad era todo lo que compartían, entonces, ¿por qué sentía como si algo latiera en silencio bajo la superficie, esperando la más mínima chispa?

Ella captó su mirada y su sonrisa se suavizó. Por un momento, el abarrotado salón de baile se desvaneció; los candelabros relucientes, el susurro del raso, el murmullo de la *alta sociedad*, todo se disolvió en un sonido lejano.

Solo podía verla a ella.

Y quizá, pensó fugazmente, si la fortuna le hubiera repartido otras cartas en la vida, podría haber sido lo bastante necio como para enamorarse.

CAPÍTULO

CATORCE

Cuando Isabella llegó al parque a la mañana siguiente, Whitmore ya la estaba esperando.

Montaba erguido a lomos de su caballo, con la vista perdida en la vasta extensión de verdor. La neblina matutina aún se aferraba a la hierba y la luz del sol se abría paso débilmente a través de un velo de nubes, arrojando una suave claridad sobre el suelo cubierto de rocío. Su silueta, orgullosa e inmóvil, parecía tallada en el aire húmedo: la imagen de un hombre absorto en sus pensamientos.

Le indicó a su mozo de cuadra que la esperara al final del Row y espoleó su montura. El rítmico sonido de los cascos sobre la grava mojada llegó hasta donde él se encontraba. Whitmore se giró al oírla acercarse y una sonrisa se extendió por su apuesto rostro.

No debería pensar en él de esa manera, por supuesto. Era un bribón; un hombre que, desde el momento en que lo conoció, no había sido más que una china en sus zapatillas de seda. Irritante, apuesto, insoportablemente encantador —o eso creía él—, la clase de hombre que una debería despreciar, pero nunca llegaba a conseguirlo del todo.

Aun así, durante las últimas semanas, habían formado una tregua. Quizá incluso una amistad, como él mismo había declarado. Tal vez las cosas habían cambiado entre ellos y, aunque no se atreviera a admitirlo en voz alta, encontraba el cambio agradable.

Ya fuera cortejo o amistad, fuera cual fuese aquel peculiar acuerdo, él estaba haciendo que su Temporada fuera más agradable que ninguna de las que había soportado antes. Las dos últimas habían sido ejercicios de decepción y tedio, llenas de sonrisas forzadas y risas falsas. Pero ahora, con las bromas de Whitmore y su naturaleza impredecible, se sorprendía a sí misma sonriendo por razones que no lograba definir del todo.

Sin importar cómo terminara, él había hecho que ese año fuera mejor que el anterior. Y la noche pasada, cuando le había confesado su preocupación por estorbar a su hermana una vez que regresaran a Hampshire, él le había hablado con una sorprendente delicadeza; una faceta suya que no había esperado. Había intentado mitigar sus miedos, había mostrado amabilidad en lugar de burla.

Por eso, le estaría eternamente agradecida.

—Lady Isabella —dijo él entonces, usando su nombre completo con fingida solemnidad.

Detuvo su montura junto a la de él, barriendo con la mirada a la yegua de la que había hablado con tanto cariño la noche anterior.

—Buenos días, milord —dijo ella. Su mirada se bebió la visión de sus musculosos muslos antes de inspeccionar al animal. La yegua era exquisita: de porte elegante, color castaño dorado, con la crin oscura y brillante incluso bajo la luz de la mañana. La mano de Whitmore descansaba con soltura sobre las riendas, su postura era de sereno control.

—Es una belleza —dijo Isabella—. Y parece bastante dócil. ¿Cómo es al montarla?

—Puede ser fogosa —admitió él, haciendo que su caballo avanzara a un paso lento—. Pero nada que no pueda controlar.

—Ahora tengo un semental en casa —dijo ella mientras cabalgaban uno al lado del otro—. Es de buena estirpe, pero de naturaleza muy apacible. Ni siquiera levanta la cabeza cuando está cerca de las yeguas.

—Entonces es un ejemplar excepcional —dijo Whitmore, mirándola de reojo—. Quizá sería adecuado para la cría con mi yegua, si decidieras seguir adelante con el programa que comentamos.

Ella sonrió ante la sugerencia. —Me gustaría. Me encantaría verlo cubrir a una yegua de su calidad. Desciende de la línea Darley; su padre quedó segundo en Ascot.

—Mejor que mejor. —Una chispa se encendió en sus ojos oscuros, y un interés genuino dio calidez a su tono—. Sabes más de cría que la mayoría de los caballeros que encuentro en Tattersalls.

—Tengo interés, pero no soy ninguna experta —dijo ella con tranquila modestia—. Aunque estoy segura de que los pocos conocimientos que poseo no se consideran propios de una dama.

—Propio de una dama o no, a mí me parece una cualidad admirable. Tienes cabeza tanto para los negocios como para el placer. Una rara combinación, Bells.

Ella desvió la mirada, intentando que no se notara cuánto le complacían sus palabras. —Me halagas, milord.

—Solo cuando es merecido —dijo él con naturalidad.

Continuaron por el sendero, y el suave golpeteo de los cascos de sus caballos resonaba por el parque. Había pocos jinetes esa mañana. Los árboles se mecían con la creciente brisa y una humedad fresca flotaba en el ambiente, como si el tiempo contuviera el aliento.

La mirada de Whitmore se demoró en su perfil. —Pareces absorta en tus pensamientos —dijo—. ¿Te he aburrido con mi charla sobre las cualidades admirables de las mujeres?

—En absoluto —replicó ella—. Pensaba en lo diferente que eres cuando hablas de caballos. Pareces casi sincero.

Él fingió un jadeo de sorpresa. —Me hieres, lady Isabella. ¿Insinúas que no siempre soy sincero o serio?

Ella enarcó una ceja. —Evidentemente, solo lo eres cuando quieres.

Él rio suavemente. —Touché.

Su risa la recorrió, inesperada y cálida. Apartó el rostro para que no viera la sonrisa que pugnaba por asomar a sus labios. Un trueno retumbó débilmente a lo lejos, interrumpiendo su regocijo.

Isabella alzó la vista al cielo. —Parece que se avecina una tormenta —dijo, frunciendo el ceño—. Probablemente debería regresar a casa.

Él siguió su mirada, con el ceño también fruncido. —Hacía bueno hace solo un momento. Qué extraño.

—El tiempo de Londres es una criatura caprichosa.

—Desde luego —dijo él, mirando hacia el horizonte—. Podríamos escapar de ella si volvemos ahora…

Antes de que ninguno de los dos pudiera moverse, las primeras gotas de lluvia salpicaron la mano de Isabella. Se quedó quieta, con la esperanza de que pasara. En cambio, se abrieron los cielos.

La lluvia cayó con fuerza: gotas gruesas y pesadas que le empaparon la chaqueta y las faldas y le humedecieron el sombrero de montar en segundos.

—¡Oh, cielos! —exclamó ella, riendo a su pesar—. ¡Vamos a quedar empapados!

—¡Ven! —la llamó él, haciendo girar a su yegua—. ¡Allí, la arboleda!

Isabella lo siguió, espoleando su caballo tras el de él. La lluvia fría le azotaba el rostro y las faldas se le pegaban a las piernas. El olor a tierra mojada y hierba aplastada se elevó bruscamente a su alrededor. El rítmico galope de los cascos sobre el suelo empapado se mezclaba con el rugido constante del aguacero.

Bajo los árboles encontraron un refugio relativo. El espeso follaje detenía gran parte de la lluvia, aunque algunas gotas seguían cayendo intermitentemente a través de las hojas. Se sentaron uno al lado del otro, observando cómo la tormenta azotaba el parque más allá.

—Desde luego, esto es torrencial —dijo Whitmore, negando con la cabeza.

—Sí —replicó ella, apartándose unos rizos húmedos de la sien—. Es como si los mismos cielos estuvieran descontentos con nosotros.

—O quizá solo están poniendo a prueba nuestra determinación.

—¿Con qué propósito? —preguntó ella.

—Para ver si podemos sentarnos juntos en educada compañía sin escándalo —dijo él con ojos brillantes.

—Entonces estamos condenados —dijo ella, tratando de no reír —. Porque nunca lo conseguimos.

Se levantó una ráfaga de viento y ella se estremeció. Whitmore se dio cuenta de inmediato y se acercó más. Extendió el brazo y lo posó con delicadeza sobre sus hombros.

Debería haberse apartado, recordarle que era impropio. Pero sin nadie a la vista y con la lluvia apremiando, no dijo nada. El calor de su brazo se filtró a través de la tela húmeda de su vestido, y su mano le frotó ligeramente la manga en un esfuerzo mudo por darle calor.

—Siento haber insistido en que nos viéramos esta mañana. La tormenta pasará pronto —dijo en voz baja—. Entonces te escoltaré a casa.

—No tenías forma de saber que iba a llover —murmuró ella—. No tienes por qué disculparte.

Lo miró entonces —lo miró de verdad— y vio que su propia chaqueta de montar estaba empapada, su oscuro cabello se rizaba húmedo contra su frente. Unas gotas le resbalaban por la mejilla y sobre la marcada línea de su mandíbula. Una se aferró a su labio inferior antes de caer, y ella no pudo apartar la mirada.

Si no lo había considerado apuesto antes, desde luego lo hacía ahora. Apuesto y deseable.

—Lady Isabella —dijo él en voz baja.

—¿Mmm?

—Me estás mirando fijamente —bromeó.

Sus mejillas se arrebolaron. —No lo hacía.

—Sí que lo hacías. —Su voz era grave, casi tierna—. Y te lo agradezco.

Ella volvió el rostro, fingiendo estudiar la lluvia más allá de los árboles. —Eres incorregible.

—Eso me han dicho.

Un momento de silencio se extendió entre ellos. La lluvia golpeaba con fuerza el dosel sobre sus cabezas y el repiqueteo rítmico era extrañamente tranquilizador.

Él se acercó aún más. Podía sentir el calor de su cuerpo junto al suyo, el ligero roce de su aliento contra su sien. El mundo más allá de los árboles se desvaneció; todo lo que quedaba era el sonido de

la lluvia, el olor a cuero mojado y jabón, y el firme palpitar de su propio pulso.

—Estás callada —dijo él al cabo de un rato.

—Estaba pensando —susurró ella.

—¿En qué?

—En lo ridículos que debemos de parecer —dijo, sonriendo débilmente—. Escondidos bajo un árbol como un par de niños tontos.

—Mejor tontos que ateridos —dijo él.

—Quizá. —Dudó, y luego añadió en voz baja—: O quizá no.

Él ladeó la cabeza. —¿Por qué no?

—Porque la tontería puede acarrear problemas. —Problemas como que ella se le echara al cuello cuando sabía que no debía.

—Ah —murmuró él, bajando la mirada a sus labios—. ¿Y temes a los problemas, milady?

—Sí.

—Mentirosa —dijo él con delicadeza.

Ella contuvo el aliento. —Hartley…

—Hartley —repitió él, la palabra flotando en el aire entre ellos como una promesa.

Nunca antes había pronunciado su nombre de pila en voz alta. Oírlo ahora en sus propios labios le pareció íntimo, prohibido. Una advertencia. Una súplica.

—Voy a besarte ahora —declaró Whitmore sin dobleces.

Aquellas palabras deberían haberla hecho huir, deberían haberla obligado a apartarse. Pero no se movió. No tomó las riendas ni hizo girar su caballo.

En su lugar, asintió —lenta, inevitablemente—, aceptando su destino.

Aceptándolo a él.

La lluvia susurraba entre las hojas, un himno constante para aquel momento, mientras él se inclinaba más. El corazón le atronaba en el pecho, su respiración contenida entre el miedo y la anticipación. Por primera vez en su vida, lady Isabella Ravensmere no pensó, no sopesó las consecuencias ni el decoro.

Simplemente sintió.

CAPÍTULO

QUINCE

Estás en el parque, estúpido imbécil. Cualquiera podría estar mirando.

Aun así, no fue suficiente para impedir que besara a Isabella.

Le acunó el rostro, le alzó la barbilla y por fin, santo cielo, por fin besó a la mujer que había rondado todos y cada uno de sus sueños durante las últimas semanas. El beso comenzó como un suave engatusamiento de bocas, una unión de labios. Se dio cuenta de que nunca antes había besado a un hombre, pero, tal como había sospechado, Isabella aprendió rápido y no tardó en seguirle el juego.

Y, por supuesto, él la condujo hacia el pecado. Un lugar que conocía bien. Sabía tan dulce como había imaginado: pura delicia, y toda suya para devorarla.

Le ahuecó el rostro, deslizando las manos por su cabello húmedo, inclinándole la barbilla para profundizar el beso. El sombrero se le cayó hacia atrás, los rizos se le pegaron a las mejillas por la lluvia, y su aliento se entrecortaba en pequeños y desesperados jadeos que lo llevaban a la locura.

Ella emitió un murmullo dulce y consentidor, y el sonido fue a parar directamente a su entrepierna.

Él gimió, deseándola con una ferocidad que lo inquietó; una urgencia que brotaba de un lugar más profundo que la lujuria, algo primario e inesperado.

Había algo especial en besar a una mujer que, hasta ese preciso instante, se había opuesto con firmeza a todo lo que él representaba. Habían sido adversarios. Conocidos ariscos. Luego, poco a poco, una tregua. ¿Y ahora? Ahora no sabía cómo definirlos.

¿Enemigos convertidos en aliados? ¿Amigos al borde de la insensatez? ¿Amantes atrapados entre el decoro y la ruina?

Fuera lo que fuese, lo había trastocado por completo.

Y quería más.

No podía imaginar que pasara otra noche sin volver a besarla; sin saborear su risa, su calidez, su desafío, su suave jadeo contra sus labios.

Los dedos de ella se aferraron a las solapas de su levita, atrayéndolo hacia sí, tomando más que recibiendo. De algún modo, el beso pasó de ser dulce y persuasivo a algo salvaje y absorbente; una maraña de aliento y deseo, el tipo de beso que hacía desaparecer el mundo.

La presionó, quizá más de lo que ella estaba preparada para aceptar, pero Isabella respondió a su experiencia con avidez, con una naturalidad que lo dejó completamente descolocado: el cuerpo sin equilibrio, la mente dando vueltas.

—Hartley —jadeó ella, rompiendo el beso, su nombre era a la vez una súplica y una protesta.

Fue a besarla de nuevo, pero el sonido de unos cascos que se acercaban lo devolvió bruscamente a la realidad. Se apartó y alzó la vista para ver al mozo de cuadra de ella cabalgando hacia ellos. La lluvia había cesado; cuándo, no sabría decirlo.

Había estado demasiado perdido en ella.

—Debemos parar —dijo él a toda prisa—. Se acerca alguien…, su mozo de cuadra, creo.

Ella se enderezó, colocándose el sombrero y ajustándose las faldas, con la respiración entrecortada.

No pudo evitar sentir una punzada de fastidio; no con ella, sino por la interrupción. El aire entre ellos aún crepitaba, vivo por lo que habían hecho, por lo que podría haber sido si el mundo no se hubiera entrometido.

—Te he alborotado un poco el pelo —dijo él con voz baja y áspera—. Mejor que te lo arregles antes de que llegue.

Ella se apresuró a volver a sujetarse varias horquillas en el peinado. En cuestión de instantes, volvió a ser la respetable Lady Isabella Ravensmere: fría, serena, intocable.

Él, sin embargo, se sentía de todo menos sereno.

De hecho, tenía la terrible y reptante sensación de que el beso había alterado algo en su interior, como si una puerta cerrada con llave en su alma se hubiera abierto de par en par.

Qué era, aún no podía precisarlo, pero una punzada de angustia se instaló en sus entrañas al pensar que la mujer que tenía delante no sería suya para besarla de nuevo cuando quisiera.

Prácticamente has ganado la apuesta. Díselo al duque, reclama tus mil libras y acaba con ella. Líbrate de ella. Se suponía que no debías caer rendido a sus encantos.

Se frotó la mandíbula con una mano, sintiendo la punzada del autodesprecio. Aún podía saborearla en sus labios, aún sentía el temblor de su aliento contra su mejilla, y eso lo avergonzaba.

Se odiaba a sí mismo cada vez más con cada momento que pasaba. Ella lo despreciaría si alguna vez descubriera la verdad: que su cortejo, su amistad, toda esta farsa, había comenzado como una apuesta.

¿En qué había estado pensando? Aparte de en ser un necio en aquel momento. Una represalia mezquina por su impertinencia en el baile de los Kenworthy, donde había exhibido su desdén por él sin reparos. Un desprecio que el duque de Rolle había notado. Y ahora aquí estaba, el necio deshecho por su propio engaño.

—¿Hay algo que desee preguntarme, mi lord?

La pregunta de ella lo sobresaltó. La miró, confundido. —No creo —dijo, escrutando la expresión de ella y tratando de adivinar qué podría esperar—. ¿Por qué lo preguntas?

—Me has besado, Whitmore.

Él parpadeó. —Yo…, sí, supongo que sí.

—No puedes decir que eso sea algo normal que haga un caballero —dijo ella, con voz tranquila y firme—. ¿No vas a casarte conmigo ahora?

—¿Casarme contigo? —Las palabras se le escaparon antes de que pudiera detenerlas. Casi se atragantó—. ¿Crees que debería pedirte que te cases conmigo ahora? —El pánico lo golpeó, rápido y agudo. Se le cortó la respiración, el pecho se le oprimió. Por un momento, pensó que podría desmayarse de verdad. Aún sentía los labios de ella bajo los suyos, aún oía aquel suave murmullo, aún la deseaba…, y darse cuenta de ello lo mareó.

—Solo ha sido un beso, Lady Isabella —dijo finalmente, intentando sonar sereno—. Pensé…, bueno, cuando mencionaste al duque, y que te abalanzaste sobre él, que era algo que deseabas… experimentar. Yo simplemente…

La risa de ella lo interrumpió.

Él la miró fijamente, completamente perdido.

—No deseo casarme contigo, Lord Whitmore —dijo ella, con los labios curvados—. Del mismo modo que tú no deseas casarte conmigo. Pero te agradezco el beso. Lo he disfrutado bastante.

Él abrió la boca y luego la cerró.

—De hecho —añadió ella con picardía—, no habría pensado que la lengua pudiera ser tan… sensual. Pero ahí lo tienes.

La sonrisa de ella lo dejó boquiabierto. —¿Estás de broma? —preguntó él con voz débil.

—En absoluto. —La diversión bailaba en sus ojos—. Solo quería verte retorcerte. El pánico en tu apuesto rostro ha sido recompensa suficiente.

Él exhaló, a medio camino entre un gemido y una risa. —Eres una pícara.

—Pero si fueras un caballero honorable —dijo ella con ligereza—, por supuesto me habrías pedido la mano, en lugar de poner cara de haberte tragado un sapo.

Él frunció el ceño, pero ella se limitó a encogerse de hombros, completamente tranquila. La calma de ella lo inquietó mucho más de lo que lo habría hecho su ira. ¿Acaso no le importaba en absoluto? Quizá de verdad no le importaba. Quizá realmente no tenía ningún interés en él…, más allá de la curiosidad.

—Quería ver —dijo ella.

—¿Ver qué?

—Ver y saber —respondió—. Ahora ya lo sé.

—¿Ver y saber qué, Isabella? —inquirió él, sintiendo que perdía la paciencia.

Ella ladeó la cabeza. —Lo que ha sucedido hoy aquí no hace más que confirmar lo que siempre he sabido. Eres un auténtico libertino. Un hombre que aprovecha las oportunidades que se le presentan y luego se aleja cabalgando hacia el horizonte, sin importarle el daño que deja a su paso. Nunca cambiarás, pero al menos ahora conozco tu verdadera naturaleza. Una lástima, porque había empezado a pensar que quizá por fin habías madurado.

—¿Madurado? —repitió él, dolido.

Ella se enderezó en la silla, hecha toda una dama orgullosa como él la conocía. —No tienes por qué buscarme en más bailes ni fiestas. No esperaré tu compañía, ni creeré que ninguna otra amabilidad por tu parte sea sincera.

Él cerró la boca de golpe, su mente buscando furiosamente algo que decir. —Disfruto pasando el tiempo contigo —dijo finalmente, su voz más áspera de lo que pretendía—. Pero quizá tu pregunta me ha pillado por sorpresa, eso es todo. No significa que no esté preparado para el matrimonio. —Hizo una pausa, preguntándose de dónde diablos había salido ese pensamiento.

Ella enarcó las cejas, con los labios curvados en un silencioso triunfo. —No te engañes, mi lord. No te favorece.

—Esto… —hizo un gesto impotente entre ambos—, ha sido agradable. Ha sido…

—Estoy de acuerdo —dijo ella—. Y ahora se ha acabado. De verdad que debo volver a casa. ¿Imagino que estarás en el baile de los Hadon esta noche?

—Estaré —dijo él, aunque apenas recordaba haber aceptado ir o por qué debería importarle a ella después de sus duras palabras.

—Yo también asistiré —dijo ella, recogiendo las riendas—. Pero creo que será mejor que no nos hablemos. —Giró su caballo y se alejó, encontrándose con su mozo de cuadra a mitad de camino por el sendero.

Hartley no la siguió. La observó mientras se alejaba, el bajo de su traje de montar oscurecido por el tiempo, su postura orgullosa a

pesar de la conversación.

—Maldita sea —murmuró. Se pasó una mano por el pelo. El aroma de ella —una tenue mezcla de rosas y lluvia— aún perduraba en sus dedos, atormentándolo.

Era un completo idiota. Y también lo parecía. Y ella lo sabía.

Pero ahora era libre. Podía continuar con su temporada, volver con sus amantes, beber, reír y olvidarla por completo. La había besado. Podía reclamar sus mil libras y dar por zanjada la estúpida apuesta.

Todo debería ir bien.

Pero mientras permanecía allí sentado, el dolor en su pecho decía lo contrario. El recuerdo de su risa —de sus palabras inteligentes y mordaces— lo atormentaba. La había besado para ganar. Sin embargo, el tacto de sus labios lo había marcado a fuego como el pecado. Lo había marcado como propiedad suya.

—Maldita sea —juró de nuevo—. ¿Qué demonios ha sido eso?

Porque por primera vez en su vida, Whitmore se dio cuenta de que ya no sabía cuál sería su próximo movimiento, pero que le aspen si este iba a ser dejar de hablarse para siempre. De eso estaba seguro.

CAPÍTULO

DIECISÉIS

Whitmore apuraba lentamente un brandy en su mesa habitual del White's la noche siguiente. El denso aroma de los puros y el cuero viejo impregnaba el aire. La lluvia seguía repiqueteando contra los altos ventanales, un sonido suave pero incesante, un ritmo que parecía hacer eco a sus interminables pensamientos.

No había dormido bien. Cada vez que cerraba los ojos, sentía los labios de Isabella contra los suyos. Su suave suspiro. La calidez de sus manos. Su risa después, burlándose de él, despreocupada, mientras él se quedaba allí descompuesto como un jovenzuelo tras su primer beso.

—Ah, ahí estás —llegó el acento suave y pausado del duque de Rolle, que se acercaba a grandes zancadas con su habitual y serena seguridad. Sus botas brillaban, su levita estaba impoluta. Un hombre inmune a la inseguridad.

Whitmore deseó poder decir lo mismo.

El duque se dejó caer en el asiento de enfrente e hizo un gesto para que le sirvieran una copa. —Tenía la intención de buscarte antes, pero los negocios me han entretenido. Así que dime —dijo el duque, acomodándose en la silla—. ¿La has besado ya? Si lo has hecho, te enviaré tus mil libras para el final de la semana.

Whitmore clavó la vista en su copa. —No quiero tu dinero ni ninguna parte de la apuesta. Considera la apuesta nula y sin efeito.

—Tonterías. Una apuesta es una apuesta, y si la has cumplido, se te pagará. Así que dime, ¿has besado a lady Isabella?

No dijo nada.

El duque sonrió. —Tomaré tu silencio como un intento de proteger la virtud de la dama. —Hizo una pausa, agradeciendo a un lacayo su copa de brandy—. Sin embargo, parece que la victoria no te sienta bien.

—Quizá no me siente bien —masculló Whitmore, dejando su copa—. Quizá he empezado a cansarme de los riesgos cuando son a expensas de otros.

El duque enarcó una ceja. —Una extraña confesión viniendo de un hombre que hasta ahora ha medrado con ellos.

—Hasta un zorro se cansa de la caza cuando descubre que se ha acorralado a sí mismo —dijo Whitmore, con la esperanza de que el duque no lo oyera por hablar tan bajo. No necesitaba que su par supiera cómo sufría ni que se riera de él por su melancolía.

—Vamos, Whitmore, no te pongas sensiblero. No has hecho nada malo. El orgullo de lady Isabella sobrevivirá, y tú te has ganado una bonita suma.

Forzó una sonrisa de suficiencia. —Lo haces sonar muy noble, pero te equivocas. Ella no está herida en absoluto. De hecho, no creo que le importara un comino lo que hicimos —admitió, queriendo tragarse las palabras nada más pronunciarlas. Y ahí estaba el quid de la cuestión, ¿no? Su fácil indiferencia hacia él. La única mujer en Londres que se negaba a sucumbir a sus encantos, incluso después de un beso.

¿Qué demonios le pasaba? ¿Acaso había perdido su habilidad para seducir al bello sexo?

El duque se rio entre dientes e hizo una seña al camarero. —Te sentirás mejor después de unas manos a las cartas esta noche.

Whitmore no respondió. Su atención se había desviado hacia la mesa de detrás, donde dos pares más jóvenes se reían con sus propios brandis.

—Es una belleza singular —dijo uno; lord Lennox, un caballero conocido por sus buenos modales y mejor cuna—. Me fijé en ella en el baile de anoche. Unos ojos impresionantes. Se mueve como una

duquesa, lo cual no es de extrañar considerando que es hija de duque, aunque tengo entendido que sigue soltera.

—Tres temporadas, ¿no es así? —afirmó su acompañante.

—En efecto. Una solterona según la cruel medida de la sociedad. Lo que la hace estar madura para ser recogida.

La risa del hombre crispó los nervios de Whitmore. Tenían que estar hablando de Bells.

—Tengo la intención de hacer un esfuerzo concertado para pedir su mano —continuó lord Lennox—. Su dote es generosa, sus contactos excelentes y merece algo mejor que ser ignorada. Haré una visita a Ravensmere la semana que viene.

Whitmore apretó la mandíbula. Se dijo a sí mismo que no era asunto suyo. Que ella era libre de casarse con quien quisiera. Que él no tenía ningún derecho sobre ella. Pero la idea de que otro hombre la tocara, la besara, le oprimió el pecho dolorosamente.

—Te has puesto pálido —dijo el duque, estudiándolo.

—Estoy bien —dijo Whitmore secamente.

—¿Lo estás?

—Solo aburrido. —Echó la silla hacia atrás y arrojó unas monedas sobre la mesa—. Si me disculpas, tengo una reunión con mi administrador.

—¿A estas horas? —El duque frunció el ceño, pero no dijo nada más y le dejó marchar.

Whitmore abandonó el club sin mirar atrás, el murmullo de la conversación de los otros hombres persiguiéndole hasta la brumosa noche. La ciudad olía a piedra mojada y a humo de carruajes. Sus pensamientos eran un torbellino de ideas inquietas y feas que no podía ni silenciar ni justificar.

Lo que necesitaba era dormir. Por la mañana todo iría bien. Volvería a ser el de siempre, seguro de sí mismo, y cualquier pensamiento sobre una bonita morena desaparecería de su mente.

El baile de los Romley de la noche siguiente estaba en pleno apogeo cuando llegó, mucho más tarde de lo previsto gracias a haber remoloneado en casa. Su reunión con el administrador se

había alargado hasta bien entrada la tarde, y para cuando se cambió la levita por el atuendo de etiqueta y entró en el gran salón de lord y lady Romley, el baile ya estaba a la mitad.

Contempló la escena que tenía ante él, los bailarines y los asistentes. El hielo le corrió por las venas cuando su mirada se posó en una jovencita especialmente atractiva.

Entrecerró los ojos. Lady Isabella estaba bailando un vals. Y no con un par decrépito o un cachorrillo demasiado ansioso, sino con lord Lennox, el mismo hombre del White's de la noche anterior.

A Whitmore se le hizo un nudo en el estómago mientras los veía casi flotar por la pista. Isabella estaba radiante: su vestido era de una seda azul pálido que relucía con cada paso, sus mejillas sonrojadas, su sonrisa brillante. Parecía feliz. Demasiado feliz.

Lord Lennox la sostenía con una gracia natural, su mano respetuosa pero firme en su cintura. Era un hombre decente. Amable. De buena familia. Sin deudas, sin escándalos, sin ninguna amante escondida en Mayfair. En resumen, todo lo que Whitmore no era.

Apretó los puños a los costados y, aunque sabía que debía apartar la vista para ahorrarse el espectáculo de lo que claramente se estaba desarrollando ante él, no pudo hacerlo.

Isabella levantó la vista en mitad de un giro y le vio allí de pie. Por un segundo que le paró el corazón, sus miradas se cruzaron. Su sonrisa no vaciló; de hecho, se acentuó muy ligeramente. La inclinación petulante de sus labios decía que sabía exactamente lo que estaba haciendo.

—Que Dios me ayude —masculló en voz baja.

Cuando el vals terminó, Isabella hizo una reverencia con gracia, su risa ligera mientras lord Lennox le decía algo al oído que a ella le pareció divertido. Whitmore no esperó. Tan pronto como su pareja hizo una inclinación y se alejó, cruzó la sala.

—Lady Isabella —dijo, con un tono demasiado sereno y seco.

Ella se giró, su abanico ondeando perezosamente en su mano. —Lord Whitmore.

—Parece que se está divirtiendo.

—¿Y por qué no habría de hacerlo? —Su tono era todo dulzura, pero había un brillo acerado en su mirada que le decía que deseaba que estuviera en otro lugar, aunque era demasiado educada para decirlo delante de cualquiera que estuviera cerca—. Es una velada deliciosa. La música es divina y mis parejas de baile de esta noche han sido de lo más agradables.

—Ya veo. —Dio un paso más cerca—. Lord Lennox, ¿verdad? —Odió sonar resentido, muerto de celos. La había besado por una apuesta, ¿qué demonios hacía ahora en el baile de los Romley exigiéndole saber qué hacía con otro hombre? ¿A él qué le importaba lo que ella hiciese?

—En efecto. Un caballero encantador.

—Sí, he oído que lo es. —Rechinó los dientes y luchó por mantener la calma.

Ella levantó una ceja. —¿Ha oído hablar de él?

—Nos conocemos.

—Entonces le complacerá saber que ha regresado recientemente de Italia. Es todo un viajero.

—Eso he oído —dijo él, con voz tensa. La música creció a su alrededor —un alegre *reel*—, pero para Whitmore el sonido se desvaneció en un rugido sordo. Solo la veía a ella. Solo olía su perfume: rosa y algo más cálido, más suave, que se aferraba a su memoria como el pecado.

—No me había dado cuenta de que os gustaban los caballeros de modales impecables y hábitos modestos —dijo—. ¿Acaso es de extrañar que no nos lleváramos bien?

—Descubro que me gustan los caballeros que son honestos —dijo ella, con una sonrisa inquebrantable.

Él se estremeció. —¿Y crees que yo no lo soy? —¿Y por qué no iba a pensarlo? La había tomado por tonta. Era pura suerte que ella no supiera toda la verdad de su engaño, o ni siquiera le estaría hablando ahora.

—¿Lo eres? —replicó ella en voz baja.

Él vaciló. —Bells…

—Lady Isabella —corrigió ella con suavidad.

Él exhaló. —¿Te propones volverme loco, verdad? Creo que después de lo que pasó en el parque necesitamos hablar en privado.

Su abanico se detuvo. —Se halaga a sí mismo si cree que voy a ir a algún sitio con usted, milord.

Miró a su alrededor. No había nadie cerca. Estaban parcialmente ocultos por una alta palmera de maceta, y los invitados cercanos demasiado ocupados con sus propias diversiones para preocuparse por sus asuntos.

—Dime —dijo él, en voz baja—, ¿a qué juego estás jugando?

—A ningún juego, milord. Simplemente bailo. Me río cuando algo me divierte. Vivo mi vida lo mejor que puedo hasta que vuelva a Hampshire o me case.

—Y piensas casarte con lord Lennox.

—¿Debería importarte?

—No —dijo demasiado rápido, odiando que sí le importara. Aborrecía la sola idea de que la abrazaran, la besaran, incluso la miraran, si no era él. Maldita sea, era un necio y se estaba comportando como tal. ¿Qué le había pasado? De alguna manera, después de un beso, se había convertido en una cáscara desesperada de su antiguo yo.

Los ojos de ella brillaron con diversión. —Suenas a la defensiva.

—No lo estoy.

—Estás celoso —dijo ella, simplemente.

Él se puso rígido, odiando el hecho de que su puyazo le hubiera dado de lleno en el pecho y que, por desgracia, no estuviera equivocada. —No estoy celoso. —Oh, pero lo estaba. Enloquecedoramente.

—Sí lo estás.

—Que no.

—Claro que sí —dijo ella, cerrando el abanico de golpe—. Y es bastante impropio de usted, milord. Especialmente para un hombre que una vez me dijo que no podía soportar la idea del matrimonio.

—Eso fue antes —empezó él, y luego se detuvo. ¿Antes de qué? ¿Antes de besarla? ¿Antes de que lo desarmara con una sola sonrisa? Con su tacto. La sensación de su cuerpo flexible y dulce en sus brazos.

—¿Antes de que me besaras? —sugirió ella, con las cejas levantadas en tono de burla.

Él se encontró con su mirada, el desafío en sus ojos imposible de ignorar. —Presumes demasiado.

—Presumo exactamente tanto como me dejas ver. Rara vez me equivoco, no cuando se trata de ti, Whitmore.

Sus palabras atravesaron el ruido y las risas como una cuchilla. No sabía si maldecirla o besarla.

Así que hizo lo segundo.

Se movió antes de pensar: un paso adelante, una mano deslizándose por su cintura, atrayéndola de vuelta a la sombra de la palmera. Su boca encontró la de ella antes de que pudiera protestar, antes de que pudiera devolverle el juicio a su estúpida cabeza de una bofetada.

Ella ahogó un grito y él esperó que lo detuviera. Que lo apartara. No hizo ninguna de las dos cosas.

Al contacto de sus labios, el beso se volvió feroz, desesperado; no una caricia vacilante, temerosa de quienes pudieran verlos. Era hambriento, una fusión de bocas que luchaban por controlar a la otra. Saboreó su deseo, su indignación, su necesidad, todo enredado, encendiéndolo como yesca.

Debería haberlo apartado. Casi lo esperaba. Pero en lugar de eso, sus dedos se aferraron a las solapas de su levita y le devolvió el beso, un grito ahogado y hambriento escapando de su garganta que le puso la polla dura.

Dura como una piedra.

Se separó, con la respiración entrecortada. Los labios de ella estaban encendidos, su pecho subía y bajaba en respiraciones rápidas e irregulares. El sonido de la orquesta les llegó de nuevo: melodioso, romántico, absolutamente ajeno a su perdición.

—¿Has perdido el juicio? —susurró ella, mirando más allá de los helechos para ver si alguien los había visto.

—Por completo.

—Vas a provocar un escándalo y nos veremos obligados a casarnos. Y eso no es lo que ninguno de los dos quiere.

—¿No lo quiero? Ahora mismo, ser escandaloso contigo suena de lo más dulce.

—No puedes decirlo en serio.

Apoyó la frente en la de ella, cerrando los ojos. —Ya no sé lo que digo en serio. —Durante un largo momento se quedaron allí, atrapados entre el decoro y el deseo, con el murmullo del salón de baile justo más allá de las hojas. Debería irse, pero sus pies permanecían firmemente plantados en el sitio.

—¿Por qué haces esto? —preguntó ella suavemente—. No puedes decidir si me odias o me deseas.

—Quizá sean ambas cosas —dijo él con voz ronca.

—Eso no es halagador.

—Tampoco lo es la honestidad —dijo, logrando una sonrisa irónica. Lo único que sabía en ese momento es que la deseaba, ya fuera para siempre o por una noche, no sabría decirlo. Pero no quería apartarse de su lado. Esta vez no hacía falta persuasión monetaria.

Los labios de ella se curvaron ligeramente. —Eres imposible.

—Y, sin embargo, me has devuelto el beso y sigues aquí. Aún hay esperanza para nosotros.

—Solo permití tu beso para que dejaras de hablar.

Él rio en voz baja, pero no había humor en ello. Por dentro, estaba a la deriva, dividido entre el deseo de reclamarla y el de protegerla de sí mismo. No quería herir a Isabella, pero tenía el mal presentimiento de que sería una decepción. El escandaloso lord Whitmore que siempre se las arreglaba para meterse en líos con la *alta sociedad*.

—Debería irme —dijo ella—. Antes de que alguien nos vea.

Él asintió, aunque su mano aún permanecía en su cintura. —Ve, entonces.

Ella lo miró por última vez —con los ojos brillantes, indescifrables —, luego se giró y se deslizó de vuelta a la luz dorada del salón de baile, su vestido susurrando sobre el suelo de mármol.

Whitmore permaneció oculto tras la palmera, con el pulso acelerado y los pensamientos convertidos en una tormenta. Aún

podía sentir el fantasma de sus labios en los suyos, el sabor de su risa, el dolor que dejaba a su paso.

Era un necio.

Un maldito necio perdido.

Y lo que era peor: lo sabía.

CAPÍTULO

DIECISIETE

En el instante en que los labios de Whitmore abandonaron los suyos, Isabella supo que tenía que huir.

El corazón le latía desbocado bajo las costillas, la respiración entrecortada, la piel todavía hormigueante por la presión de su boca. Mientras se abría paso apresuradamente entre la multitud de invitados, aún podía sentir su calor, el áspero murmullo de su aliento, la firme fuerza de sus manos al atraerla hacia sí. Era una locura —una absoluta locura— pensar en él de esa manera, y nada menos que en un baile.

El salón de baile a su alrededor parecía demasiado luminoso, demasiado ruidoso; las risas y la música se fundían en un zumbido vertiginoso que le infundía el deseo de salir corriendo. Se giró rápidamente, abanicándose e ignorando las miradas curiosas mientras se deslizaba entre los grupos de invitados hacia las puertas. La palmera tras la que acababa de pecar —de forma escandalosa e insensata— parecía seguir siendo testigo de su perdición.

—¿Isabella? —La voz de Rosalind la detuvo a medio camino del vestíbulo. Su hermana tenía el ceño fruncido, su expresión era suave y denotaba preocupación—. ¿Te encuentras mal?

—Creo que me está empezando una jaqueca —dijo Isabella apresuradamente, aferrando el abanico con más fuerza para ocultar el temblor de sus manos—. El ruido y el calor… me han abrumado por completo.

La mirada de Rosalind escrutó su rostro, no del todo convencida. —¿Estás sonrojada?

—Por el calor —dijo Isabella, logrando esbozar una leve sonrisa —. Si no te importa, me gustaría irme a casa.

—Por supuesto —dijo Rosalind de inmediato—. Espera aquí. Haré que traigan el carruaje y avisaré a Ravensmere.

En cuestión de minutos estaban dentro del carruaje ducal, la pesada puerta cerrándose con un golpe sordo tras ellas. El sonido pareció encerrar a Isabella en sus propios pensamientos. El vehículo olía ligeramente a saquitos de lavanda y a cuero. Fuera, las calles empedradas relucían por una lluvia anterior, la luz de las farolas se reflejaba en los charcos que pasaban fugazmente al girar las ruedas. Cada luz que pasaba parecía brillar a través del cristal y luego desvanecerse, tan fugaz como lo había sido su buen juicio bajo el contacto de Whitmore.

¿Los habría visto alguien? A la mañana siguiente, ¿sería ella la comidilla? ¿Quedaría su reputación por los suelos? Rosalind, sentada frente a ella, la estudiaba con demasiada atención para su gusto.

—¿Estás segura de que no estás enferma, querida?

Isabella miró por la ventanilla, su reflejo apenas visible en el cristal. —Completamente segura. Solo es un dolor de cabeza, te lo prometo.

—Puedo mandar a buscar un médico si la jaqueca empeora.

—No será necesario.

Rosalind vaciló. —¿Entonces tal vez me digas qué ha sucedido realmente para que estés tan contrariada?

Isabella giró la cabeza bruscamente. —¿Realmente? ¿Por qué me preguntas eso? — ¿Era su angustia tan evidente que su hermana percibía más de lo que decía? Rosalind estaba casada, había sido cortejada por un hombre de medios y naturaleza similares a los de Whitmore; quizás sí que percibía más de lo que Isabella le atribuía.

Su hermana sonrió débilmente. —No eres de las que huyen de un salón de baile. Y el color que tenías al marcharte… No era por una jaqueca, querida. Era otra cosa. Tenías los ojos brillantes, aunque tu piel estuviera sonrosada, y tus labios, bueno, parecían un poco hinchados…

Isabella suspiró y juntó las manos enguantadas en su regazo. La fina costura de su vestido le pareció de repente sofocante. El corsé, demasiado apretado. Deseó poder desatar sus pensamientos con la misma facilidad que la tela. —Estoy siendo una necia —dijo al fin.

—Te he conocido de muchas maneras —dijo Rosalind—, pero necia nunca ha sido una de ellas. Dime qué te ocurre.

Isabella bajó la mirada, su voz apenas un susurro mientras se preparaba para contarle a su hermana mayor los contradictorios pensamientos y sentimientos que la atormentaban últimamente. —Creo que puede que me guste.

Decir las palabras en voz alta alivió un poco el peso que se había instalado sobre ella. ¿Podía confiar en él? ¿Quería darle tanto poder sobre ella? ¿Y si solo estaba bromeando, como tanto le gustaba hacer? ¿Y si simplemente estaba jugando con ella antes de que otra se cruzara en su camino?

Rosalind parpadeó. —¿Él?

—Whitmore. —El nombre salió de sus labios como una confesión. Apuesto, malvado, capaz de besarla hasta hacerla perder el equilibrio y sentir que flotaba, Whitmore…

Los ojos de su hermana se suavizaron, pero no dijo nada durante varios largos segundos.

—No creo que yo le guste a él —añadió Isabella rápidamente, como si decirlo en voz alta pudiera mitigar el escozor—. No de verdad. No como se debe.

Rosalind ladeó la cabeza. —¿Y qué te hace estar tan segura?

—Porque los hombres como él no se casan con mujeres como yo, que desean un matrimonio por amor —dijo simplemente—. Podría tener a cualquier dama del *ton*, a cualquier número de bellezas que penden de cada una de sus palabras y a las que no les importaría que nunca las amara. —Suspiró—. Estoy segura de que solo pasa tiempo conmigo, no porque yo sea excepcional, sino porque soy segura. Porque sabe que nunca esperaría que me pidiera la mano. Porque soy una pequeña distracción para hacer su temporada más agradable.

Su mente regresó al instante tras la palmera: su mano en su cintura, su boca reclamando la suya como si el mismo aire entre

ellos pudiera arder. La presión de sus labios, el sabor a brandy y a calor la hicieron anhelar más. Por un momento, casi había creído que su amistad, o lo que fuera que estaba sucediendo entre ellos, significaba algo. Pero los hombres como Whitmore no besaban a mujeres como ella por amor. Lo hacían por deporte. Por curiosidad. Para llevarse a una a la cama.

Rosalind sonrió amablemente. —No te valoras lo suficiente, Isabella. Whitmore es un hombre complicado, pero eso no significa que sea incapaz de sentir afecto. Quizás hasta ahora, simplemente no había encontrado a nadie que lo desafiara. No ha encontrado a una mujer que le haya dicho que haga lo que ella quiere en lugar de lo que quiere él.

Isabella soltó una risa silenciosa, sin estar segura de si algo de lo que Rosalind decía era cierto. —Creo que es incapaz de ser sincero. Todo lo que dice está envuelto en encanto y broma. No sé cuándo creerle… o si debería hacerlo alguna vez.

Rosalind la observó con esa paciencia de hermana mayor que Isabella siempre había admirado y resentido a partes iguales. —Los hombres —dijo Rosalind tras una pausa— a menudo tardan en comprender lo que tienen delante. Especialmente aquellos acostumbrados a conseguir lo que quieren con poco esfuerzo. A veces es necesario perder algo —o estar a punto de extraviarlo— para que se den cuenta de que vale la pena luchar por ello.

A Isabella se le hizo un nudo en la garganta. ¿Significaba eso que debía esperar? ¿Darle la oportunidad de verla de otra manera? ¿A ver si admitía que sentía por ella más que por ninguna otra que le hubiera precedido? Frunció el ceño. ¿Y si nunca hacía nada de eso? ¿Y si malgastaba su corazón en un hombre que solo se reiría de su ingenuidad?

El suave vaivén del carruaje y el ritmo constante de los cascos llenaron el silencio. Isabella se miró las manos, retorciendo el borde de su guante entre los dedos. Quería creer a Rosalind, pero el recuerdo de la expresión de sorpresa de Whitmore después de que ella le preguntara si tenía intención de casarse con ella cuando estaban en el parque se repetía en su mente una y otra vez.

Había parecido desolado, aterrorizado, como si ella le hubiera quitado la tierra bajo los pies. Eso, más que nada, la había herido. Porque le decía todo lo que necesitaba saber. Él había querido el beso, nada más.

Te ha vuelto a besar esta noche, Isabella. ¿Y si te equivocas…?

—Creo que le das demasiado crédito —dijo en voz baja—. No es un hombre en busca de valía, solo de diversión.

Rosalind se reclinó, agarrándose al asiento mientras el carruaje se tambaleaba al doblar una esquina. —Y sin embargo te besó, creo, aunque todavía no me lo hayas admitido. Pero reconozco unos labios que han sido besados cuando los veo, y los tuyos ciertamente lo parecen.

—El beso no fue por afecto —dijo Isabella con amargura—. Fue… un impulso. Habíamos discutido y Whitmore creyó oportuno reprenderme.

—Quizás sea como dices, o estaba tan celoso que no pudo controlarse, ni siquiera en un salón de baile rodeado por el *ton*. —Rosalind la miró a los ojos—. A menudo, los actos impulsivos revelan lo que con más ahínco intentamos ocultar.

Isabella levantó la vista. —Hablas como si lo estuvieras defendiendo.

—Deseo que mi hermana sea feliz. —Rosalind sonrió levemente —. Si Whitmore tiene el poder de hacerlo, entonces no puedo condenarlo tan a la ligera.

Feliz. La palabra le sonaba extraña en el pecho a Isabella. No había estado verdaderamente contenta en años, no desde antes de su primera y desastrosa temporada, cuando todavía creía que el amor llegaba a quienes esperaban. Ahora solo creía en la cautela. En la decepción. Y, sin embargo, el pensamiento de Whitmore —su sonrisa, sus ojos burlones, el peso de su mano en su espalda— agitaba algo peligrosamente cercano a la esperanza.

—No quiero ser una necia, Rosalind —susurró—. Languidecer por un hombre que no me considera más que una diversión.

—No eres una necia —dijo Rosalind—. Eres humana. No elegimos dónde se posa el afecto; decidimos qué hacemos con él.

Isabella tragó con dificultad, su mirada volviendo a sus guantes. ¿Qué iba a hacer con él? ¿Con este dolor que hacía latir su corazón cada vez que pensaba en él? Quería desterrarlo, enterrarlo profundamente y no dejar que viera la luz nunca más. Pero bajo el dolor había una extraña y palpitante calidez, un anhelo que se negaba a morir.

—Entonces intentaré no hacer nada con él en absoluto —dijo finalmente.

Rosalind chasqueó la lengua. —Ah, eso sería muy sabio, si fuera posible, pero me temo que te decepcionarás tristemente a ti misma, querida.

Viajaron en silencio durante un rato, el repiqueteo de los cascos en los adoquines llenando el aire. Isabella intentó pensar en cualquier otra cosa: la próxima fiesta en el jardín, las interminables pruebas de vestidos, los tediosos cotilleos del *ton*. Pero cada pensamiento volvía a él en círculo.

A su voz. A su risa. A la forma en que la había mirado como si no existiera nadie más en el mundo. Y a ese momento en que se había apartado, sin aliento, sus ojos oscuros con algo que no podía nombrar. ¿Deseo? ¿Confusión? ¿Arrepentimiento? La atormentaba ahora, una pregunta sin respuesta.

—Esta noche he bailado con lord Lennox —dijo al fin, rompiendo el silencio y cambiando de tema.

Rosalind asintió. —¿Y qué te ha parecido?

—Es… amable —dijo Isabella, eligiendo sus palabras con cuidado —. Atento. Y muy correcto. El tipo de hombre que toda madre espera que su hija despose.

—Lo que significa que te aburrió —dijo Rosalind con una ligera risa.

—No que me aburriera —dijo Isabella rápidamente—. Simplemente… me resultó poco inspirador.

Su hermana sonrió. —La inspiración rara vez sostiene un matrimonio, querida. La amabilidad sí. La estabilidad. Un hombre que no te traerá dolor ni escándalo, pero yo recomiendo el amor y el deseo por encima de todo. Lo demás es mero relleno.

Isabella asintió. Después de esta noche con Whitmore, ciertamente podía ver el sentido de desear además de amar al marido de una. —Lord Lennox parece incapaz de inspirar ninguna de las dos cosas en mí por el momento, pero supongo que eso podría cambiar.

—Entonces te animaría a que lo conocieras mejor si estás decidida en contra de Whitmore —dijo Rosalind con delicadeza—. Podrías descubrir que tu corazón tiene espacio para alguien menos temerario. No siempre es la tormenta la que trae la felicidad, Isabella; a veces es la calma.

La calma. Isabella dejó que las palabras se asentaran en su mente. Quizás la tranquilidad era lo que necesitaba: para estabilizarse, para recordarle a su corazón que no todas las cosas emocionantes debían ser perseguidas. Aun así, el recuerdo de la boca de Whitmore, el calor de su aliento, hizo flaquear esa resolución. ¿Podía uno anhelar de verdad la calma cuando había probado el caos y le había gustado?

Isabella dirigió su mirada hacia Mayfair. Los faroles del carruaje proyectaban reflejos cambiantes en el cristal, y por un instante fugaz imaginó que aún podía ver los ojos oscuros de Whitmore devolviéndole la mirada, llenos de esa enloquecedora mezcla de arrogancia y algo más que no se atrevía a nombrar.

—Quizás —dijo en voz baja—. Pero tampoco estoy segura de que la calma me conviniera.

Rosalind se rio. —Oh, sé que no lo haría. Aun así, podrías probarla para asegurarte, de todos modos.

Isabella sonrió a su pesar. —Lo intentaré.

—Bien. —Rosalind se reclinó, satisfecha—. Lo volverás a ver, imagino… a lord Lennox.

—Sí. Él mismo lo dijo.

—¿Y Whitmore?

Isabella vaciló. —Sin duda estará en todas partes donde yo esté, como siempre. Pero ya poco importa.

—¿Estás segura?

—Sí —dijo con firmeza, aunque la palabra tembló levemente en los bordes. En realidad, no se sentía segura de nada. Solo de que no

podría soportar este dolor mucho más tiempo: la espera, la incertidumbre, la necia esperanza de que él pudiera mirarla de otra manera, amarla como ella querría.

¿Amor?

—He tomado una decisión. Lo que fuera que pensé que podría haber entre Whitmore y yo fue una necedad. No tiene intención de nada real, y no confundiré un beso con afecto o con esperanzas de un futuro feliz.

Rosalind se acercó y le tocó la mano. —Eres fuerte, Isabella. Pero no te cierres tan herméticamente que te pierdas lo que se te presente. No deseo verte casada, insatisfecha e infeliz.

—Intentaré mantener mi corazón intacto primero —dijo con una determinación que no sentía—. Luego, quizás, consideraré abrirlo de nuevo.

Rosalind le apretó los dedos suavemente. —Supongo que es un trato justo.

El carruaje giró hacia Grosvenor Square, y la vista familiar de Ravensmere House apareció. Las verjas de hierro brillaban con la lluvia y la luz de las farolas resplandecía en las ventanas. Dentro, un fuego estaría esperando, cálido y constante, tan diferente de la agitación que llevaba en su pecho.

Mientras el carruaje aminoraba la marcha, Isabella miró una vez más hacia la brumosa oscuridad, donde las farolas ardían en la distancia. En algún lugar de esa ciudad, Whitmore estaría bebiendo, riendo, fingiendo que nada había cambiado.

Pero para ella, todo había cambiado.

Respiró hondo y enderezó los hombros. No languidecería. No sería la tonta enamorada de alguna historia susurrada entre el *ton*. Seguiría adelante, como siempre había hecho: con gracia, con determinación y quizás con alguien que pudiera valorarla de verdad.

—Me daré tiempo y elegiré con sensatez, te lo prometo, pero si lord Lennox se presenta en nuestro día de recibir, por favor, haz que lo hagan pasar.

Rosalind sonrió con aprobación. —Por supuesto, lo que desees.

El carruaje se detuvo y un lacayo abrió la puerta, dejando entrar una ráfaga de aire fresco nocturno.

Al bajar, Isabella alzó la vista al cielo. Las nubes se estaban abriendo, revelando el tenue destello de la luz de las estrellas. Por un momento se permitió creer que quizás el beso —ese peligroso e inolvidable beso— podría ser el comienzo de algo, no el final.

El recuerdo de su boca se posó como un fantasma sobre la suya, y supo la verdad. Ninguna cantidad de tiempo la haría olvidar el sabor del beso de Whitmore. Ni aunque fingiera que así fuera.

CAPÍTULO

DIECIOCHO

Whitmore despertó con un puñal tras los ojos y la miserable certeza de que el sueño no había hecho nada por mejorar su humor. El reloj de la repisa de la chimenea marcaba la una y media. Era propio de él recibir la tarde como un libertino que se hubiera ganado su reputación a pulso, sin sentirse mejor por ello.

Se arrastró hasta su estudio, con las mangas remangadas y el pañuelo de cuello en un puño, y contempló la pila intacta de invitaciones y facturas de comerciantes como si lo hubieran ofendido personalmente. Probablemente lo habían hecho. La habitación olía al fuego del día anterior, a cera de abeja y a un leve eco de brandy que le revolvía el estómago. Se sirvió agua, bebió, se sirvió otro vaso y se dijo a sí mismo que pensaría en libros de contabilidad, en las reparaciones de los arrendatarios y en cualquier cosa sensata.

En cambio, pensó en ella.

Lady Isabella Ravensmere. La propia forma de su nombre en su cabeza era un problema en sí mismo.

La había besado en el parque, había discutido con ella en un baile y luego la había vuelto a besar detrás de una palmera donde cualquiera con afición por el escándalo podría haberlos encontrado. No había ninguna posibilidad de que aceptara dinero del duque. Lo que pudo haber comenzado como una apuesta, hacía mucho que había dejado de serlo. En sueños, soñaba con su boca. Al despertar,

empapado en sudor y duro como una piedra, se obligaba a ser práctico.

La practicidad duró lo que tardó su mayordomo en informarle de que la duquesa de Ravensmere ofrecía una recepción en casa esa tarde, y que el número de visitantes que ya se habían visto acercarse a la casa de Grosvenor Square era ciertamente elevado.

La frase «un elevado número de visitantes» le produjo una desagradable opresión en el pecho. —¿Qué visitantes? —preguntó Whitmore, esforzándose por mostrar indiferencia y fracasando en el intento.

—No sabría decirle, mi lord —respondió el mayordomo—. Solo que había varios caballeros, o eso me informó un lacayo a su regreso de unos recados. Parece que es el lugar de moda.

Perfecto. Un desfile de hombres bien vestidos de intenciones pulcras y almas aburridas. Se puso la levita de un tirón, olvidó el pañuelo, lo recordó, se lo ató mal y se dirigió a grandes zancadas hacia la puerta.

—¿Su caballo, mi lord? —le gritó el mayordomo a su espalda.

—Más tarde. —Ya estaba en los escalones, llamando al primer simón que pasó como un hombre perseguido. No lo perseguían, a menos que se contara el sentido común, al que había logrado dejar atrás desde la primera vez que vio sonreír a Isabella.

El simón olía a lana húmeda y a tabaco rancio. Whitmore se sentó erguido, con las rodillas firmes, mientras la ciudad pasaba a su lado entre sacudidas y traqueteos. Se dijo a sí mismo que solo iba a hacer una visita de cortesía a Ravensmere. Uno debía visitar a un amigo cuando tenía tiempo. Se dijo que sentía curiosidad por ver qué caballeros se creían dignos de Isabella. Se dijo muchas cosas.

Ninguna de ellas alivió los repugnantes celos que corrían ardientes por sus venas.

La residencia de los Ravensmere ya estaba concurrida. Un goteo constante de visitantes subía los escalones con ramos de flores y rostros esperanzados. Whitmore pagó al cochero y subió las escaleras de dos en dos, ignorando la mirada de sorpresa que le dedicó el lacayo ante su impaciencia.

Y, a decir verdad, no podía culpar al hombre. Había perdido todo el sentido común.

La recepción estaba organizada con la elegancia habitual de la duquesa, flores en una profusión de buen gusto, el aire caldeado por el té y la conversación. Las damas se agrupaban cerca de las ventanas, los caballeros se situaban en ángulos estratégicos de aproximación y allí, en un pequeño sofá ligeramente apartado como por un diseño invisible, estaba sentada Bells. Rosalind estaba lo suficientemente cerca para hacer de carabina, y lo bastante lejos para permitir la conversación. El equilibrio habría enorgullecido a un general.

Respiró hondo y se deleitó con su imagen. Isabella parecía la serenidad y la perfección personificadas. Su vestido de un verde pálido suavizaba la expresión de sus ojos y hacía que su piel resplandeciera. Se rio de algo que dijo lord Lennox, y Whitmore sintió la peculiar sensación de que el estómago y el genio se le contraían.

No había uno o dos visitantes. Había cinco. Reconoció a la mayoría de ellos. Jóvenes, de buenos modales, fortunas saneadas. Buenas familias, pocos vicios y una aterradora habilidad para hablar con seriedad sobre el tiempo. Lord Lennox, el viajero, era el que más cerca estaba del asiento de Isabella, con una postura relajada y una sonrisa fácil. Un hombre decente. El tipo de decencia que conseguía que una mujer se casara sin problemas.

El tipo de decencia que, desde luego, Whitmore no poseía.

Primero hizo una reverencia a la duquesa como un caballero, recibió su bienvenida, percibió el ligero rictus en las comisuras de su sonrisa que sugería que sospechaba algo de él y aún no había decidido el qué, y luego se volvió hacia Isabella y lord Lennox.

—Lady Isabella —dijo.

—Lord Whitmore —respondió ella. Su voz era tranquila. Su mirada, no. Había una chispa en ella que se encontró con la suya, chocó con ella e incendió el terreno entre ambos.

—Whitmore. —Lord Lennox le ofreció la mano—. Un placer.

—Igualmente —dijo Whitmore. Calibró al hombre en el apretón de manos. Firme. Honesto. Maldito fuera.

—¿No estuvo usted en White's anoche? —comentó lord Lennox, en tono de conversación—. Oí que su administrador lo retuvo hasta horas intempestivas.

—Tiene un talento especial para ello —dijo Whitmore—. Lleva una lista de asuntos para fastidiarme y los va tachando uno por uno. —Se volvió hacia Isabella—. Confío en que se encuentre bien después del baile.

—Bastante bien —dijo ella.

Esperó a que se ruborizara. No lo hizo. Se limitó a mirarlo como si lo desafiara a intentar algo imprudente. Nunca había necesitado tan poco aliento.

Lord Lennox reanudó su cháchara, afable como una brisa de verano. —La recepción de su excelencia está de lo más animada esta tarde. No tenía intención de sumarme a su concurrido salón, excelencia —dijo, dirigiéndose a la duquesa con una sonrisa—, pero parece que la mitad del *beau monde* ha tenido la misma idea.

—Es muy amable por su parte venir —respondió la duquesa—. A Isabella le agrada la buena conversación.

—La conversación —dijo Whitmore— es una de las bellas artes.

—En efecto —convino lord Lennox—. Le estaba hablando a lady Isabella de Florencia. Las galerías son incomparables.

—Las galerías —dijo Whitmore—. Sí. Abarrotadas, ¿no es así?

—Inspiradoras —corrigió lord Lennox—. Hay una capilla donde la propia luz parece cantar.

—¡Vaya! ¡Por Dios, qué extraordinario! —dijo Whitmore, y recibió una mirada de la duquesa que le recordó que estaba en un salón, no en su club.

La boca de Isabella se curvó en una sonrisa, antes de ocultarla rápidamente tras su taza de té. Sin embargo, no lo despachó. Aquello le supo a victoria, por mezquino que pudiera estar actuando en ese preciso momento.

Lord Lennox continuó, imperturbable y demasiado estúpido para darse cuenta de que Whitmore se estaba burlando de él. —Esperaba regresar este otoño, pero Londres tiene sus encantos.

—Ciertamente —replicó Whitmore, permitiéndose la más fugaz de las miradas a Isabella, que decía con toda claridad a qué encanto

se refería. Ella lo ignoró. O fingió hacerlo. Sus dedos se aferraron con más fuerza al platillo.

—Díganos, Whitmore —dijo lord Lennox—, ¿tiene algún plan de viaje para esta temporada?

—Ninguno —dijo Whitmore—. Me parece que mis intereses están, por el momento, más cerca de casa.

La duquesa tosió tras su guante. Isabella dejó la taza con un suave chasquido que sonó a campana de advertencia.

Lord Lennox sonrió. —Entonces quizá se una usted a una excursión a Richmond pasado mañana. Lady Isabella mencionó que le gusta el campo y hay un arroyo encantador que atraviesa los terrenos. Un día de paseo a caballo en un paisaje tan pintoresco suena de maravilla, ¿no es así?

—Desde luego que sí. —Whitmore lo habría dejado ahí si el sentido común no lo hubiera abandonado por completo—. Sobre todo cuando la compañía es la adecuada.

—La compañía es muy importante —convino lord Lennox—. Lady Isabella tiene tal gracia que cualquier compañía mejora con su presencia.

Whitmore casi sintió menos simpatía por él por ser sincero.

Cogió una silla que no le habían ofrecido y se dedicó a estorbar. Era un talento. Preguntó la opinión de lord Lennox sobre caballos, para luego rebatirla amablemente, lo que hizo reír al hombre, aunque fuera a costa de sí mismo. Desvió el tema hacia los libros, y luego se mostró en desacuerdo sobre tres autores seguidos, todo ello mientras sonreía como si se estuviera divirtiendo. Elogió el vestido de Isabella, luego el buen gusto de la duquesa, y después se volvió hacia lord Lennox para preguntarle si Italia le había enseñado algo útil, ya que el caballero parecía bastante ajeno al hecho de que parecía regodearse con sus viajes.

—Paciencia —dijo lord Lennox, divertido—. La suficiente para saber cuándo ceder en una conversación y cuándo no.

—Una habilidad útil —dijo Whitmore—. Yo no la he aprendido.

—Ya veo…

Isabella volvió a dejar la taza. —Entonces tal vez podría practicar con alguien menos inclinado a darse cuenta.

—¿Y perderme el placer de que usted se dé cuenta? Jamás —dijo Whitmore.

—Eres imposible.

—Eso he oído.

Lord Lennox carraspeó, e Isabella se encontró con la mirada de su señoría. —Lord Lennox —dijo Isabella con dulzura, apartándose de Whitmore—, me estaba hablando de la capilla. De la luz que canta.

—Así es —dijo lord Lennox. La describió con el simple placer de un hombre que amaba lo que había visto. Isabella escuchaba con genuina atención, haciendo pequeñas preguntas. Whitmore observaba el intercambio con algo afilado en la garganta. No eran solo celos. Era el reconocimiento de que lord Lennox no actuaba. Simplemente hablaba. Hacía que Isabella se sintiera cómoda. No la agobiaba ni la provocaba ni intentaba leer sus pensamientos como si fueran una página que estaba seguro de poseer.

Whitmore cambió de táctica. El humor siempre había sido su escudo. Lo usó ahora y se odió a sí mismo por ello. —¿Mejoró también su forma de bailar en Florencia? —preguntó—. Tengo entendido que los italianos se mueven con notable elegancia.

—No sabría decirle. —Lord Lennox sonrió—. Lady Isabella podría juzgarlo. Soportó mi vals y fue demasiado amable para encontrarle defectos.

—Su amabilidad es una trampa. —Whitmore se encontró con su mirada de sorpresa y deseó que estuvieran solos. Lejos de aquel pomposo necio que le susurraba cosas bonitas al oído. La quería sola, para él. No le gustaba compartir, y desde luego no le gustaría compartirla a ella—. Atrae a un hombre a la complacencia y luego lo aniquila con su sinceridad.

Isabella arqueó una ceja. —Si lo aniquilo, mi lord, no será con sinceridad.

—Ah —dijo él en voz baja—. Entonces estoy a salvo.

—Usted nunca está a salvo en lo que a mí respecta. —Sus miradas se encontraron, se sostuvieron. Era una insensatez en una habitación llena de gente. Lo hicieron de todos modos.

Lord Lennox dejó la taza de té con un estrépito. —Creo que diviso un pastel de aspecto bastante apetitoso. Con su permiso, lady Isabella, iré a buscar un trozo, a menos que desee usted que le traiga uno para un ligero refrigerio.

—Gracias, mi lord —dijo ella—. Estoy bastante satisfecha.

—La satisfacción es un estado temporal —murmuró Whitmore, y se ganó una mirada que podría haber cortado alambre.

Lord Lennox sonrió, asintió con la cabeza y se levantó. Se dirigió a la mesa con la calma de un hombre que reconoce un campo de batalla y elige ir a por un pastel en lugar de morir en él.

Whitmore no se dio cuenta de que se había ido hasta que Isabella se volvió y lo reprendió en voz baja. —Has hecho que me deje sola.

—El pastel lo llamaba —dijo Whitmore.

—Lo has espantado con tu cháchara y tu genio. Si no vuelve, te echaré la culpa.

—Acepto de buen grado tu culpa.

—Eres insufrible.

—Y, sin embargo, aquí sigo sentado.

—Solo porque no puedo tirarte al suelo sin más —siseó ella, y sonrió a una matrona que pasaba como si hubiera dicho algo encantador.

Él se levantó bruscamente. El movimiento podría evitar que dijera algo peor. —Iré a importunar a Ravensmere a la biblioteca.

—No harás tal cosa —dijo ella, levantándose también—. Mi cuñado está en su club.

—Entonces importunaré a sus libros. Tiene una biblioteca bien surtida. Me contentaré con esperar.

—No lo harás. —Dio un paso tras él, luego otro, y después siguió caminando sin parecer darse cuenta de que lo hacía. Salieron juntos del salón, a través de la suave red de gente y conversaciones, y nadie les prestó mucha atención. Una dama que se acerca a examinar el pianoforte, un caballero que admira un retrato. Pasaron al vestíbulo y de ahí a la biblioteca de Ravensmere. Allí reinaba el silencio, el aire era más fresco, la luz tamizada por el atardecer.

—Bueno —dijo ella en voz baja—. Ya has hecho de las tuyas. Lord Lennox está buscando un pastel para evitar estrangularte y yo estoy enfadada. ¿Qué esperabas conseguir exactamente hoy aquí?

—No había planeado nada —admitió él—. No pienso con claridad.

—En ese punto estamos de acuerdo.

—Excelente. —Metió las manos en los bolsillos de la levita, seguro de que si no lo hacía, se ocuparían de algo indecible. Como atraerla hacia él. Besarla de nuevo y deleitarse con su rendición—. Opinamos lo mismo.

—No opinamos nada parecido. —Se acercó más, y él pudo ver el ligero sonrojo en su garganta, el rápido subir y bajar de su pecho—. Estás celoso y tienes que irte. Deja de jugar conmigo como si no fuera más que un juego.

—No lo estoy haciendo. —Sus palabras lo golpearon como una bofetada. Que él hubiera empezado a creer que eran ciertas tampoco ayudó a su irritación.

—Sí que lo haces. —Su voz se suavizó—. Y estás tratando de ponerme difícil encontrar marido.

—Por supuesto que no.

—Sí que lo haces. Lo haces sin pensar porque no puedes evitarlo.

—Eso es absurdo. —¿Pero lo era? Incluso él podía ver que era exactamente lo que estaba haciendo. ¿Pero con qué fin? Ni siquiera estaba seguro de querer casarse con Isabella. Bajó la mirada hacia ella y algo se ablandó en su pecho.

—¿Lo es? —dijo ella—. Entonces, explícame por qué has llegado aquí sin invitación y te has metido entre mis pretendientes como un gato callejero.

—Los gatos callejeros son encantadores.

—Marcan su territorio por todas partes.

—Yo también podría.

—No esperaría menos —dijo ella, y eso lo desequilibró por completo.

Dio un paso atrás, sintió la pared a su espalda y se preguntó cuándo se había vuelto ella tan elocuente para desconcertarlo. Los celos le supieron a sal en la boca. Era ridículo. Ella era libre de cortejar y ser cortejada. Sabía que ocurriría. Se había dicho a sí

mismo que quería que ocurriera. No había esperado que la sensación que acompañaba a la imagen de ella riendo con otro hombre —muy parecida a caer de un caballo sin importarle si se estrellaba contra el suelo— fuera una consecuencia que tendría que sufrir.

—No deberías casarte con él. —Las palabras eran incorrectas, pero fue incapaz de no pronunciarlas.

Ella lo miró fijamente, claramente confundida. —No tienes derecho a decirme algo así.

—Lo sé.

—No tienes derecho a decidir quién es digno.

—Lo sé.

—Tú no quieres casarte conmigo, y sin embargo no puedes soportar que alguien más pueda hacerlo.

Cerró los ojos. —Eso no es justo.

—Es precisamente justo. No sabes lo que quieres y, mientras tanto, arruinas mis posibilidades de encontrar lo que podría hacerme feliz.

—¿Y él te hará feliz? —resopló con desdén—. ¿Qué es lo que quieres, Bells? ¿De verdad? —Su voz era áspera y sintió que todo dependía de lo que ella dijera—. ¿Me besas y luego permites que lord Lennox te corteje?

—Quiero que me elijan —dijo ella con sencillez—. Por mí misma, y no porque alguien sienta lástima por mí o esté desesperado por casarse con una heredera. O porque alguien vea a una solterona lastimosa que necesita ser salvada, dándole una muestra de lo que nunca ha tenido. —Hizo una pausa—. Si lord Lennox demuestra ser un buen hombre, no dejaré que tu interés carnal en mí lo asuste. Puede que me desees, pero no me amas, y por eso debes parar.

Tomó una bocanada de aire para fortalecerse. —No pretendo asustarlo. Lennox me agrada.

—Es imposible que te agrade después de cómo acabas de actuar.

—Me agrada —dijo él con amargura, odiando que todo lo que ella decía fuera verdad. Era un canalla, besándola, deseándola en su cama, y todo el tiempo, fingiendo que no le afectaría. Que ella

disfrutaba del juego tanto como él. Por supuesto que ella quería un matrimonio por amor, algo que él no podía darle.

Ella parpadeó y algo en su expresión se suavizó. —Entonces déjame con mis pretendientes, Whitmore.

La alcanzó, necesitando tocarla, tenerla en sus manos. —Dime que no te casarás con él sin estar completamente segura de que es todo lo que te hará feliz —dijo antes de poder detenerse, cerrando el espacio que los separaba—. Dime que si nuestros besos te enseñaron algo, es que mereces pasión y amor, no solo un matrimonio adecuado y conveniente.

Ahora estaban cerca. La habitación parecía muy pequeña, el aire crepitaba con palabras no dichas y promesas silenciosas. Podía oler las rosas y el suave perfume de su piel y su jabón. —Bells —suplicó.

—No lo hagas —advirtió ella, tratando de alejarse y topándose con una estantería a su espalda.

—Un último beso —pidió él.

—No. —Su respuesta fue decidida, pero sus ojos danzaban con anhelo, ardían de necesidad.

—Parece que no puedo hacer lo que me dices. Lo siento. —Él se movió. O lo hizo ella. Quizá ambos. En un momento estaban separados por un suspiro, y al siguiente sus brazos la rodeaban, atrayéndola hacia él. La besó, profunda y largamente, y ella se fundió en su cuerpo, sospechosamente hecho para él.

Ella jadeó, y aquel sonido suave y necesitado deshizo el nudo de su autocontrol. Su boca se ladeó, encontró la de ella y se deleitó con su rendición. La trató con ternura y profundizó el beso, la reprendió y le pidió perdón sin palabras. La levantó y la sentó en el borde de la estantería, le sujetó el rostro y sintió el aleteo de su pulso bajo sus dedos, el latido correspondiente del suyo propio, y supo que estaba perdido.

Se apartó, respirando con dificultad, apoyando su frente en la de ella. —Soy un necio.

—Sí —dijo ella, sin aliento, con los ojos brillantes de ira y algo más—. Y eres cruel.

—No es mi intención serlo.

—Entonces, para.

—No sé cómo.

Ella cerró los ojos por un momento, como si estuviera reuniendo paciencia. —Vete, Whitmore. Antes de que alguien nos encuentre. Antes de que hagas algo que ninguno de los dos pueda reparar o cuyo resultado podamos cambiar.

Él retrocedió de inmediato. Eso, al menos, podía hacerlo bien. La miró, memorizó el gesto de su boca, el temblor de sus pestañas y la orgullosa línea de su barbilla. Ella hizo un ademán de levantarse y él huyó como un hombre al que la piel se le hubiera quedado pequeña, avergonzado y sin honor.

No había llegado más allá de los escalones de la entrada cuando recordó que no había traído su caballo. Un lacayo le llamó un simón con el juicio sereno que solo un sirviente intachable podría transmitir.

Dentro del traqueteante carruaje, Whitmore apretó los puños contra sus rodillas y miró a la nada. Su corazón no se calmaba. Aún podía saborearla. Aún podía oírla decir «Quiero que me elijan», y las palabras se habían instalado en sus huesos, de donde no podía desalojarlas.

Él no la quería para sí mismo. Por supuesto que no. No estaba preparado. No era el adecuado. Era, a todas luces, poco fiable. Podía enumerar una docena de razones. Sonaban cada vez más como excusas pronunciadas por un hombre que temía la única cosa que nunca se había permitido: desear algo que podría romperlo si no podía tenerlo.

Dejó caer la cabeza contra los ajados cojines y rio una vez, en voz baja y sin rastro de humor.

No estaba seguro de en qué, precisamente, se había metido. Un cortejo. Una calamidad. Una historia que se negaba a seguir el guion que él había escrito.

Solo sabía que la había dejado con el sabor de su disculpa en los labios, y que cada instinto que poseía le gritaba que diera media vuelta e hiciera lo único que podría empeorar las cosas: preguntarle qué quería y ofrecérselo como un juramento.

En cambio, le dijo al cochero que siguiera adelante, y la ciudad se lo tragó, incluido su honor.

CAPÍTULO

DIECINUEVE

A la tarde siguiente, el carruaje ducal redujo la marcha ante la casa de los Fairborne, cuyas lámparas exteriores derramaban una cálida luz dorada sobre las calles empedradas. La música llegaba débilmente a través de las ventanas abiertas; el zumbido de los violines y las suaves risas se deslizaban en la noche.

Isabella inspiró hondo para serenarse. Había estado a punto de rechazar la invitación. Lady Mariah Fairborne había sido su amiga durante su primera temporada, una debutante dulce y entusiasta con tendencia a hablar sin pensar. Ahora estaba casada, e Isabella aún no había asistido a ninguna de las pequeñas reuniones de su vieja amiga, sintiéndose un poco fuera de lugar entre la mayoría de los asistentes, que estaban casados y con la vida hecha. Aun así, era algo que hacer, y quedarse en casa con sus pensamientos resultaba peligroso.

Unos pensamientos que giraban en un círculo constante en torno a cierto marqués.

Miró a su doncella, sentada frente a ella. —¿Estás segura de que no te importa esperarme abajo? Estoy segura de que los sirvientes de Mariah serán amables.

—Sí, mi señora —dijo Mary, juntando las manos con recato—. Conozco a la doncella personal de lady Fairborne y será un placer volver a verla.

Isabella sonrió, aliviada al oír aquello. —Muy bien. No creo que la velada se alargue mucho.

Eso esperaba…

A decir verdad, no tenía ni idea de cuánto duraría la reunión. Las últimas veinticuatro horas desde que Whitmore había huido de su casa habían sido horas de confusión, de palabras no dichas y de emociones a las que no deseaba poner nombre. Quizá la música y la buena conversación, los juegos de cartas y la música acallarían sus pensamientos. Tal vez, durante unas horas, olvidaría la forma en que el beso de lord Whitmore se había demorado como un fantasma en sus labios.

El lacayo abrió la portezuela del carruaje y ella descendió en la noche. Había empezado a caer una llovizna fina que salpicaba las piedras y confería un leve brillo a la calle. Se ajustó el chal y subió los escalones, con el pulso acelerado al oír el sonido amortiguado de los invitados en el interior.

Dentro, el calor la envolvió. La casa de Mariah no era grande, pero había sido decorada con esmero. El salón resplandecía con velas y espejos dorados, lleno del frufrú de los vestidos de seda y el murmullo de risas educadas. El aroma de la cera de abeja y las flores de invernadero se mezclaba con el tenue rastro de los perfumes.

—¡Lady Isabella! —se apresuró a decir Mariah, con sus faldas azules meciéndose y una expresión de genuina delicia—. No pensé que vendrías. Siempre eres tan esquiva.

—No esquiva, simplemente aburrida —repuso Isabella con una leve sonrisa, besando las mejillas de su amiga.

—Tonterías. —Mariah le cogió las manos—. Aportas refinamiento allá donde vas. Ven, hay algunas caras conocidas y he organizado un pequeño entretenimiento para más tarde. Una velada musical, nada demasiado pomposo. Estamos todos tan cansados de bailar, ¿no es así?

—Desde luego.

Se dejó llevar más adentro. La concurrencia era modesta, tal vez treinta invitados, sentados en grupos de conversación. No había mesas de juego. Aún no se bailaba, aunque había espacio de sobra si decidían hacerlo más tarde. El ambiente era relajado, cómodo, del

tipo que adormecía a uno hasta hacerle olvidar las reglas de la *ton* por una o dos horas.

Isabella aceptó una copa de vino de un lacayo y encontró asiento cerca del borde de la sala. Desde allí podía observar a los invitados sin verse arrastrada a una conversación seria. Su mirada se detuvo en el pianoforte, y su mente se deslizó peligrosamente hacia lo ocurrido el día anterior. Sacudió aquellos pensamientos díscolos, decidida a no pensar en Whitmore esa noche.

Dio un sorbo lento a su vino.

Había pasado un día desde que había visto a aquel a quien no debía nombrar. Desde el tercer beso, escandalosamente bueno. Uno que le había hecho desear enrollar las piernas alrededor de su cintura y obligarlo a quedarse. Hacer que continuara aquella dulce y exquisita seducción.

Había esperado sentir alivio después de que él se marchara; ira, tal vez, por haberla besado de nuevo con tanto descaro. En cambio, se sentía a la deriva. Su mente reproducía cada mirada, cada palabra, cada deslizamiento de su lengua, su cálido aliento, sus ojos que ardían con fuego. Un fuego que encendió el que ardía sofocado en su interior.

La forma en que la había presionado contra la estantería como si fuera la única mujer del mundo que deseaba, para luego huir como si ella fuera una plaga de la que debía escapar.

Era lo mejor, se dijo a sí misma. Él no deseaba casarse con ella. Lo había dicho a su manera. Mejor aceptar su aversión y seguir adelante.

Pero su cuerpo no acababa de creer lo que su mente le insistía.

Maldito hombre.

Comenzó una actuación improvisada de Sir Alcott. Un caballero recitando un soneto sobre la resistencia del amor. Su voz era temblorosa, su declamación demasiado seria y, sin embargo, las palabras la hirieron más agudamente de lo que deseaba admitir.

El amor que todo lo vence. El amor que sobrevive al silencio y al orgullo.

Se quedó mirando su copa, sintiendo que la habitación se cerraba a su alrededor. Ella no había vencido nada.

—Lady Isabella Ravensmere —murmuró Mariah a su lado—. ¿Me permite presentarle a sir Alcott?

Levantó la vista y encontró a un caballero alto y bronceado inclinándose ante ella. Era apuesto de esa manera limpia y bien ordenada que la sociedad admiraba. Cabello rubio, ojos claros, ni una arruga en su corbata. Ella sonrió e inclinó la cabeza mientras él tomaba asiento a su lado.

—Lady Fairborne habla muy bien de usted —dijo él—. Me ha dicho que era usted una gran música cuando se lo proponía.

—Solía tocar, sí.

—¿Lo hará de nuevo esta noche?

—Creo que no.

Él rio suavemente. —Supongo que eso es una suerte para el resto de nosotros, entonces. Podremos disfrutar sin comparaciones.

El comentario fue amable, y ella le devolvió la sonrisa. Era perfectamente educado, perfectamente interesado y perfectamente anodino. Pero una conversación cortés era más segura que cavilar, y las réplicas ingeniosas a veces herían. Dejó que él hablara, asintiendo mientras le contaba sobre su finca, el matrimonio de su hermana y su afición por los caballos.

No esperaba el repentino silencio que se extendió por la sala. El suave frufrú de los abanicos se detuvo. Algunas damas a su vista giraron la cabeza y, sin dudarlo, Isabella siguió su mirada hacia la puerta.

Sintió que la sangre se le iba de la cara.

Whitmore estaba allí, recién llegado, con los guantes en la mano.

El corazón le dio un vuelco.

Se suponía que no debía estar allí. Era una velada tranquila, una pequeña reunión entre viejos amigos. ¿Por qué había venido?

La vio al instante. Por supuesto que la vio. Su mirada recorrió la habitación, fría y calculadora, hasta que se posó en ella… y se detuvo.

El aire se espesó. Sintió cada aliento entre ellos. Luego, él se movió por la sala, haciendo una reverencia a Mariah, intercambiando unas cuantas palabras educadas, antes de acercarse a donde ella estaba sentada.

—Lady Isabella —dijo él con voz neutra, aunque ella vio el leve atisbo de malicia en su boca—. Qué agradable verla aquí.

—Lord Whitmore. —Su tono era tan sereno como pudo, pero no pudo evitar sentir que tramaba algo, y si no, no tardaría en hacerlo —. No esperaba que asistiera.

—Ni yo, pero lord Pye, el que está junto a la chimenea, es un buen amigo y deseaba que viniera. Tenía la impresión de que iba a ser una velada de poesía. Vine preparado para aburrirme, pero, por desgracia, la noche ha mejorado.

—Entonces, se entretiene con facilidad.

Sus ojos brillaron. —¿Es eso un desafío?

Sir Alcott carraspeó a su lado. —Le estaba contando a lady Isabella sobre mis establos, Whitmore. Quizá haya oído hablar de mi nueva yegua…

—La he visto —interrumpió Whitmore con suavidad—. Una magnífica criatura. Aunque no tan magnífica como la que monta lady Isabella. Nunca he visto un caballo obedecer con tanta gracia.

—Quizá sea por la amazona —dijo Alcott con una sonrisa afable.

—Quizá —replicó Whitmore, con una pequeña sonrisa jugando en su boca perversa, su atención centrada únicamente en ella. Isabella se quedó mirando su boca, aquella en la que no había dejado de pensar. Apretó los dientes, deseando que estuviera en cualquier otro lugar menos allí.

—Ustedes, caballeros, asustarán a la pobre criatura con tanto halago.

—¿Hablas del caballo o de ti misma? —murmuró Whitmore.

—De lo que prefieras. —Forzó una sonrisa tensa, deseando cambiar de tema.

Sir Alcott rio, aparentemente ajeno a la tensión subyacente. A Isabella le resultaba incomprensible cómo era posible.

—Ah, Mariah mencionó que podría haber un dueto esta noche —dijo Isabella, observando a una pareja de invitados sentarse ante el instrumento, feliz de que se hubiera presentado una distracción—. Esto será de lo más entretenido.

—Si tú lo dices —comentó Whitmore con ironía, moviéndose para situarse a su lado.

Los pianistas comenzaron una melodía cadenciosa, suave y romántica. Isabella luchó por no distraerse, aunque podía sentir a Whitmore observándola mientras ella se concentraba en los pianistas.

Intentó ignorarlo, centrarse en la música, pero su presencia la presionaba como una caricia física. La melodía subía y bajaba, tierna y dolorosa. Se le oprimió el pecho. Era ridículo —meras notas, nada más— y, sin embargo, el eco de aquel beso, el sabor a whisky y pecado, el calor de su mano en su mandíbula, su cuerpo masculino y abrumador contra su piel.

Santo cielo, era una libertina.

Se volvió hacia sir Alcott. —¿Me disculpa? Necesito un momento, gracias.

—Por supuesto —dijo él, levantándose al instante y sin cuestionar su ausencia—. Estaré aquí cuando regrese.

—Qué amable, gracias.

No se dirigió a Whitmore, simplemente se movió hacia la puerta y hacia donde creía que se encontraba el tocador. Apresuró el paso, necesitando soledad y un momento para respirar. La casa era más pequeña que la mayoría de las grandes residencias urbanas, los pasillos estrechos, las paredes cercanas. Encontró una puerta al final del pasillo y se deslizó dentro, esperando encontrar la soledad.

El tenue olor a humo de cigarro y cera para muebles llegó a sus sentidos, y el verde apagado de la mesa de billar captó la poca luz que se filtraba por las ventanas cubiertas con cortinas. No era el tocador, pero bastaría. Los tacos descansaban ordenadamente en su soporte. El silencio de la habitación la envolvió como un bálsamo y era justo lo que necesitaba.

Respiró hondo, llevándose una mano al pecho. Insensato. Totalmente imprudente.

El sonido de unos pasos en el pasillo hizo que sus hombros se tensaran un instante antes de que la puerta se abriera.

—¿Huyendo otra vez?

El profundo timbre de su voz evocó en ella emociones que quería ignorar, fingir que no la hacían sufrir. Se giró. La había seguido. —¿Tienes que entrometerte siempre?

—Es mi punto fuerte.

—Es un defecto.

—Posiblemente ambos.

Inspiró, estabilizando su tono de voz. —¿Por qué estás aquí? ¿Por qué tienes que estar en todas partes donde estoy yo?

—Podría preguntarte lo mismo.

—Esta no era una velada a la que tuvieras que asistir. Mariah es mi amiga. Deberías haberle negado a tu amigo el placer de tu compañía si sabías que yo iba a estar aquí.

Él frunció el ceño, entrando en la habitación y cerrando la puerta. No le gustó que estuvieran solos, a varias puertas de la seguridad de la reunión.

—Pero eso habría decepcionado a lord Pye, y no me gusta decepcionar a mis amigos.

Ella soltó una carcajada, quebradiza y llena de burla. —¿Esperas que me crea eso?

—No sabía que estarías aquí, eso ha sido pura casualidad.

—Deberías irte. —Quería que se fuera, muy, muy lejos de ella, donde no se viera tentada por la mera visión de su hermoso rostro. Quería patalear, fingir que él no se le estaba metiendo bajo la piel, incrustándose allí como un anzuelo.

Él se acercó un paso más, su voz se suavizó. —¿De verdad lo deseas?

Debería. Que Dios la ayudara, debería. Pero su cercanía la desasosegaba, como siempre, y no pudo repetir su petición de que se marchara. El recuerdo de su último beso la perseguía a cada aliento, repitiéndose en su mente como una melodía prohibida.

—Me confundes, Whitmore —admitió en voz baja—. Dices una cosa y haces otra. Me dices que no estás preparado para casarte y, sin embargo, actúas como si…

—¿Como si qué?

—Como si me pertenecieras.

Las palabras quedaron suspendidas entre ellos. Su mandíbula se tensó y ella vio algo parpadear en sus ojos: culpa, deseo, miedo.

—No sé lo que quiero —reveló él—. Solo que cuando te veo con otro hombre, quiero romper algo.

Su corazón se saltó un latido. —¿Entonces eres codicioso? ¿Lo admites por fin?

—Innegablemente.

—Y, sin embargo, no te casarás conmigo.

Él soltó una risa corta, áspera y autocrítica. —Lo haces sonar tan simple.

—Es simple. —Su voz tembló—. O deseas cortejarme, o no lo deseas. —Tragó saliva cuando él se acercó un paso más. El leve aroma a sándalo se aferraba a él, y era una fragancia que siempre había deleitado.

Maldito hombre.

—Me temo que solo conseguiré decepcionarte siempre, Bells.

Su respuesta no fue la que ella deseaba o esperaba oír. Su genio se disparó y entornó los ojos. —¿Entonces, por qué estás aquí?

—Porque no he podido mantenerme alejado.

Su respiración se entrecortó. Durante un largo momento, ninguno de los dos habló. La música amortiguada del salón llegaba débilmente a través de la puerta cerrada. El aire entre ellos zumbaba con un fuego invisible.

Él le cogió la mano, dudando solo un instante antes de que sus dedos se entrelazaran con los de ella. El contacto fue reverente y envió un temblor por todo su cuerpo.

—Esto está mal —susurró ella.

—Todo lo nuestro parece defectuoso —dijo él—. Y, sin embargo, no puedo mantenerme alejado.

Sabía que debía dar un paso atrás, poner fin a esta locura. En cambio, se encontró con su mirada, vio la cruda confusión en ella —el mismo desconcierto que vivía en su propio corazón— y todo pensamiento sensato se desvaneció.

Él la alcanzó, pero ella ya se estaba moviendo hacia él. Sus labios se encontraron, se sostuvieron.

El beso no fue suave, pero, ¿cuándo lo era tratándose de ellos? La caricia fue urgente, hambrienta, una colisión de dos personas que sabían que debían detenerse y no podían. La mano de él se deslizó hasta su cintura, atrayéndola contra sí, y el mundo se redujo al

sonido de sus respiraciones y al suave repiqueteo de la lluvia contra las ventanas.

La levantó y la sentó en la mesa de billar como si fuera una pluma. Se apretó contra ella, y ella deslizó una pierna alrededor de su cintura, atrayéndolo hacia sí. Él balanceó las caderas contra su centro, y ella jadeó ante el dulce dolor que vibró allí.

—Whitmore… —gimió.

—Hartley… Sin títulos. —Su mano grande y fuerte le rodeó el tobillo, deslizándose por su media de seda, dejando la piel de gallina a su paso. Su respiración se entrecortó cuando su caricia no cesó, sino que continuó hasta su muslo. Apretó su carne y ella se estremeció. Recogió su vestido a la altura de la cintura, abriéndose a él, sin dejar discreción alguna entre ellos.

—Malditamente hermosa. Haces que quiera ser un hombre diferente.

Sus palabras la dejaron sin voz. La besó de nuevo y ella ahogó un grito cuando sus dedos se deslizaron sobre su monte de Venus y acariciaron su carne dolorida. —Sí, Hartley.

Él gimió. —Me encanta el sonido de mi nombre en tus labios. —Su boca tomó la de ella de nuevo, hambrienta y exigente. La tocó donde más le dolía, haciendo rodar sus dedos contra un lugar de ella en el que nunca había pensado mucho antes de esa noche.

Fue maravilloso y enloquecedor, todo en un mismo instante. —No pares, sea cual sea esta locura que estás haciendo. —Cerró los ojos y se deleitó con el beso hambriento que él depositó en su cuello.

—No tengo la menor intención de parar —murmuró él en su oído.

Se mordió el labio para no gritar. Estaban en una reunión, un entretenimiento donde podrían ser descubiertos en cualquier momento, y aun así no fue suficiente para persuadirla de que se detuviera. Dudaba que algo pudiera hacerla pedirle que detuviera sus perversas y maravillosas acciones.

Su mano se movió y sintió la presión de sus dedos en su centro. Se aferró a él, necesitándolo cerca, deseándolo con una desesperación que nunca antes había sentido. Era maravilloso, enloquecedor y diferente a todo lo que había imaginado. ¿Era esto lo

que hacía que sus hermanas tuvieran esas sonrisas secretas y esas miradas cómplices con sus maridos?

Él se apretó contra ella y ella jadeó.

—Ahora mismo me estoy imaginando dentro de ti, Bells. Mi mano tendrá que bastar por ahora.

¿Por ahora? ¿Tenía la intención de volver a incurrir en esta locura?

La besó de nuevo, acariciándola, provocándola y tomándola con su mano. Su cuerpo se sentía como si estuviera teniendo una experiencia extracorporal, le dolía y ansiaba con una inmoralidad salvaje. Se apretó contra él, buscando más, queriendo más.

—Cantas a mi tacto.

Sus palabras eran perversas. Ella asintió, sin aliento y tal vez también sin sentido. —Lo hago —admitió, cerca de un pináculo por el que quería caer, deleitarse en las manos de un hombre que la volvía loca.

Él no se detuvo. En cambio, la tocó con una habilidad que la dejó sin sentido. Tomó sus labios mientras un placer desconocido para ella se desbordaba por su cuerpo, contrayéndose y dejándola aferrada a él, necesitando anclarse para no flotar hacia el universo.

Solo cuando ella recuperó el juicio, él retrocedió, arreglándole el vestido sobre sus piernas temblorosas. Levantó la mano y se metió dos dedos en la boca, observándola intensamente mientras se los chupaba para limpiarlos, su mirada ardiendo con una necesidad que ahora ella comprendía.

—Sabes deliciosa.

Se quedó boquiabierta, incapaz de articular palabra ante la visión de él y lo que estaba haciendo. Santo cielo, no sobreviviría a este hombre.

Su sonrisa maliciosa le dijo que sabía que la había escandalizado y que lo estaba disfrutando. —Deberíamos volver —dijo.

Ella presionó una mano temblorosa contra su pecho, apartándolo con la poca fuerza que le quedaba. —Ve tú. Yo volveré en un momento.

Él retrocedió al instante, con la mandíbula tensa y los ojos oscuros. Se inclinó —un gesto extrañamente formal en un momento

así—, luego se giró y la dejó sola.

Cuando finalmente regresó al salón, su compostura había sido recompuesta a pura fuerza de voluntad. Sir Alcott seguía allí, charlando tranquilamente con Mariah, pero no había ni rastro de Whitmore. ¿Se había marchado? Saberlo le dejó un vacío en el pecho.

Isabella se armó de valor para mezclarse, para reír y fingir que no había ocurrido nada que hubiera cambiado su vida para siempre.

Pero en su corazón, sabía que algo había cambiado irrevocablemente; que cada vez que cerrara los ojos, recordaría el sabor de lo que podría tener con Whitmore si tan solo él cediera.

Y se rindiera a lo que claramente estaba sucediendo entre ellos.

CAPÍTULO
VEINTE

Whitmore se despertó temprano al día siguiente, con la pálida luz de la mañana colándose por una rendija de las cortinas y cruzando su cama. Le martilleaba la cabeza, aunque por desgracia no a causa de la bebida. Sentía el cuerpo plomizo, como si el sueño no hubiera logrado lavarle la noche. Se pasó una mano por la cara y se incorporó lentamente, con las sábanas de lino enredadas en las piernas. El leve aroma a lluvia aún persistía en la habitación, o quizá fuera solo su imaginación.

Cerró los ojos y suspiró; todavía saboreaba sus labios. Maldijo en voz baja, bajó los pies a la alfombra de Aubusson y se quedó sentado un largo rato con los codos en las rodillas. El fuego casi se había consumido. Cerca del hogar había una bandeja intacta con el café enfriándose junto al desayuno que su ayuda de cámara debía de haberle traído. Se acercó a donde estaba el desayuno, cogió la bebida y la tragó, haciendo una mueca ante el frío amargor.

La noche anterior se repetía en su mente, quisiera o no. Isabella Ravensmere, sentada en la mesa de billar, la luz de la lámpara brillando en su cabello, su respiración agitada y superficial mientras se le entregaba para, acto seguido, ordenarle que se marchara. Sus labios: suaves, furiosos, dispuestos. La había besado como un poseso. Como quien está decidido a demostrar que no siente nada, que podía permitirse aquel capricho con ella sin consecuencias y, al hacerlo, había demostrado ser un idiota.

—Estás enamorado de ella —masculló. Las palabras sonaron absurdas en la quietud. El amor no era cosa de hombres como él. El deseo, sí. El encaprichamiento, a menudo. Pero el amor requería una honestidad que hacía tiempo que había olvidado cómo esgrimir.

Cruzó hasta la ventana y apartó la cortina. Fuera, la calle bullía con el ruido del mediodía: vendedores gritando, ruedas traqueteando, el leve repiqueteo de los cascos sobre los adoquines mojados. Londres estaba despierto, indiferente a su agitación. En algún lugar de la ciudad, Isabella también lo estaría. Quizá se sentaba con su hermana a tomar el té, hablando del próximo baile o del día en Richmond que se celebraba hoy, riéndose de algo que hubieran hecho sus hermanas. Se preguntó si ella se reiría con facilidad esa mañana, o si también sentiría el dolor que se le había instalado tras las costillas.

Se apartó bruscamente, se puso la camisa y la casaca y se subió los calzones sin cuidado. No podía quedarse allí, regodeándose en los recuerdos como un necio lunático. El movimiento podría mitigar los pensamientos que lo arañaban por dentro. Para cuando bajó las escaleras, el mayordomo ya había abierto la boca para preguntar si debía preparar el carruaje. —No —dijo Whitmore apresuradamente, poniéndose los guantes—. Voy a dar un paseo.

El aire del exterior era lo bastante fresco como para despejarle la cabeza, aunque no hizo nada por calmar la inquieta energía que le recorría el cuerpo. Cruzó Mayfair, con las botas chapoteando en los charcos poco profundos. ¿Adónde demonios se había ido el verano? Cada esquina le recordaba a ella: Bond Street, donde una vez la había visto comprando lazos con su hermana; Hyde Park, por donde solía cabalgar con su yegua infernalmente perfecta que le gustaría tener en sus propios establos. Debería haber ido allí ahora, aunque solo fuera para asegurarse de que estaba bien, de que aún le dirigiría la palabra después de haberse largado de la fiesta a la que asistieron anoche sin siquiera despedirse.

Pero ¿qué derecho tenía a hacerlo? Ella debería estar enfadada con él, decepcionada. Desde luego, él lo estaba consigo mismo.

Hartley caminaba sin rumbo por Curzon Street, con el aire húmedo enfriándole la piel. Debería haber vuelto a casa, pero la

energía inquieta en su pecho se negaba a calmarse. Cada paso no hacía más que agudizar la desazón que lo carcomía: algo entre la culpa, el anhelo y la irritación de que ella ocupara tanto sus pensamientos.

Cuando volvió a llegar a su casa, había caminado casi dos millas y no se sentía más tranquilo que antes. El mayordomo le salió al paso en el vestíbulo, con las cejas arqueadas.

—Milord, ha llegado una nota del duque de Ravensmere. Los criados esperan su respuesta.

Rompió el sello y leyó la cuidada caligrafía. El duque y la duquesa preguntaban si asistiría a la excursión a Richmond de hoy. Habría pícnics, un paseo junto al arroyo, risas educadas y una conversación que no podría soportar. Sin embargo, la idea de Isabella entre los presentes hizo que algo se le oprimiera en lo más profundo del pecho. Se dijo a sí mismo que podría asistir simplemente para demostrar que podía comportarse con sensatez. Para demostrar que lo de anoche no había significado nada.

Que ella no significaba nada.

Arrojó la nota sobre una mesa. —Decidles que me uniré al grupo.

Una hora más tarde le trajeron su caballo, el lustroso bayo piafando impaciente sobre los adoquines. Whitmore montó de un salto y el familiar crujido del cuero lo devolvió a la realidad. Necesitaba el viento en la cara, la distancia de las agobiantes calles de Londres.

El grupo se reunió cerca de Hyde Park Gate: carruajes relucientes, sirvientes atareados, damas radiantes como flores de primavera a pesar del cielo gris. Divisó de inmediato el inconfundible coche de los Ravensmere. El duque y la duquesa estaban de pie junto a él, intercambiando saludos con amigos. A Isabella no se la veía por ningún lado, hasta que bajó de otro carruaje con una gracia que le cortó la respiración.

Llevaba un vestido de color amarillo pálido adornado con cintas azules, del color de la luz del sol. La molestia se apoderó de él cuando ella se situó junto a lord Lennox, alto e insufriblemente refinado, que le ofrecía el brazo como si ella le perteneciera.

Los dedos de Whitmore se cerraron con más fuerza en las riendas.

Se recordó a sí mismo que ella podía hacer lo que quisiera. No le debía nada. Pero mientras ella se reía —suave, educadamente— de algo que Lennox decía, Whitmore sintió una oleada irracional de aversión por la mera existencia de aquel hombre.

—Whitmore —lo saludó Ravensmere con una sonrisa cómplice—. Parece usted con ganas de buscar problemas. Me alegro de que se una a nosotros. Partimos hacia Richmond de inmediato.

—Por supuesto. No me lo perdería —dijo, forzando la cortesía. Hizo una reverencia a la duquesa, a cuyos ojos perspicaces pocas cosas se les escapaban, y luego se giró para ver que Isabella ya estaba subiendo a un carruaje descubierto, con lord Lennox a su lado.

El viaje comenzó de forma bastante agradable. La niebla matutina se disipó al dejar la ciudad para revelar una extensión de campo verde, salpicada de ganado pastando y el ocasional tejado de una casa de campo que brillaba a la luz. El grupo estaba de muy buen humor. Las risas llegaban desde los carruajes, las cintas ondeaban con la brisa. Whitmore intentó decirse a sí mismo que estaba siendo ridículo, que el que ella disfrutara era algo bueno.

Duró hasta que la carretera se curvó cerca de una ladera cubierta de zarzas. Un repentino crujido partió el aire —era madera, sin lugar a dudas— y el carruaje de cabeza se tambaleó.

—¡Alto! —gritó alguien. Los caballos relincharon alarmados.

A Whitmore se le revolvió el estómago de pavor y sus instintos se activaron antes de que pudiera pensar. Espoleó su caballo hacia adelante mientras la rueda se astillaba y el carruaje se inclinaba bruscamente hacia un lado. Una mujer gritó. El vehículo se precipitó en la zanja con un golpe espantoso.

Se bajó del caballo y llegó al lugar del accidente antes de que la conmoción se calmara. El cochero de Ravensmere se le unió, pálido y gritando órdenes para pedir más ayuda. Whitmore lo ignoró, abrió la puerta del carruaje de un tirón y metió la mano dentro.

—¡Isabella!

Su nombre se le escapó sin permiso. Dentro reinaba la confusión: vestidos enredados, plumas de sombreros aplastadas, un lacayo tratando de calmar a los caballos aterrorizados. Lord Lennox tosió, aturdido, frotándose la sien.

Pero Isabella…

Estaba medio despatarrada en el asiento opuesto, con los ojos muy abiertos, un guante roto y un fino hilo de sangre a lo largo de la sien, donde debió de golpearse con el marco.

Whitmore entró, con el corazón desbocado. —¿Estás herida?

Ella parpadeó, aturdida. —Yo… no, no lo creo.

Le tocó ligeramente la barbilla, inclinándole el rostro hacia la luz. La visión de aquella pequeña herida le provocó una oleada de calor en el pecho que no tenía nada que ver con la ira. Quiso estrangular al cochero, al fabricante de la rueda, a todo el maldito campo por poner un bache en el camino. Cualquier cosa para deshacer esa marca.

—Se ha hecho daño —masculló—. No se mueva. —Sacó un pañuelo del bolsillo, presionando suavemente la sangre. Le temblaba la mano.

—Whitmore, de verdad —dijo ella en voz baja, intentando sonreír —. No es más que un rasguño.

Él no respondió. El sonido de su voz lo desarmó. Había pensado que podría soportar verla con otro hombre, pero aquello —verla pálida y conmocionada, herida— era intolerable.

La duquesa apareció en la puerta. —¡Oh, querida mía! ¿Están todos bien? Por favor, decidme que no estáis heridos.

—Sí —anunció Isabella, ya más firme—. Estamos todos bien.

Whitmore se demoró un momento más, incapaz de moverse. Los ojos de ella —claros, verdes y todavía un poco desenfocados— encontraron los suyos. Algo pasó entre ellos, silencioso y pesado como el aire después de una tormenta.

—Ven —dijo él finalmente, con voz ronca—. Deberías salir. El carruaje está inclinado.

Le cogió la mano antes de darse cuenta de lo que hacía. Los dedos de ella se deslizaron entre los suyos, pequeños y fríos. La guio

hacia afuera, sujetándola mientras bajaba el escalón roto. Cuando su pie flaqueó, la cogió por la cintura sin pensar y la tomó en brazos.

El aroma de su pelo —rosas, siempre rosas— le golpeó de lleno en el pecho. Contuvo la respiración por un momento, aterrorizado de que ella pudiera ver todo lo que sentía escrito en su rostro. Que la amaba. Que no sabía qué hacer con esa revelación, pero sabía que lo cambiaría para siempre, fuera cual fuese su elección en adelante.

Lord Lennox salió del vehículo, ajustándose la casaca como si solo hubiera sufrido un pequeño inconveniente. —Lady Isabella, le pido disculpas.

—No ha sido culpa de usted —dijo ella, aunque su voz temblaba. Whitmore la devolvió al suelo, echando ya de menos la sensación de tenerla en sus brazos.

—Gracias a Dios —dijo Lennox, ofreciéndole de nuevo el brazo. Whitmore sintió ganas de golpearlo. ¿Adónde demonios iba a llevarla aquel hombre? ¿Acompañarla andando el resto del camino hasta Richmond? Aun así, se obligó a apartarse para ver cuál era su plan.

Ravensmere daba órdenes a los criados, dirigiendo las reparaciones, y su serena competencia restablecía el orden. La duquesa regresó a su carruaje e insistió a quienes acompañaban al grupo que lady Isabella se encontraría bien.

Whitmore permaneció un poco apartado, con los brazos cruzados, observando a Isabella. Ella tranquilizó a la duquesa, incluso rio suavemente para disipar la preocupación en los ojos de su hermana, pero él vio cómo le temblaban las manos cuando pensaba que nadie la miraba.

Cuando el duque se volvió hacia él con una pregunta sobre los caballos, Whitmore respondió distraídamente. Su atención no se apartaba de ella.

No se dio cuenta de que había hablado en voz alta hasta que Ravensmere lo miró con brusquedad. —¿Qué ha dicho?

—He dicho —respondió Whitmore, aclarándose la garganta—, que el camino es irregular. Mejor no intentar mover el carruaje dañado hasta que hayamos conseguido otra rueda del pueblo.

Ravensmere frunció el ceño, pero antes de que pudiera comentar nada, Isabella se tambaleó ligeramente. Whitmore dio varias

zancadas rápidas y en un instante estuvo a su lado. —Con calma —dijo, sujetándola por los codos—. Ha perdido usted el color.

—Estoy bien —susurró ella—. Solo ha sido… repentino, eso es todo.

—No estás bien. —Su tono salió más brusco de lo que pretendía, atrayendo la atención de los demás.

La duquesa se unió a ellos. —¿Isabella?

—Está bien —dijo Whitmore rápidamente, bajando la voz—. Solo conmocionada, pero creo que debería volver a casa.

Tenía la intención de retroceder entonces, pero ella volvió a vacilar y el instinto se impuso a la corrección. La sujetó por completo, rodeándola con un brazo por la cintura para estabilizarla. Ella ahogó un grito, y su mano enguantada se aferró a la solapa de él.

Todos los ojos estaban puestos en ellos. No le importó.

—Abrid la portezuela del carruaje —le ordenó a un lacayo cercano—. El coche de los Ravensmere. Rápido, hombre.

El sirviente parpadeó ante su tono, pero asintió. —Sí, sí, por supuesto, milord.

Hartley cogió en brazos a Isabella antes de que pudiera protestar, ignorando los murmullos de sorpresa que se produjeron. No pesaba nada en sus brazos, y su mejilla rozó su hombro mientras susurraba el nombre de él, suave, incrédula.

—Bájame, Hartley —murmuró ella.

—Ni hablar. —Tenía la mandíbula tensa—. Estás pálida como una muerta.

Los dedos de ella se enroscaron débilmente en su casaca. —Vas a provocar habladurías.

—Que hablen —dijo sin dudar. Las palabras se le escaparon antes de que pudiera retirarlas. Sintió la respiración de ella entrecortarse contra su pecho, y algo en su corazón se retorció dolorosamente.

Cuando llegó al coche ducal, la depositó suavemente en el suelo y la ayudó a subir antes de seguirla y arrodillarse ante ella. El pequeño corte en su sien ya se había secado, pero él volvió a alzar la mano y le apartó un rizo suelto de la cara.

—¿Estás segura de que estás ilesa?

Ella lo miró, con voz queda. —Estás montando una buena escena.

—Bien —dijo él—. Quizá así alguien crea por fin que soy capaz de preocuparme por algo más que por mí mismo.

Sus labios se separaron ligeramente, pero no emitió sonido alguno. La voz de la duquesa llamó desde atrás, enérgica, preparando al grupo para regresar a la ciudad, y el momento se rompió.

Whitmore salió del vehículo y se ajustó la casaca. Ravensmere le dio una palmada en el hombro. —Nos ha hecho un gran servicio a todos, Whitmore. Gracias.

Él asintió con rigidez, apartándose antes de que nadie pudiera leerle el rostro. El corazón aún le latía con fuerza, las manos todavía le hormigueaban por el contacto con ella.

Estaba a salvo. Eso era todo lo que importaba.

Se lo repitió a sí mismo mientras montaba su caballo y los sirvientes se preparaban para que el grupo regresara a casa. Se lo repitió de nuevo cuando la vio mirar por la ventanilla del carruaje, encontrando sus ojos por un brevísimo instante antes de que ella desviara la mirada.

Pero incluso mientras cabalgaba de vuelta a Londres, con la lluvia amenazando de nuevo, él sabía la verdad: nunca olvidaría aquel momento. Ni la sangre en su sien. Ni su nombre escapándose de su garganta antes de que la sensatez o el decoro pudieran detenerlo.

Y, ciertamente, no el aterrador e inquebrantable conocimiento de que podría haberla perdido, y que aquello lo habría destruido.

CAPÍTULO

VEINTIUNO

Habían pasado dos días desde el accidente de camino a Richmond y, aunque los moratones de Isabella se habían atenuado y su jaqueca por fin había remitido, sus pensamientos estaban mucho menos sosegados.

Había pasado las últimas cuarenta y ocho horas recluida, lejos de la *alta sociedad*, rechazando visitas, sorbiendo caldo bajo la atenta mirada de Rosalind y fingiendo que el descanso y la tranquilidad calmarían su corazón. No había sido así.

Cada vez que cerraba los ojos, veía el carruaje inclinarse, oía el crujido de la madera y, a continuación, absurdamente vívido, el rostro de Whitmore al abrir la portezuela de un tirón, su voz gritando su nombre como si ella fuera la única alma viva que mereciera la pena salvar.

Había parecido aterrorizado. Verdaderamente aterrorizado y absolutamente encantador, todo al mismo tiempo.

Y entonces la había levantado en brazos, sin importarle quién los viera, como si fuera a enfrentarse al mundo entero antes que dejarla caer.

No, no lo había olvidado. Dudaba que pudiera hacerlo jamás.

Ahora, mientras el carruaje de los Ravensmere se dirigía al Theatre Royal, con la ciudad a su alrededor bullendo de luces y carruajes, se obligó a mirar las aceras abarrotadas en lugar de recrearse en el recuerdo. Su hermana estaba sentada enfrente,

hablando de la ópera que iban a ver, mientras el duque leía el programa de la función a la luz de un farol.

—Será una velada espléndida —dijo Rosalind, ajustándose los pendientes—. He oído que estará toda la gente importante.

—Toda la gente —murmuró Isabella, preguntándose si eso incluiría al hombre al que había intentado olvidar en vano. No podía evitar pensar que, ahora que se le había metido en la piel, jamás se libraría de él.

Pero, ¿acaso quería hacerlo? Cada vez estaba más convencida de que no.

El carruaje se detuvo ante el teatro, con el aire vibrando de expectación y el penetrante aroma de perfume y puros flotando en la brisa. Las risas resonaban por la escalinata de mármol. Dentro, la luz de las velas resplandecía sobre la seda y la muselina, iluminando los dos escalafones de la sociedad londinense.

Un acomodador los guio hasta el palco de los Ravensmere, que les ofrecía una vista perfecta del escenario. Isabella entró, alisándose las faldas, tratando de parecer serena. Al fin y al cabo, estaba perfectamente recuperada. Era totalmente sensata. No tenía ninguna preocupación.

Ojalá fuera cierto…

Recorrió el teatro con la mirada, observando los otros palcos y el patio de butacas. Lord Lennox estaba allí, por supuesto: elegante, correcto y sonriéndole desde su asiento en el patio de butacas. Él inclinó la cabeza con todo el decoro de un caballero. Ella le devolvió el gesto, con el pulso firme. Fuera lo que fuese que hubiera pensado de él antes del accidente, ahora solo veía previsibilidad. Un hombre que jamás la sorprendería.

Que jamás le aceleraría el corazón ni le despertaría el deseo.

Suspiró y siguió observando el teatro. Varios palcos más allá… y se le cortó la respiración.

Whitmore.

Estaba sentado solo en el palco de su familia, con el perfil iluminado por el suave resplandor de un candelabro. Su levita era de un corte perfecto, su corbata inmaculada, pero había en sus ojos un cansancio que la inquietó. No estaba observando a la multitud, ni a

los invitados que se acomodaban en sus asientos. No, miraba fijamente el telón de terciopelo corrido sobre el escenario, como si estuviera perdido en otro mundo.

Por un momento, se bebió su imagen como una mujer sedienta. Contempló la inclinación de sus hombros, su quietud, y se preguntó qué pensamientos podían ensombrecer a un hombre que se reía de todo.

Entonces, como si su mirada lo hubiera invocado, él se volvió.

Sus ojos se encontraron y se sostuvieron. El cambio en su rostro fue instantáneo e innegable. La tensión se disipó, la leve arruga de su ceño se desvaneció y una sonrisa lenta y sincera se extendió por su boca hermosa y perversa.

Algo revoloteó en lo más profundo de su estómago, y supo hasta la médula que todo había cambiado entre ellos.

Rosalind, siempre atenta a los asuntos de sus hermanas, carraspeó. —¿Podrías ir con él, si quieres —murmuró—. El palco del marqués está lo bastante cerca para que pueda vigilar desde aquí, y lo conocemos bien. No sería ningún escándalo.

Isabella vaciló. —¿De verdad lo crees?

—Creo —dijo su hermana, con los labios ligeramente curvados— que quieres ir.

Isabella volvió a mirar. Él seguía observándola, mirándola con esperanza, como si hubiera estado conteniendo la respiración desde Richmond y por fin pudiera exhalar.

Quizá sí que quería ir.

Se levantó, alisándose el vestido. —Solo tardaré un momento —dijo, ignorando la mirada cómplice de Rosalind.

El duque apenas se percató de que se escabullía del palco y bajaba por el estrecho pasillo, con el murmullo de la conversación creciendo a su alrededor. Su corazón latía demasiado deprisa para un recado tan sencillo. Cuando llegó al palco de Whitmore, se detuvo ante la puerta con cortinas el tiempo justo para serenarse antes de entrar.

Él se puso en pie de inmediato, haciendo una profunda reverencia. —Lady Isabella.

—Lord Whitmore.

La recorrió con la mirada, deteniéndose en su rostro. —¿Estás bien?

—Sí, lo estoy —dijo ella—. Mucho mejor, gracias. Los moratones han desaparecido, y la única marca que ha quedado es la preocupación que causé a todo el mundo.

—Me diste un susto de muerte —admitió él en voz baja, y la cruda honestidad de sus palabras le cortó la respiración—. Perdóname. Quería decir… bueno, me alivia verte recuperada.

Ella sonrió levemente, con los dedos enguantados apoyados en el borde tallado de una silla cercana. —Puedes quedarte con la primera versión de tu confesión, mi lord. Prefiero la verdad a la cortesía.

Su sonrisa fue breve, pero genuina. —Entonces hablaré sin rodeos. No he pensado en otra cosa que no fueras tú desde aquel día.

Las palabras quedaron suspendidas entre ellos, peligrosas y tiernas a la vez. Quiso decirle que ella tampoco había pensado en nada más que en él, pero se guardó esa confesión para sí misma.

Él se acercó un paso más y le ofreció la mano. —¿Te sentarás?

Ella puso su mano en la de él. Los dedos del marqués rozaron el interior de su muñeca mientras la ayudaba a acomodarse a su lado, y el contacto le provocó un escalofrío inesperado.

—¿Espero que tu hermana me haya perdonado por las numerosas misivas que envié esta semana? —preguntó él, intentando parecer informal, pero ella notó que estaba nervioso. Cauteloso y reservado en lo que decía y en cómo se comportaba a su lado.

¿Lo estaba poniendo nervioso? Esperaba que así fuera, pues desde luego él la ponía nerviosa a ella. —Creo que sí —dijo Isabella —. Mencionó que enviaste recado varias veces, preguntando por mi salud.

Él pareció casi avergonzado. —Lo hice. Quizá demasiadas veces.

—Fue muy amable. —Sus palabras fueron suaves y susurradas—. Fuiste el único caballero que lo hizo.

El murmullo de la conversación a su alrededor se acalló cuando los acomodadores entraron en los palcos para apagar los apliques. Una a una, las llamas se extinguieron hasta que solo quedó el tenue

resplandor del escenario. Las sombras envolvieron al público y el silencio previo a la primera nota de música profundizó la sensación de intimidad.

Isabella se dio cuenta de lo cerca que estaban sentados. El roce de la manga de él contra su brazo, el leve aroma a sándalo y a algo exclusivamente Hartley. Entonces, mientras se apagaba el último farol, la mano de él se deslizó sobre su regazo, buscando la suya.

Se le disparó el pulso.

Por un instante no pudo moverse; la oscuridad ocultaba el temblor que la recorría. Él no la agarró con fuerza, solo entrelazó sus dedos y los apoyó en el asiento entre ambos, con el pulgar trazando un patrón lento y reconfortante sobre su guante.

Ella se volvió y se encontró con su mirada; la tenue luz del escenario se reflejaba en sus ojos.

—He echado de menos verte en los eventos —dijo él en voz baja —. Más de lo que puedo expresar.

Un nudo se le formó en la garganta. No era eso lo que esperaba de Whitmore. Era un libertino, un caballero que no amaba nada más que una buena juerga, tomar el pelo y que se lo tomaran. Pero este… este hombre no era nadie a quien reconociera. Hablaba en serio, la miraba con tal anhelo que su cuerpo ansiaba ahogarse en su mirada verde. Escuchar sus dulces palabras y deleitarse con ellas.

—Nos vimos hace solo dos días. —Intentó quitarle importancia a su confesión, pero no cambió nada, y ciertamente no pareció afectarle en absoluto.

—Y me ha parecido mucho más tiempo —murmuró él—. Demasiado. He estado preocupado, y yo… —Se interrumpió, exhalando—. Anhelo estar a solas contigo, Isabella. Me has embrujado, y no puedo dejar de pensar en ti.

La confesión la inundó de calidez. Se había dicho a sí misma que su preocupación en Richmond no era más que un impulso, la galantería de un hombre poco acostumbrado a ver a una mujer herida. Pero aquí, en la oscuridad, podía oír la sinceridad en su voz y, aunque él pudiera haber ayudado a cualquiera, el miedo que había leído en sus ojos dos días antes se debía enteramente a que se preocupaba por ella, y solo por ella.

—No deberías decir esas cosas. —Miró a su alrededor, contenta de ver que todo el mundo estaba absorto en la ópera—. El marqués de Whitmore no declara tales cosas. Y menos a una mujer soltera y de su misma condición.

El pulgar de él se detuvo sobre su mano. —¿Quizá sea hora de que lo haga?

Ella sonrió, aunque el corazón le martilleaba en el pecho. No podía ser real. No podía estar declarándose tan abiertamente. La orquesta atacó su primera nota, junto con la soprano, en un suave crescendo que recorrió todo el teatro, pero ninguno de los dos miró hacia el escenario.

—¿Estás diciendo que el libertino más escandaloso de Londres ha descubierto lo que es… sentir afecto?

Él ladeó la cabeza. —¿Me crees incapaz de tal emoción?

—Creo —susurró ella, no queriendo herirlo ni hacerle creer que no pensaba que él pudiera llegar a amar. Pero ser vulnerable con él no era un paso fácil de dar—, que lo estás intentando.

Él soltó una risa silenciosa, pero sonó dolida. Se volvió hacia ella, apretando más su mano. —Sabes lo que era antes —dijo—. Has oído las historias. La mitad de ellas son ciertas.

—La mitad. —*Más bien todas.*

—No puedo imaginar más amoríos, a menos que todos involucren a cierta dama a la que llamo Bells.

Su pulso se aceleró y tragó saliva. —Hartley. —Estaban tan cerca, inclinándose el uno hacia el otro como si no pudieran soportar estar separados. Su mirada se desvió hacia los labios de él. Quería su boca sobre la suya. Quería que la tocara, que la hiciera cantar con tanta pasión como la mujer en el escenario.

La ópera continuaba —las voces se elevaban, la música se derramaba desde el escenario en olas de sonido—, pero parecía lejana, un sueño más allá del pequeño palco que compartían. Cada nota era una pulsación que se acompasaba con el ritmo de su corazón.

Intentó concentrarse en la representación, en cualquier cosa, pero de pronto se dio cuenta de algo con tal fuerza que la dejó sin sentido.

Se estaba enamorando de él. Tan pronto como tuvo el pensamiento, lo descartó. No, no se estaba enamorando en absoluto. Ya se había enamorado y había caído con estrépito a los pies de aquel hombre.

El aliento de él le rozó la oreja. —Deberías irte antes de que te rapte y nos convirtamos en la comidilla de la *alta sociedad* —susurró —. Nada me gustaría más que estar a solas contigo y lejos de las miradas de esta gente.

—¿Y qué harías si nos escapáramos? —Se mordió el labio inferior, observando el abanico de emociones que revoloteaban por su hermoso rostro. La determinación, el deseo, el ardor que se posaba en sus bellas facciones la obligaron a removerse en el asiento. Sentía un anhelo, le deseaba tanto que podía notar la humedad delatora entre sus piernas.

—Significaría que mi reputación quedaría hecha añicos y que nos casaríamos en tres días.

—Así sería —dijo él, con voz profunda y ronca.

La cortinilla del palco se abrió y un resquicio de luz los iluminó. —Querida, hemos pensado en unirnos a vosotros en lugar de sentarnos separados.

Isabella y Hartley se apartaron para poner distancia entre ellos. Su hermana y su cuñado se acomodaron detrás, una presencia que le indicó que quizás su íntima conversación había provocado murmullos de los que no se había percatado. Era muy propio de Rosalind venir a asegurarse de que su reputación no quedara arruinada.

¿Qué diría la duquesa si supiera que solo un momento antes Isabella estaba contemplando la idea de escaparse con Whitmore? De estar a solas con él como ambos deseaban.

La música creció en intensidad. Podía sentir el calor de él a su lado, el lento subir y bajar de su respiración. Su mente le susurraba advertencias: lo que diría la sociedad si seguía actuando sin pensar, lo que pensaría su hermana si era descuidada. Pero su cuerpo la traicionaba con cada temblor.

Cerró los ojos, apretando las manos en su regazo, y en ese momento supo que no le importaba un comino lo que nadie

pensara.

En ese momento, simplemente deseaba vivir.

CAPÍTULO

VEINTIDÓS

El teatro se había vaciado hacía horas, y los ecos de las canciones y los aplausos aún resonaban en la mente de Whitmore. En el entreacto, le había deslizado discretamente una pequeña nota doblada en la mano enguantada de Isabella. Le había dicho que no la leyera hasta que estuviera a salvo en su habitación, y que la quemara inmediatamente después.

Estaba inmerso en un juego peligroso, uno sin un final claro. Sin embargo, sabía una cosa con absoluta certeza: tenía que volver a verla, a solas.

Necesitaba besarla, aunque fuera lo único que ella le permitiera jamás.

La noche era fría, el aire denso por la niebla mientras esperaba al otro lado de Grosvenor Square. Su carruaje aguardaba bajo la sombra de un olmo imponente, con los caballos inquietos, resoplando en el silencio. Hacía tiempo que habían pasado las dos. La ciudad dormía, pero el pulso en su pecho se negaba a calmarse.

Mantenía la mirada fija en la pequeña puerta lateral de la residencia ducal. En cualquier momento…

Y entonces, como si la propia oscuridad la hubiera conjurado, apareció.

Isabella se deslizó desde las sombras, con la capa oscura ceñida al cuerpo y la capucha calada. La tenue luz de un farol le acarició la mejilla, revelando el delicado tono de su piel y la mirada nerviosa

que lanzó a su alrededor antes de apresurarse. Su cochero la vio y al instante acercó el carruaje.

Segundos después de que ella saliera por la cancela del jardín, Whitmore ya había abierto la portezuela. Se deslizó dentro, y un susurro de seda y rosas llenó el aire entre ellos. El cochero chasqueó la lengua suavemente a los caballos y partieron, dejando atrás solo el sonido de las ruedas sobre los adoquines húmedos.

No cruzaron palabra. No era necesario.

Whitmore la atrajo hacia sí en el momento en que entró. Sus bocas se encontraron, urgentes y posesivas, y hasta la última pizca de contención que se había esforzado por mantener se desintegró.

Sus labios se entreabrieron, escapándosele un sonido suave y anhelante, y él profundizó el beso, deslizando una mano por su cabello para inclinarle el rostro hacia el suyo. El aroma de ella lo envolvió, y a duras penas pudo evitar perderse por completo.

El beso se volvió feroz, de esos que apenas dejan lugar al pensamiento. Ella se apretó más contra él, su cuerpo encajando perfectamente con el suyo. El calor de su pecho le quemaba a través de la fina barrera de la casaca. Había besado a otras mujeres —docenas, tal vez más—, pero ninguna le había hecho sentir como si le hubieran arrancado el corazón del pecho.

El mundo exterior dejó de existir. Solo existían su boca, su aliento, sus manos temblorosas aferrándose a él como si también ella estuviera atrapada en aquella tormenta.

Era magia entre sus brazos. Estaba perdido.

El deseo lo arañó por dentro, agudo y salvaje, exigiéndole que tomara lo que ella ofrecía. Sin embargo, incluso mientras ella se arqueaba acercándose más, él luchó por mantener el control, por no hacer añicos lo que quedaba de su razón. Estaba duro, dolorido, consumido.

Nunca había deseado de esa manera.

Nunca la había deseado a *ella* de esa manera, porque desearla era arriesgarlo todo. Los labios de Isabella se movieron contra su garganta, sus dedos se deslizaron por la parte delantera de su chaleco y rozaron la tela de sus calzones. Se le paró el corazón, se le cortó la respiración.

—Isabella… —graznó, mitad advertencia, mitad súplica.

Pero ella lo silenció con otro beso, suave y devastador.

La pregunta flotaba en la punta de su lengua, esa que lo cambiaría todo entre ellos si se atrevía a pronunciarla. Vivía allí, junto a la verdad que ya no podía negar. La amaba, quería casarse con ella.

Decir tal cosa en voz alta lo desharía por completo. Lo haría suyo, en cuerpo y alma, y temía que, una vez que ella lo viera con claridad —más allá de las agudezas, de la reputación manchada, del libertino despreocupado que creía que era—, retrocedería.

Había hecho de la risa su personalidad, de vivir como si nada le afectara, pero ella sí lo hacía. Santo cielo, ella llegaba a las partes de él que nunca habían visto la luz.

El bajo gemido de Isabella lo sacó de sus pensamientos. Volvió a besarlo, más hambrienta ahora, sus manos explorando como si pretendiera grabarse en la memoria cada centímetro de él. Él también gimió, igualando su ritmo, su cuerpo luchando para no tomarla allí mismo.

El control se le escapaba, frágil y fugaz.

La mano de ella presionó contra él a través de la tela de sus calzones y él se quedó helado, el placer y el tormento de aquel gesto inundándolo por completo. Su cuerpo ardía, su mente desvariaba.

—Isabella —dijo de nuevo, su voz un susurro ronco—. Tienes que parar.

—No deseo parar —susurró ella a su vez, su aliento caliente contra su oído.

Cerró los ojos y dejó caer la cabeza hasta que su frente tocó la de ella. —No tienes ni idea de lo que me estás haciendo.

Ella sonrió, y esa fue su perdición. —Te deseo, Hartley.

Aquellas palabras lo destrozaron.

Un hombre más fuerte la habría rechazado. Pero Whitmore nunca había presumido de ser fuerte. Había pasado años cediendo a todos sus vicios y ahora, frente a la única mujer que le había hecho cuestionárselo todo, descubrió que no le quedaban fuerzas para resistirse.

Le tomó el rostro entre las manos y volvió a besarla, de forma profunda, desesperada, reverente. Quería marcarla, hacerle recordar este momento con la misma ferocidad con que lo haría él. Con un gruñido de rendición, la levantó sobre su regazo, un movimiento que le arrancó a ella un jadeo de la garganta.

Se le deslizó la capa, revelando una piel pálida, el más leve atisbo de la curva donde su vestido se había aflojado. Su boca siguió al instinto antes de que la razón interviniera, trazando la línea de su cuello, el pulso acelerado bajo su mandíbula.

Ella tembló, sus manos encontraron sus hombros y lo atrajeron hacia sí. El carruaje se meció suavemente, y el sonido de la lluvia comenzó a repiquetear contra el techo, tamborileando al ritmo del frenético latido de su corazón. La ciudad de fuera bien podría haber dejado de existir.

Podría tenerla ahora mismo. Un tirón a su corpiño, levantar sus faldas de seda, una palabra susurrada, y sería suya. Pero la idea lo dejó helado, porque no la quería así. Ni aquí, ni de esta manera.

La quería toda para él.

Quería su risa por la mañana, su aroma en sus almohadas, su nombre ligado al suyo para siempre. Santo Dios. La quería como esposa.

Se detuvo, con la respiración entrecortada, y hundió el rostro en su garganta. Ella suspiró, sus dedos enredándose en su cabello. —Hartley —murmuró con voz suave y llena de confianza.

Aquello lo rompió por completo. Levantó la cabeza, sus ojos se encontraron con los de ella en la penumbra. —No tienes ni idea de lo que me pides.

—No te pido nada —dijo ella—. Solo te quiero a ti.

Volvió a besarla, porque las palabras ya no servían de nada. Su sabor era sal y dulzura, fuego y ruina. Cada caricia conllevaba tanto una promesa como una advertencia. Le temblaron las manos mientras recorrían la seda de su vestido, sintiendo el rápido subir y bajar de su pecho. Se obligó a detenerse antes de cruzar el punto de no retorno.

—No puedo —susurró contra sus labios.

Ella parpadeó, con los ojos muy abiertos. —¿Que no puedes?

—No así —dijo en voz baja—. Mereces algo mejor que un sinvergüenza en un carruaje al amanecer.

Ella lo estudió, su pecho subiendo con cada respiración inestable. —Esto no me parece tan sórdido como esas palabras.

Él soltó una risa grave y ronca. —Parece una locura.

El carruaje aminoró la marcha, y el rítmico repiqueteo de los cascos se convirtió en una parada. Whitmore miró por la ventanilla y se dio cuenta, con un giro del destino, de que estaban cerca de su residencia. Le tomó la mano y le depositó un beso prolongado en los nudillos. —Entra conmigo, Bells. Antes de que cambie de opinión.

Ella dudó solo un instante antes de inclinarse y rozarle la boca con un beso tan ligero como una pluma. —Me gustaría mucho.

Y a él también.

Pocos minutos después de su consentimiento, se deslizaron dentro de su casa, envueltos por el silencio de los sirvientes dormidos como si fuera un secreto. Nadie se movió. Su personal llevaba mucho tiempo acostado; era una orden permanente, ya que él rara vez volvía a casa antes del amanecer.

No se molestó en usar la entrada trasera, sino que la llevó por la principal y subió la gran escalera, con los dedos entrelazados, la urgencia entre ellos creciendo con cada escalón. El aire estaba cargado de deseo, el leve aroma de la lluvia y la cera de las velas mezclándose a su paso.

Apenas llegaron a su aposento, cerró la puerta y la estrechó entre sus brazos. Su boca encontró la de ella, profunda y posesiva, y ella se derritió contra él. Allí, en su casa, en sus brazos, toda la resistencia que había intentado mantener se vino abajo.

No le negó nada, sus caricias tan ansiosas como las de él. Su ropa no tardó en alfombrar el suelo: medias, guantes, vestidos y casacas formaban un rastro descuidado hasta la cama. La luz del fuego pintaba su piel de oro, las sombras danzando en las paredes como testigos silenciosos.

Hartley se colocó sobre ella, su cuerpo duro y ansioso. Le levantó una pierna para engancharla sobre su cadera antes de bajar, deteniéndose a contemplarla. El pelo suelto, los ojos cargados de deseo… era una tentadora innegable.

Metió la mano entre los dos, acarició sus rizos suaves y bajó hasta su centro húmedo. Ella tembló bajo su cuerpo, arqueándose hacia su tacto mientras contenía la respiración.

—Eres tan hermosa —murmuró él.

Ella enredó los dedos en su pelo y tiró de él para besarlo. Él se entregó de buen grado, alineando sus cuerpos, perdiendo el control mientras ella se abría a él como una flor en primavera. No se estremeció ni se apartó; comprendía lo que estaban haciendo, lo que significaba… y en ese momento, él también lo comprendió.

Era suya. Él era suyo. Y el mundo más allá de aquella habitación dejó de existir.

Penetró en ella, y ella lo recibió con un jadeo, aferrándose a sus hombros. —Te deseo tanto, Hartley.

La súplica de ella lo rompió. Embestió, tomándole la inocencia —y algo mucho más preciado— con ese único e irrevocable movimiento. Ella lo rodeó con las piernas, lo besó con fiero abandono, y él pensó que podría perderse por completo.

Cada aliento era una lucha por el control. Cada movimiento, una plegaria para que ella encontrara placer en su tacto. Ella se movía bajo él con una gracia instintiva, su cuerpo elevándose para encontrarse con el suyo, suaves suspiros escapando con cada vaivén de sus caderas.

Era demasiado… demasiado perfecto.

—Sí, Hartley —susurró, su voz un ruego tembloroso.

El cuerpo de ella se tensó a su alrededor, y él sintió cómo el orgasmo de ella crecía y rompía. El suave grito de ella rasgó el silencio de la habitación, arrastrándolo consigo. —Oh, sí, Bells.

Llegaron juntos, aferrados, temblando, sus cuerpos estremeciéndose de éxtasis compartido. Cuando los temblores amainaron, volvió a besarla, una tierna presión de labios que hablaba de todo lo que no se atrevía a decir en voz alta.

La atrajo hacia sí, su cuerpo cálido y dócil entre sus brazos. Ella se acurrucó a su lado, su respiración ralentizándose hasta que su ritmo coincidió con el de él.

—Eso ha sido sensacional —susurró, mirándolo.

Su corazón dio un vuelco tonto. Tenerla allí, en su cama, se sentía como lo único correcto en el mundo. Mañana la llevaría a casa de Ravensmere y pediría su mano. Después de que se publicaran las amonestaciones, lady Isabella sería suya: su esposa, su todo.

—Mi único objetivo es complacer a mi señora, siempre.

Ella rio suavemente y le dio un beso en el pecho, provocando una oleada de calor en él. —No creo que pueda volver a caminar. Siento las piernas como gelatina.

—Me alegro de oírlo. Así no podrás huir. —Bajó la mano y le hizo cosquillas hasta que ella chilló, y luego la atrajo de nuevo hacia sí. Su sonrisa se desvaneció cuando la mano de ella se alzó para acunarle la mandíbula.

—No quiero que esta noche acabe jamás —susurró ella.

Él le besó la coronilla, su voz baja y segura. —Ni yo.

Mañana hablaría con Ravensmere. Mañana todo cambiaría. Esa noche, sin embargo, ella estaba en sus brazos, y por primera vez en su vida, Hartley pensó que una eternidad podría no ser suficiente.

CAPÍTULO

VEINTITRÉS

Isabella consiguió volver a casa a hurtadillas en las primeras horas de la mañana sin que la descubrieran. Aunque oyó a una de las doncellas de menor rango en la biblioteca ducal encendiendo el fuego, se las apañó para subir las escaleras sin ser vista y meterse en la cama.

Consiguió dormir una o dos horas antes de que su doncella llegara con el habitual chocolate caliente y agua caliente. Mientras se vestía y se preparaba para el día, los recuerdos de la noche anterior se arremolinaban en su mente, una mezcla de incredulidad y anhelo.

Después de lo que había sucedido con Hartley, ¿cómo podría cambiar su vida?

¿Asistiría él al baile de los Oliver esa noche? ¿Habría alguna oportunidad para que se escabulleran y estuvieran a solas?

Ya anhelaba verlo, aunque solo habían pasado unas pocas horas.

Cogió los guantes y el sombrero, con ganas de dar un paseo, y salió de su habitación, solo para detenerse en seco al principio de la escalera cuando unas voces alteradas llegaron a sus oídos.

Se quedó helada, escuchando durante varios latidos, intentando entender el alboroto. Entonces los reconoció. ¿Eran Hartley y Ravensmere gritándose el uno al otro? El sonido de un puño golpeando la madera resonó en el hueco de la escalera y la sobresaltó.

Miró a lo largo del pasillo hacia donde una de las doncellas había dejado de limpiar el polvo de un aparador, con los ojos como platos.

Isabella se recogió las faldas y bajó corriendo las escaleras, con el corazón latiéndole con fuerza a cada paso.

¿Qué hacía Hartley aquí? ¿Por qué discutían?

Se detuvo a medio paso. ¿Podría estar aquí para pedir su mano? No habían hablado de matrimonio, pero él era un caballero. Quizá pensó que era lo correcto venir esa mañana para hacer una petición formal después de lo que había ocurrido entre ellos.

¿Se casaría con él simplemente por haber estado en su cama?

Se llevó la mano al estómago mientras una oleada de frío temor la recorría. La posibilidad de que pudiera estar esperando un hijo suyo —aunque no era un pensamiento que le hubiera cruzado por la mente la noche anterior— era una consecuencia que podría arruinarla a ella y a su familia.

Se tragó la bilis que le subía por la garganta. Por supuesto, se casaría con él si ese fuera el caso, aunque no fuera por amor. Pero para ella, al menos, era absolutamente ese sentimiento.

Lo amaba.

No podría haberse entregado a un hombre al que no adorara, y ella adoraba a Hartley. Por mucho que la hubiera enfurecido al principio de la temporada, por mucho que le hubiera buscado las vueltas, irritado y molestado, ahora la idea de estar sin él le parecía insoportable.

La voz de su hermana llegó hasta el vestíbulo, confirmando que había tres personas en la biblioteca. Sin llamar, Isabella abrió la puerta. El duque y la duquesa estaban detrás del escritorio; Whitmore, delante de él. Los tres estaban sofocados y el ambiente estaba cargado de tensión.

—¿Qué significa esto? —exigió, cerrando la puerta con firmeza tras de sí—. Toda la casa os puede oír gritar. ¿Qué está pasando?

Los ojos de Hartley se encontraron con los suyos. Su expresión se suavizó, pero estaba claramente acalorado, y era obvio que él y Ravensmere habían estado discutiendo.

—Isabella, querida —dijo Rosalind, rodeando el escritorio para tomarle la mano—. Esta mañana no se habla de otra cosa en Londres.

Isabella no se atrevió a hablar. ¿La habría visto alguien colarse en el carruaje del marqués anoche? ¿Era ella el último cotilleo? ¿Se había arruinado a sí misma y, por extensión, a su familia?

Sintió que las rodillas le flaqueaban y se dejó caer en una silla cercana.

Aun así, no se atrevió a preguntar.

Whitmore permaneció en silencio, mirando con furia al duque, que le devolvió la mirada con la misma hostilidad.

—Isabella —comenzó Rosalind, visiblemente alterada—. Se ha corrido la voz de que el compromiso del duque de Rolle con la señorita Wilson ha terminado. Ella lo ha roto y ha provocado un gran escándalo. Ambas familias están sumidas en el caos, tratando de reparar sus reputaciones. Pero es la razón de la ruptura del compromiso lo que tiene a toda la alta sociedad cotilleando.

Isabella asintió lentamente, sin entender todavía cómo aquello podría haber conducido a la discusión de esa mañana. —Lo siento mucho por su excelencia y la señorita Wilson, ¿pero qué tiene eso que ver con nosotros? ¿Por qué está todo el mundo tan alterado aquí?

Rosalind regresó al lado de su marido e intercambió una sombría mirada con él antes de continuar. —Se dice que la señorita Wilson cenó con el duque en un baile anoche. Él había bebido de más —bastante borracho, según todos los testimonios— y tenía la lengua muy suelta. Dejó escapar, en una conversación con la señorita Wilson y varios de sus amigos, que él y el marqués de Whitmore habían hecho una apuesta al principio de la temporada, en el baile de los Kenworthy para ser exactos. Una apuesta de mil libras.

Su hermana vaciló y luego se obligó a pronunciar más palabras. —Una apuesta para ver cuál de los dos podía ganarse tu favor, Isabella. O más bien, cuál de ellos podía robarte tu primer beso.

Isabella ahogó un grito y la habitación empezó a dar vueltas. El pulso le rugía en los oídos y estaba segura de no haber oído bien.

No. Whitmore no sería tan cruel…

La voz de Rosalind flaqueó. —El duque continuó jactándose de que Whitmore había ganado la apuesta, y que le fastidiaba deber mil libras por no haber tenido nunca el placer.

El placer.

Su placer.

Las palabras la desgarraron como un cuchillo.

¿Se había estado riendo todo Londres a sus espaldas? ¿Había pensado Whitmore que era una diversión, tan desesperada que sucumbiría a sus falsos encantos? El calor le subió a las mejillas, sabiendo que eso era exactamente lo que había ocurrido. Había caído rendida ante sus bonitas palabras y su boca perversa.

Tonta.

—La señorita Wilson abandonó el salón de la cena de inmediato, muy angustiada según todos los testimonios —explicó Rosalind—. Su padre envió un aviso de que el compromiso se había roto. Declaró que las crueles palabras del duque hacia ti, querida, habían avergonzado no solo a su prometida, sino a todas las jóvenes de la sociedad. —Hizo una pausa—. Desde entonces han huido de vuelta a Bath, mientras que el propio duque se ha retirado a Wesley Hall, donde sin duda se lamerá las heridas.

Isabella se volvió hacia Whitmore.

Él la miró, con la vergüenza grabada en cada rasgo de su hermoso y brutal rostro. —¿Fue todo mentira? —preguntó en voz baja, aunque su voz temblaba—. ¿Todo lo que dijiste, todo lo que me hiciste creer, fue una falsedad?

Isabella, no —dijo él, tratando de alcanzarla. Ella se encogió y él detuvo su intento de tocarla—. Sí, hubo una apuesta —admitió, con la voz cargada de arrepentimiento—. Pero no tardé en darme cuenta de que te provocaba y te tentaba por mi propia voluntad. Lo que empecé a sentir por ti no fue porque quisiera ganar mil libras, de hecho, le dije al duque que no aceptaría el dinero. Te lo juro, Isabella. No pasó mucho tiempo antes de que la idea de que el duque o cualquier otro se te acercara me volviera loco. Ninguna apuesta podría hacer que me importaras, solo tú fuiste capaz de eso, y me ganaste. Te amo, y mucho.

Ella lo miró fijamente, con el zumbido en los oídos ensordecedor. Si se ponía de pie, estaba segura de que se desmayaría. —¿Cuántas personas sabían de esta apuesta entre usted y el duque? —susurró —. ¿Cuántos se rieron de mí mientras ambos me cortejaban? Y yo

aquí pensando que, por una vez, mi temporada podría finalmente ser un éxito, y mientras tanto, era el hazmerreír.

Se cubrió la boca con la mano, sintiendo que la bilis le subía por la garganta. —Y ahora todo el mundo lo sabe. Todos nuestros amigos y familia, todo el mundo. Mi reputación está arruinada. —Su voz se quebró al pronunciar las palabras y jadeó, incapaz de contener la comprensión.

Rosalind intentó acercarse a ella, pero Isabella negó con la cabeza. —Estoy arruinada —dijo con voz ronca—. Ahora nunca me casaré.

—Mi querida, por favor, no llores —murmuró Rosalind, lanzándole a Whitmore una mirada furiosa.

El rostro de Ravensmere se endureció como la piedra. —La desposarás, Whitmore —la voz de su cuñado era como el hielo.

Isabella se estremeció. —No me casaré con él. Preferiría estar arruinada que casarme con él.

—No hay elección —dijo Rosalind con dulzura—. Debes casarte con él, querida. Debemos salvar lo que podamos de tu reputación. Todo el mundo sabe que Whitmore te ha besado… ya sabes cómo se ven esas cosas.

La mandíbula de Isabella se tensó. No confesaría que había hecho mucho más que besar a su señoría. Le había dado su cuerpo, su corazón, su confianza, creyendo que él la amaba.

Se volvió hacia él, con la voz temblorosa. —¿Cómo te atreves?

—Isabella —dijo él, con la angustia en los ojos—. He venido aquí esta mañana a pedir tu mano *antes* de que todo esto se supiera. Eso debería decirte que la apuesta no tuvo nada que ver con mi proposición. Te amo. Quiero que seas la próxima marquesa de Whitmore. Por favor, déjame explicarme.

Ella negó con la cabeza, con las lágrimas nublándole la visión. —No quiero oír ninguna de tus excusas. —Parpadeó rápidamente, pero las lágrimas se deslizaron, pesadas y calientes contra sus mejillas. Se las secó con rabia, aunque otras las siguieron.

Los ojos de Rosalind brillaban de compasión. —Debes casarte con Whitmore, querida. Y esperemos que, con el tiempo, él haga todo lo que esté en su mano para enmendar esta crueldad.

Whitmore se encaró con el duque y la duquesa. —Vuestras gracias, nunca fue mi intención herir a lady Isabella. No importa lo que se haya dicho hoy, he venido aquí para pedir su mano, como bien sabéis, *antes* de que se me informara de nada de esto. Amo a Isabella y pasaré mi vida tratando de hacerla feliz.

—No quiero que me hagas feliz —espetó Isabella—. Y aunque pueda verme obligada a casarme contigo, tendrás suerte si puedo volver a mirarte sin aborrecerte.

—Bells, por favor…

—He oído suficiente. —Se puso de pie, con la voz desprovista de calidez—. Voy a mi habitación. No vuelvas a visitarme hasta el día de nuestra boda. No te veré antes de entonces.

Se fue, con sus faldas susurrando sobre el suelo, dejando que su hermana y su cuñado finalizaran los arreglos que hubiera que hacer con la familia de Whitmore.

No quería tener nada que ver con ello.

Nada que ver con él.

Y nada que ver con el hombre que le había robado el corazón y se lo había hecho añicos con una cruel apuesta.

CAPÍTULO

VEINTICUATRO

Hartley permanecía de pie en medio de su estudio, con la luz de la mañana incidiendo sobre la licorera de su escritorio. Llevaba el abrigo desabrochado, la corbata torcida y el pelo alborotado de tanto pasarse los dedos por él durante casi una hora.

Había intentado beber, pero el licor se le hizo cenizas en la lengua. Había intentado pasearse, pero sentía las piernas pesadas y el pecho oprimido.

Los ojos de Isabella lo atormentaban, desorbitados y llenos de traición.

Se llevó una mano a la frente. —Dios, ¿qué he hecho?

Había ido a la mansión de los Ravensmere aquella mañana con las mejores intenciones. Hablaría con el duque, pediría la mano de Isabella y arreglaría las cosas. Había ensayado las palabras, imaginado su tímida sonrisa, la calidez de su mirada cuando le propusiera matrimonio. Pedirle que lo amara tanto como él la amaba a ella.

Y entonces todo se había ido al infierno.

La furia del duque, la fría desaprobación de Rosalind, las lágrimas de Isabella… Era una pesadilla de la que no podía despertar.

Se acercó a la ventana para mirar Berkeley Square. El mundo exterior seguía como si nada. Los carruajes pasaban, los caballeros se quitaban el sombrero a modo de saludo, las damas tomaban el aire. Nadie sabía que su vida acababa de desmoronarse.

Y lo que era peor: también había desmoronado la de ella.

Cerró los ojos y volvió a verla tal como había estado la mañana anterior. Con el pelo suelto sobre los hombros, los labios entreabiertos bajo los suyos. Se lo había dado todo y, a cambio, él la había arruinado.

Una apuesta.

Una apuesta estúpida e hiriente, hecha a la ligera con la intención de irritar a su némesis. Jamás creyó que desembocaría en el abrumador afecto que sentía por Isabella. La única mujer que se había negado a dejarse seducir por sus encantos y que, sin embargo, le había robado el corazón con su ingenio y dulzura. Había tenido el privilegio de ganarse a cambio su afecto y confianza y, aun así, le había arrojado a la cara todo lo que ella apreciaba como si no importara. O, al menos, eso era lo que ella creería ahora.

La imagen de ella al oír la verdad —su rostro descomponiéndose por la incredulidad— lo perseguiría hasta el día de su muerte.

Se hundió en el sillón y se cubrió el rostro con las manos.

—Nunca me perdonará.

Llamaron a la puerta y su mayordomo entró en silencio. —¿Mi señor, se encuentra usted indispuesto?

—No, solo soy un necio.

El hombre vaciló, inseguro de si debía permanecer en su presencia. —¿Desea que le traiga café?

Hartley negó con la cabeza. Una pistola de chispa le sería de más utilidad… Hartley sacudió la cabeza y se reclinó en el sillón, cerrando los ojos, sabedor de que semejantes pensamientos oscuros no eran ni bienvenidos ni útiles. Gimió, pasándose ambas manos por la cara. Siempre se había considerado un hombre capaz de salir de cualquier apuro a base de encanto. Pero esto… esto lo superaba.

Había destruido a la única persona que había visto algo bueno en él.

Su mirada se posó en una cajita que había sobre el escritorio: el anillo que había escogido para ella, una delicada sortija de oro con una esmeralda del mismo color que sus ojos. Lo cogió y le dio vueltas entre los dedos.

Había planeado dárselo ayer, pedirle que fuera su esposa, no por deber ni por el escándalo, sino porque quería despertarse cada día del resto de su vida y ver su rostro.

Ahora ese sueño parecía ridículo. Inalcanzable. Jamás lo perdonaría.

—Se casará conmigo porque no le queda más remedio —susurró —. Y me odiará por ello cada día de su vida.

Se levantó y se dirigió con paso lento hacia el hogar. El fuego se había extinguido hacía mucho, y las cenizas eran grises e inertes. Eran un reflejo de cómo se sentía: consumido, vacío e irreparable. Pensó en marcharse de Londres, en desaparecer en su finca de Kent hasta la boda. Pero no podía. Esfumarse ahora marcaría a Isabella para siempre, y necesitaba ese tiempo para enmendar las cosas. Para intentar salvar algo de lo que habían empezado.

Afrontaría la vergüenza, las habladurías, la compasión. Lo haría por ella.

Porque la amaba.

Que Dios lo ayudara, la amaba.

La revelación lo golpeó con fuerza, dejándolo sin aliento. Volvió a hundirse en el sillón, con el anillo apretado en el puño. No merecía su perdón, pero se lo ganaría de todos modos. Se casaría con ella. La protegería. La haría sonreír de nuevo…, algún día.

Y si ella nunca llegaba a amarlo a cambio, esa sería su penitencia. Hartley alzó la vista hacia la ventana, donde el más tenue rayo de sol atravesaba las nubes grises.

—Mañana —murmuró—. Mañana lo arreglaré.

Había destrozado a la única mujer que había amado en su vida. Ahora pasaría el resto de sus días tratando de reconstruirla.

CAPÍTULO

VEINTICINCO

Isabella cerró la puerta de su aposento y se apoyó en ella, con el pulso latiéndole con tal violencia que temió que el corazón fuera a estallarle. El eco de sus voces aún resonaba en el vestíbulo de abajo: el tono compasivo de su hermana, la furia de Ravensmere, la insistencia desesperada de Hartley de que la amaba. Las palabras se repetían una y otra vez, tan nítidas como la luz del alba que se filtraba entre las cortinas.

Su amor no había sido más que una apuesta.

Su corazón, un juego.

Se llevó una mano temblorosa al pecho, sintiendo cómo el dolor se le instalaba en lo más profundo de las costillas.

—¿Cómo has podido? —susurró a la habitación vacía.

Su doncella, al oírla entrar, se había adelantado para ofrecerle ayuda, pero una sola mirada al pálido rostro de Isabella y a sus ojos enrojecidos bastó para que la muchacha saliera de nuevo a toda prisa. Bien. No quería ningún testigo de aquella humillación.

Isabella se acercó a la cama y se sentó en el borde, con las rodillas flojas. Se contempló en el espejo —su cabello, deshecho en suaves rizos; sus ojos, anegados en lágrimas— y apenas reconoció a la mujer que le devolvía la mirada.

Una mujer que se lo había dado todo a un hombre que creía que la amaba. Un hombre que se había reído a sus espaldas. ¡Qué ingenua había sido!

Se secó la cara, pero nuevas lágrimas se deslizaron por sus mejillas. Sentía que el vestido la asfixiaba, el corsé demasiado apretado, el aire demasiado denso. Respiró hondo, intentando calmar los nervios, pero sabía que nada podría calmarla en ese momento. Nada podría enmendar lo que había sucedido.

Se oía movimiento en el piso de abajo. En algún lugar, a lo lejos, Rosalind estaba dando órdenes, su voz serena disimulando lo que debía de ser el caos en la casa. La noticia correría como la pólvora; por la tarde, su nombre correría de boca en boca por todos los salones de Londres. Lady Isabella Ravensmere, la joven que perdió su virtud por una apuesta, o casi. Un beso se consideraba tan escandaloso como entregarse a un hombre sin la seguridad del matrimonio. La idea de que también había hecho eso hacía que se le erizara la piel y no podía creer que hubiera sido tan necia.

Cerró los ojos.

El contacto de Hartley le ardía en la piel. Su voz, la forma en que había susurrado su nombre como si fuese algo sagrado, todavía resonaba en su oído. Y pensar que se había despertado esa mañana preguntándose si la visitaría, si le pediría la mano como un hombre enamorado, no como uno acorralado por el escándalo.

Y ahora debía casarse con él o quedar arruinada, un pensamiento tan amargo como la hiel en su lengua. ¿Cómo había podido ser tan tonta como para creerse sus palabras? Sintió una dolorosa opresión en el pecho.

¿Podría volver a mirarlo sin ver el engaño? El agotamiento la consumía, pero, no queriendo ceder a la desesperación, se levantó de la cama y se acercó a la ventana. El cielo estaba pálido y desvaído, como si ni siquiera la mañana tuviera ya color que ofrecerle.

Abajo, el carruaje del duque salió de las caballerizas. ¿Se habría marchado Hartley también? ¿Estaría ya en casa, tratando de inventar otra farsa de mentira para ganarse su corazón? ¿Para ganarse de nuevo su confianza?

Resopló con desdén ante la idea. Nada podría reparar jamás el daño que había hecho. Llamaron a su puerta, y a continuación se oyó la suave voz de Rosalind.

—Isabella, ¿puedo pasar?

A Isabella se le hizo un nudo en la garganta, pero logró articular un quedo:

—Sí.

Su hermana entró, cerrando la puerta tras de sí. Cruzó la habitación y se colocó a su lado junto a la ventana.

—Sabes que solo pensamos en tu futuro, querida. Debemos proteger tu nombre.

—Lo sé. —A Isabella se le quebró la voz al pronunciar las palabras—. Pero no puedo casarme con un hombre que me convirtió en el objeto de una apuesta. Ya sería bastante malo si solo me hubiera enterado yo, pero nuestros amigos, y pronto nuestra familia, lo sabrán. La vergüenza de que se case conmigo porque Ravensmere se enteró de nuestro beso es demasiado humillante para expresarla con palabras. Todo el mundo sabrá que no me ama, nadie creerá jamás lo contrario.

Rosalind la abrazó y la estrechó con fuerza.

—Vino a pedir tu mano antes de que estallara el escándalo. Vi en su rostro la sinceridad y el afecto que siente por ti. Por muy enfadada que esté con él, de verdad creo que tenía la intención de hacerte su esposa.

Isabella negó con la cabeza, y las lágrimas volvieron a asomar.

—Tenía la intención de salvarse a sí mismo. Siempre lo ha hecho. Pensé que había cambiado, que había dejado atrás al calavera insensato que todo el mundo ha conocido durante años, pero no es así. Simplemente es más hábil ocultándolo.

Rosalind la apretó con más fuerza antes de separarse.

—Debes decidir qué quieres sacar de esto. Si no puedes perdonarlo ahora, tendrás que aprender a vivir a su lado con decoro. Eso es lo que la sociedad exige, aunque no sea lo que yo deseo para ti.

Isabella soltó una risa pequeña y hueca.

—Decoro. Me pregunto si me queda algo de eso.

Rosalind alargó la mano y le apartó el pelo de la cara.

—Descansa hoy, reflexiona y haz planes. Necesitarás tus fuerzas en las próximas semanas.

Cuando su hermana se fue, Isabella se acurrucó en la cama y se tapó con las mantas. El sueño la eludía, pero cerró los ojos de todos modos, como si al excluir la luz del día pudiera desterrar la verdad de que su futuro ya no le pertenecía.

CAPÍTULO

VEINTISÉIS

Isabella consiguió eludir a Whitmore durante tres semanas. Los domingos llegaban y pasaban, descontando el tiempo que le quedaba, mientras se leían las amonestaciones y se acercaba el día en que se convertiría en la marquesa de Whitmore.

El estómago no había dejado de revolvérsele al pensar en tener que mudarse a su casa, a vivir bajo el mismo techo que el hombre que le había roto el corazón. Hasta la simple mención de su nombre hacía que se le acelerara el pulso, no por afecto, sino por el amargo sabor a traición que se le adhería a la lengua.

¿Cómo iba a mirarlo después de lo que había hecho?

Cuando al principio creyó que era sincero —pensando que sus atenciones significaban amistad y, más tarde, algo más profundo—, él ya la estaba engañando. ¿Qué clase de hombre embaucaba a una mujer para hacerla sentir algo que él mismo nunca tuvo intención de ofrecer?

Whitmore no era amigo suyo.

La había dejado en ridículo ante la sociedad, y no podía perdonárselo.

Durante las últimas tres semanas, había regresado a la vida social con la cabeza bien alta, con el duque y la duquesa de Ravensmere a su lado, ofreciéndole fuerza y protección. Pocos se atrevían a hablar mal de ella; no con la severa mirada de su cuñado atravesando la sala, pero Isabella veía la burla en los ojos de la gente. El aleteo de los abanicos de las damas, tras los que se

ocultaban los susurros, la sutil inclinación de cabeza de un caballero al murmurar a su acompañante… sabía que hablaban de ella. La compasión y la casi ruina se le adherían como un perfume tenue y repudiado.

Especulaban sobre qué clase de futuro podría tener con uno de los libertinos más notorios de Londres, un hombre obligado a casarse por su propia insensatez. Era lo que todo el mundo decía, incluida ella misma.

Sus afectos no habían sido sinceros. Todo había sido una mentira. Pero al menos él tenía sus mil libras…

La idea hizo que sus puños se cerraran sobre su regazo, y por poco golpeó el asiento de terciopelo del carruaje mientras traqueteaba sobre los adoquines camino del evento de esa noche. El rítmico traqueteo de las ruedas y el leve olor de los caballos en el exterior no hicieron más que avivar su agitación.

Aquella noche sería la primera vez que vería a Whitmore desde aquella desastrosa mañana en el estudio de Ravensmere. No podría evitarlo en semejante compañía. ¿Cómo iba a poder estar a su lado ante el *ton*, fingir que no había pasado nada, que estaba contenta?

No lo estaba.

Isabella miraba por la ventanilla del carruaje cómo la ciudad pasaba veloz en una sucesión de borrones iluminados por los faroles. Afortunadamente, Rosalind y el duque no intentaron conversar. En las últimas semanas habían aprendido que era mejor no importunar su mal humor y su pena, a menos que fuera ella quien iniciara la conversación. Isabella se había vuelto parca en sus respuestas, irascible, no por malicia, sino por la decepción consigo misma: por haberse enamorado de un hombre en el que nunca debería haber confiado.

Maldito fuera.

El carruaje se detuvo ante la imponente casa londinense, cuya fachada resplandecía de luz. Un lacayo se adelantó, abrió la portezuela y bajó los estribos.

—¿Estás lista, querida? —preguntó Rosalind en voz baja.

—Lo estoy tanto como lo estaré jamás —murmuró Isabella, recogiéndose las faldas.

Dentro, el aire era cálido y olía a cera de abeja. Por suerte, la sociedad no enmudeció a su llegada como en eventos anteriores. En cambio, la orquesta siguió tocando, las parejas se deslizaban por la pista y las risas resonaban bajo el brillo dorado de los candelabros.

Caminaron por el borde del salón de baile hasta que Rosalind se detuvo cerca de lady Whiteley, una de sus amigas. Isabella permaneció a su lado, sonriendo cortésmente aunque su mente estaba en otra parte.

El vello de la nuca se le erizó, el aire cambió como si la misma sala reconociera su presencia. Supo de quién se trataba incluso antes de volverse a mirar. Se le cortó la respiración.

Whitmore.

Se movía entre la multitud con una gracia sosegada, cada paso medido. Los invitados se apartaban a su paso sin dudar, como si una orden tácita brotara de sus labios y ellos obedecieran. La luz de las velas bruñía su oscuro cabello, realzaba el corte de su mandíbula, y a ella le enojó cómo su corazón se detuvo al ver a aquel apuesto canalla.

Quería golpearlo. Quería arrancarle esa hermosa máscara del rostro, hacerle daño como ella lo sentía. Pero no podía. En su lugar, tenía que sonreír, fingir una felicidad que no existía.

—Excelencias —dijo Whitmore con una elegante reverencia antes de volverse hacia ella. Tomó su mano enguantada y le rozó los nudillos con los labios. Ella ignoró la aceleración de su pulso, el calor que la recorrió a su pesar. Su corazón se negaba a aceptar la crueldad de la que él era capaz.

—Bells —murmuró él, acercándose lo suficiente para que ella percibiera el leve aroma de su colonia. Le dio un beso en la mejilla; por un instante, casi olvidó su papel. Su cuerpo se inclinó hacia él antes de que su mente reaccionara y gritara que *no.*

La mano de él se apretó ligeramente sobre la suya, manteniéndola en su sitio—. Tenemos que hablar —susurró—. Ha pasado demasiado tiempo, Isabella.

Ella retrocedió, liberando su mano de la de él. No podía dejar que la tocara. Su cuerpo podría traicionarla, pero su mente no lo haría—. No queda nada que decir —dijo, sonriendo con viveza mientras una

pareja se acercaba—. Estamos prometidos, nos casaremos en una semana. Esta noche debemos fingir que todo está bien.

Alzó la barbilla, sonriéndole, aunque su mirada era de hielo. El destello de dolor que cruzó los ojos de él la complació más de lo que debería.

—Isabella —dijo él en voz baja—, puede que empezara como una apuesta, pero quiero que sepas que para mí cambió pronto. No me importaba si ganaba o perdía. Lo único que me importaba eras tú. No habría insistido después de aquel primer beso si no hubiera querido más. Si no hubiera pensado que, por primera vez en mi vida, había conocido a alguien de quien me estaba enamorando.

Ella forzó una sonrisa, aunque sus palabras la hirieron profundamente—. *¿Enamorando*, milord*?* ¿Tan pronto hemos pasado al pretérito? —Su voz tembló a pesar de su esfuerzo por sonar serena—. Cumpliré con mi deber y me casaré contigo para salvar mi reputación y la tuya. Pero no creo que podamos volver a lo que una vez creí que teníamos.

—Podemos —dijo él rápidamente. La súplica en su voz retorció algo en su interior. Deseaba cerrar su corazón a cal y canto, dejarlo fuera por completo. ¿Por qué era tan difícil?

—Isabella. —La tomó del brazo y la apartó unos pasos, hacia la sombra de una columna, lo que les proporcionó un resquicio de intimidad—. Estuve en el despacho de Ravensmere esa mañana para pedir tu mano. Solo después de haber pedido permiso, el duque me informó de lo que se rumoreaba por la ciudad. Si mis sentimientos por ti no fueran sinceros, ¿habría acudido a él? Quería casarme contigo antes de que nada de esto se hiciera público. Te quiero. Te quiero muchísimo. Por favor…

Tragó saliva para deshacer el nudo que tenía en la garganta. Había repasado esa mañana innumerables veces, imaginando cómo podría haber sido diferente. El hecho de que se presentara en su casa *sí* jugaba a su favor, pero no podía desechar la idea de que era simplemente el deber lo que lo impulsaba, porque habían compartido lecho.

Incluso ahora, el recuerdo de su contacto le encendía la piel y le oprimía el estómago en una mezcla de vergüenza y anhelo—. Tu

petición de mi mano —dijo en voz baja—, pudo deberse a la… necesidad de la situación, no al amor. Necesitabas pedir la mano de la mujer cuya virtud comprometiste.

—No te la pedí porque te entregaras a mí —dijo él con fiereza—. Te quiero como mi esposa, en todos los sentidos. Te quiero en mi cama, en mi vida, a mi lado. Por favor, Isabella.

No podía soportar ni una palabra más—. Si me disculpas —susurró, con la garganta oprimida—. Debo alejarme de ti.

Se dio la vuelta y se dirigió rápidamente hacia las puertas, con el pulso martilleándole en las sienes. El calor del salón de baile era agobiante, la música de repente demasiado alta, las risas demasiado agudas para sus oídos. Se le nubló la vista.

—Isabella, espera —la llamó él.

Ella lo ignoró, sus faldas rozándole los tobillos mientras aceleraba el paso. Los invitados se volvían para mirarla a su paso, murmurando, susurrando tras manos enguantadas. Para cuando llegó al vestíbulo, le ardían los pulmones. Un lacayo se adelantó para abrir la puerta; el aire nocturno, fresco y húmedo, fue un alivio bienvenido.

—Que preparen el carruaje de Ravensmere —dijo sin aliento.

Whitmore la alcanzó mientras el vehículo avanzaba, los faroles brillando en los pulidos paneles negros.

—No puedo dejar que te vayas así —dijo él, con un tono áspero, la desesperación filtrándose a través de su máscara de compostura.

—Ya lo has hecho —dijo ella, subiendo al interior antes de que él pudiera ofrecerle la mano.

Él la siguió, cerrando la portezuela tras ellos. El pestillo sonó con un clic, encerrándolos en el espacio íntimo y penumbroso—. Sal. —Señaló la puerta, pero él no se movió.

En lugar de eso, el carruaje dio una sacudida y se puso en marcha. Pronto, el ritmo constante de los cascos resonó contra los adoquines. Permanecieron en silencio, el espacio entre ellos denso por todo lo que se había dicho… y lo que no.

Isabella miraba por la pequeña ventanilla, negándose a encontrar su mirada. Su reflejo temblaba en el cristal, sus ojos brillaban. El

leve calor de su cercanía aún la alcanzaba, despertando sentimientos que se despreciaba por tener.

La mano de Whitmore se flexionó sobre su rodilla, como si anhelara alcanzarla. Pero no lo hizo.

Probablemente fue una decisión sabia. Porque en ese preciso momento, no estaba segura de no hacerle daño si lo intentaba. Su cuerpo vibraba de ira y confusión, las palmas de las manos apretadas con fuerza en su regazo para evitar que temblaran.

—Te lo ruego, Bells, perdóname —dijo él, con la voz baja y rota —. Sé que puede parecer que lo que acordé con Rolle es imperdonable —una confianza rota que no se puede reparar—, pero te prometo que nunca he sentido por nadie nada parecido a lo que siento por ti. Me persigues en cada pensamiento. Por ti, y solo por ti, hago planes y abrigo esperanzas. Pienso en un futuro para nosotros juntos, viajando, viviendo en nuestras fincas, teniendo hijos, una vida que nunca me he permitido creer que podría tener.

Ella lo observó, sorprendida por lo crudo y desprotegido que sonaba. No lo creía capaz de tal honestidad. Había un filo áspero en su tono que se le clavó en algún lugar profundo del pecho, un dolor que no quería sentir.

Se deslizó del asiento de enfrente y se arrodilló ante ella, sujetándole las piernas de una manera suplicante que le cortó la respiración. Hacía semanas que no estaban tan cerca. Su calor traspasaba la tela de sus faldas, inquietándola. Su aroma —sándalo y el más leve rastro de brandy— llenó el aire y trajo una oleada de recuerdos que deseaba poder olvidar.

Era peligroso tenerlo tan cerca. Ponía demasiado a prueba su determinación, era una tentación demasiado grande para las partes de su corazón que intentaba endurecer.

—Siempre me he escondido tras una máscara de pícara malicia —dijo él, con la voz más firme ahora, pero aún baja—. Probablemente por eso Rolle me propuso la apuesta a mí y a nadie más. Sabía que no la rechazaría, sobre todo porque te involucraba a ti. Quizá se dio cuenta de mi interés por ti, incluso entonces. Lo admitas o no, siempre ha habido una chispa entre nosotros. Cuando tuve la excusa para intentar que me besaras, no pude dejarla pasar.

Quería besarte, Isabella. Quería que fueras mía. Odiaba que el duque intentara lo mismo y me sentí más que complacido cuando sus atenciones se desviaron hacia la señorita Wilson, pues me dejaba libre para cortejarte; para hacer que me amaras tanto como yo me enamoré de ti.

Intentó ignorar sus bonitas y ensayadas palabras, pero aun así se colaron entre sus defensas. Cada palabra se asentó como una pequeña y traicionera brasa en su pecho, brillando débilmente contra el frío peso de su ira.

Él se inclinó más, sus ojos escudriñando los de ella. El movimiento fue tan pequeño, tan tierno, que no se dio cuenta del poco espacio que quedaba entre ellos hasta que pudo sentir su aliento en los labios.

—Por favor, Bells —susurró—. Por favor, perdóname. No puedo vivir sin ti.

A ella se le entrecortó el aliento. La sinceridad en su mirada retorció algo en su interior y, por un instante terrible, casi le creyó.

Pero entonces recordó.

—No puedes decirme esas cosas y esperar que olvide la apuesta —dijo, con la voz temblorosa a pesar de sus esfuerzos por mantener la calma—. Me dejaste en ridículo ante todo Londres, Hartley. Traicionaste mi confianza. Eso no se puede deshacer sin más con palabras susurradas en un carruaje en penumbra.

—Lo sé —dijo él en voz baja, sin apartar la mirada de ella—. Pero daría cualquier cosa por arreglarlo. Eres la única persona que ha visto al hombre que podría ser, no al canalla que el mundo cree que soy.

Quiso apartar la vista, dejar de ver el dolor grabado en su apuesto rostro. Se le hizo un nudo en la garganta y apretó los labios, forzando la compostura.

—Tu remordimiento no cambia nada —dijo en voz baja—. Mentiste. Me traicionaste. Y aunque creas estar enamorado, no lo estás. Tu desilusión pasará, igual que la mía, y sacaremos el mejor partido posible de esta farsa de matrimonio que se avecina.

Él exhaló con brusquedad, todavía de rodillas ante ella. Inclinó la cabeza, y ella pudo ver el temblor de sus hombros, oír el

entrecortado sollozo de su respiración. Aquel sonido le dejó un vacío en el pecho, y odió que así fuera.

Durante un largo momento, ninguno de los dos habló. El carruaje se balanceaba, el sonido de las ruedas bajo ellos era un contrapunto suave y rítmico a la tensión que flotaba densa en el aire.

—Bells —murmuró él, levantando ligeramente la cabeza—. He dicho cada palabra en serio, pero si no me crees, lo entiendo y sé que no puedo hacer nada más.

Tenía las manos frías y las metió en su regazo para que no temblaran, para no extenderlas hacia él. Quería gritar, llorar, golpearlo, pero la voz la traicionó, saliendo pequeña y tensa.

Él se quedó donde estaba, mirándola, hasta que el carruaje aminoró la marcha. Ella se negó a mirarlo a los ojos de nuevo, se negó a que viera las lágrimas que le empañaban la vista—. Deberías volver a tu casa —dijo en voz baja—. Dile al cochero que, cuando te deje en Berkley Square, vuelva y espere al duque y la duquesa.

Cuando el lacayo abrió la portezuela, ella se levantó y se recogió las faldas. Whitmore se desplomó en el asiento de enfrente, pero no dijo una palabra más.

Salió, el aire fresco de la noche contra sus mejillas acaloradas, y bajó sin su ayuda. Le temblaban las piernas, la garganta oprimida por todo lo dicho. Aún podía sentir el fantasma de su contacto en su vestido, el eco de su voz en sus oídos.

Cuando la puerta del carruaje se cerró tras ella, Isabella enderezó la espalda y caminó hacia su casa. Le dolía el pecho, pero no flaquearía.

Si aquello era amor, era algo cruel y traicionero… y nunca más permitiría que la destruyera.

CAPÍTULO

VEINTISIETE

El carruaje dio un brinco hacia adelante, pero el cuerpo de Hartley se negó a moverse con él. Se quedó helado, mirando la puerta cerrada por donde Isabella acababa de desvanecerse. Cada aliento que tomaba era un cuchillo.

Se había ido.

El tenue aroma de su perfume aún se aferraba al asiento frente a él: rosas y algo dolorosamente delicado. Le oprimía el pecho de un modo que ya no podía soportar.

—Maldita sea —gruñó, abriendo de un empujón la portezuela del carruaje—. Maldita sea al infierno.

El cochero, sorprendido, apenas logró refrenar a los caballos antes de que Hartley saltara a la calle. —Regrese al baile por el duque y la duquesa —ordenó—. No me espere.

No aguardó respuesta; se encaminó hacia la casa ducal, y sus botas golpearon con tal fuerza los escalones de piedra que el eco resonó en la quietud de la noche. Le tronaba el pulso en los oídos. No podía pensar en nada salvo en ella: en cómo le había mirado, el hielo de su voz, las lágrimas que se había negado a derramar. No podía perderla. No así.

Dentro, el vestíbulo estaba luminoso, y el olor a cera abrillantadora flotaba denso en el aire. Un lacayo, sobresaltado, casi dejó caer la bandeja de copas que llevaba.

—¿Dónde está lady Isabella?

—Mi... mi lord, la señora...

Pero Hartley ya se movía. La vio a mitad de la gran escalera, su pálido vestido reluciendo suavemente a la luz de los apliques. —¡Bells! —llamó.

Ella se volvió, los ojos muy abiertos, una sacudida de sorpresa cruzándole el rostro. —¿Qué estás haciendo? —susurró entre dientes, echando una mirada al vestíbulo—. No puedes estar aquí...

Subió los peldaños de dos en dos, acortando la distancia antes de que ella pudiera protestar más. No pensó; no podía pensar. Su corazón era una tormenta y su único ancla, ella.

Cuando la alcanzó, la alzó entre sus brazos.

Ella jadeó, con las palmas clavándosele en el pecho. —¡Hartley! Bájame ahora mismo. No puedes...

—¿Dónde está tu cuarto? —exigió, con voz grave, áspera, urgente.

—Ni se te ocurra...

—¿Dónde, Isabella?

Ella alzó la barbilla, desafiante. —Al fondo del pasillo. Pero te juro que, si no...

No la dejó terminar.

Ignorando las miradas atónitas de los criados mientras avanzaba por el corredor con ella en brazos, murmuró: —Que hablen. No me importa lo que piense nadie.

Ella se retorció contra él, furiosa, empujándole los hombros con las manos. —¡Estás loco! Tienes que parar esto... ¡ahora mismo!

—No hasta que me escuches —dijo—. No hasta que lo entiendas.

El latido de ella retumbaba contra su pecho, un ritmo frenético que no hizo sino espolearle. El roce de sus faldas, el calor de su aliento cerca de su garganta, la forma en que su cuerpo encajaba con el suyo... todo enredaba su resolución en algo salvaje e irrompible.

Llegó a su habitación. Su doncella, sorprendida por la súbita irrupción, se quedó inmóvil a medio movimiento con un vestido en las manos.

—¿Mi lord?

—Déjenos —dijo con brusquedad.

La doncella vaciló apenas un segundo antes de huir, con las faldas susurrando por el corredor. Hartley cerró la puerta de un portazo, giró la llave, y el suave chasquido de la cerradura le pareció definitivo. Sentó a Isabella en la cama y dio un paso atrás, preguntándose qué iba a hacer ahora.

Ella le fulminó con la mirada, con las mejillas encendidas de ira. —Has perdido la cabeza. Si mi hermana se entera de que estás aquí...

—No me importa —dijo, acercándose.

—Los criados lo contarán...

—Que lo cuenten.

Su mirada podría haber cortado el cristal. —¡No tienes derecho a irrumpir en mi casa como un... un bárbaro!

—Entonces llámame así —dijo en voz baja—, pero no me iré hasta que me perdones.

Ella soltó una risa seca, incrédula. —¿Que te perdone? ¿Crees que otra intromisión hará que olvide tu apuesta? ¿Tu traición?

Él se acercó aún más, con el borde de la cama rozándole las rodillas. —Creo —dijo, con voz grave— que haré que veas que todo lo que he dicho en ese carruaje era verdad. Que te amo, Isabella Ravensmere, y voy a demostrarlo.

Ella negó con la cabeza, pero la voz le titubeó. —No puedes forzar el perdón.

—No es mi intención —dijo—. Pretendo ganármelo.

Sus labios se entreabrieron como para replicar, pero él la hizo callar con una mirada: serena, inflexible, cargada con cada gramo del sentimiento que había negado durante tres larguísimas semanas. Las más largas de su vida. Hasta el exilio en el extranjero le había parecido más veloz que el tiempo lejos de ella.

El aire entre ambos vibraba. La luz de la lámpara atrapaba el oro de su cabello, el suave subir y bajar de su pecho. Vio la batalla en sus ojos: ira, orgullo y algo que se parecía peligrosamente al anhelo.

—No saldré de esta habitación —dijo en susurro— hasta que me creas. Hasta que sepas que cada palabra que he dicho la digo en serio. Por la mañana verás que lo que siento por ti no es deber, ni

culpa, ni escándalo. Es amor, puro y enloquecedor, y no te dejaré ir hasta que lo entiendas.

A ella le tembló el aliento. —Eres imposible.

Él esbozó una leve sonrisa. —Ya me lo has dicho antes.

Durante un latido, ninguno se movió. Luego, despacio, él alargó la mano, y con los dedos apartó un rizo rebelde de su mejilla. Ella no se apartó.

Su pulso aleteó bajo sus yemas. El leve tropiezo de su respiración le dijo todo lo que las palabras no. —Bells —susurró—, perdóname.

Se inclinó y encontró su boca.

El mundo desapareció.

Sus labios eran suaves e inquebrantables, y sabían levemente a desafío y a algo dolorosamente dulce. Sus manos subieron a su pecho, no para apartarle esta vez, sino para sostenerse contra la fuerza de todo lo que había entre ellos.

Profundizó el beso, y Hartley se prometió a sí mismo que, pasara lo que pasara más allá de esa noche, jamás volvería a permitir que ella dudara de su amor. Se quitó la chaqueta y el chaleco, se descalzó las botas y sacó la camisa de los calzones antes de librarse también de ellos.

Con alivio, vio a Isabella pelear con los cordones del vestido antes de que él la hiciera volverse y prácticamente los arrancara de sus presillas, desesperado por verla fuera de aquel traje. Ella se puso en pie, y el vestido y el corsé cayeron al suelo antes de que se deslizara la camisola por la cabeza, quedándose solo con las medias de seda.

Se le cortó la respiración ante el espectáculo delicioso que ofrecía. Era tan absolutamente perfecta y hermosa... y suya.

Toda suya.

Le enmarcó el rostro con las manos y la besó, bebiendo de su boca como un hombre sediento. —Te quiero tanto.

Cayeron sobre la cama, y él fue cubriéndole el cuello de besos, marcándola con la lengua y pequeños mordiscos de amor. Amasó su pecho, y su boca se prendió de uno de los pezones, jugueteando con aquella carne rosada y erguida. No se saciaba; estaba loco de deseo y de la necesidad de amarla de nuevo.

Ella se retorció bajo él, con los dedos clavándosele en el pelo, enredándole los rizos, sujetándole como si jamás quisiera soltarle.

Y él no lo haría. Ella no volvería a librarse de él.

Besó su camino por su vientre liso y plano, y, al llegar entre sus piernas, deslizó la mano sobre su monte de Venus, acariciando su coño húmedo y preparado. La prueba de su deseo era a partes iguales alivio y tortura. Ella jadeó y gimió cuando él introdujo un dedo, provocándola, preparándola para lo que vendría.

Hartley no pudo esperar más. Bajó un poco más y lamió su lugar más dulce y privado, tentándola con la lengua, succionándola hasta que ella se arqueó bajo él. Su nombre se volvió súplica, un ruego de más.

Y él le daría más.

Trabajó en ella con la boca, cerrando los ojos y saboreando su gusto. Tenía la verga dura como una piedra; los cojones le dolían por la liberación negada. Se apretó contra el colchón, buscando un poco de alivio a la tortura que sufría.

—Hartley... —Su nombre en los labios de ella casi lo deshizo, y él la succionó con más fuerza, azuzando con la lengua su clítoris hinchado, queriendo que se corriera. Queriendo que restregara su coño en su cara y tomara lo que él le ofrecía.

Por suerte, no tuvo que esperar mucho. Ella le apretó la cara con los muslos, señal inequívoca de que estaba cerca. Él gimió, saboreando el instante de su clímax. No dejó de trabajar su dulce carne hasta que quedó exhausta y saciada, con las piernas laxas y abiertas, su cuerpo de nuevo a su disposición para explorarlo.

Solo entonces fue besando su camino de regreso hasta su boca. Tomó sus labios con dureza al mismo tiempo que se hundía en ella con una determinación —una declaración— que los dejó a ambos sin aliento.

Ella le rodeó la cintura con las piernas, y él embistió dentro de ella, besándola, marcándola como suya. —Eres tan hermosa. Nunca me saciaré de ti, corazón mío, amor mío, mi todo.

Ella le sujetó las mejillas, mirándole, con los ojos vidriosos y esperanzados.

—No estaría aquí ahora, no estaría luchando por ti, Bells, si no quisiera que fueras mía. Por favor, sabe... por favor, créeme. —Apretó con fuerza, y ella soltó un jadeo, arqueando la espalda, con los pechos meciéndose con el movimiento.

—Dime que me crees. Dime que tú también me amas, antes de que expire de tanto preguntarme si soy el único al que le afecta esta emoción.

Ella le sostuvo la mirada, y esta se trabó y se mantuvo. —No estás solo en esta nueva realidad —admitió por fin.

—Gracias a Dios. —La tomó, embistiéndola hasta que ambos quedaron sin juicio ni aliento. Los primeros temblores de su liberación le apretaron la verga, y él aguantó todo lo que pudo antes de que ambos se corrieran en un torbellino de jadeos y gritos de deleite, cayendo juntos por el borde del éxtasis.

Tras varios latidos, se desplomó a su lado, la atrajo contra sí y supo que no habría otra noche en que no fueran a yacer así. Casados o no, jamás volvería a separarse de ella.

Ella se dejó caer sobre su pecho, como si las semanas que habían estado apartados no hubiesen ocurrido. Ojalá no lo hubieran hecho; pero él se lo compensaría. —A partir de hoy, me esforzaré por complacerte. Por no volverte a entristecer ni a decepcionarte.

Ella alzó la vista, con una pequeña sonrisa jugueteando en sus labios hinchados por los besos. —Discutiremos por algunas cosas, Hartley. Ningún matrimonio es perfecto. Pero mientras no vuelvas a entrar en otra apuesta estúpida como la que hiciste con el duque, estaremos bien.

Él deslizó la mano en su cabello, ciñéndole la nuca. —Jamás volveré a ser tan necio, aunque esa insensatez me hiciera comprender cuánto te amo. Por eso te estaré eternamente agradecido.

Ella soltó un pequeño resoplido antes de acomodarse en el hueco de su brazo. —Supongo que tienes suerte de que la apuesta me involucrara a mí. Podrías, justo en este instante, estar prometido con una mujer a la que no aprecias, ¿y entonces dónde estarías? Todo porque fuiste un crío irracional que tuvo que apostar con su amigo en vez de decir que no, como haría un adulto inteligente.

Sus palabras le avergonzaron. Solo la providencia había evitado tal situación. —Veo tu punto y estoy de acuerdo. Prometo que he aprendido la lección.

—Bien. —Ella se incorporó un poco y le enmarcó la cara con las manos—. Aunque aún estoy un poco enfadada contigo, te creo, y quiero lo que empezamos aquella primera noche juntos. Quiero un matrimonio por amor contigo, Hartley. Yo también te amo, tanto. Me dolió que solo me cortejaras por una apuesta. Me hizo sentir sucia y que no valía más que un entretenimiento para dos hombres a los que tenía en gran estima. Me heriste.

A él se le partió el corazón de nuevo. —Lo sé, y lo siento mucho. De veras. Te prometo que te lo compensaré.

Una sonrisilla pícara se dibujó en sus labios. —Bueno, lo que has hecho antes ha sido sin duda interesante. Creo que podría gustarme repetirlo, si estás dispuesto, claro.

Él acercó la boca a su oído y lo rozó con un beso rápido antes de susurrar: —¿Cuando tenía la boca en tu coño?

Un rubor le tiñó las mejillas, y él soltó una risita.

—Sí, cuando tu lengua malvada estaba entre mis piernas.

Sus palabras audaces le pusieron la verga rígida al instante. La hizo rodar boca arriba, sus piernas abriéndose, dispuestas y dúctiles para cada uno de sus deseos. —No sabes lo que acabas de empezar, mi lady.

Ella le pasó la mano por el pelo, con los ojos velados de deseo. —Oh, creo que sí. Me voy a casar con el peor libertino de Londres. Creo que sé exactamente lo que viene ahora.

Él sonrió, besando su camino por su vientre.

Quizá lo supiera. Aun así, él guardaba otros trucos en la manga que ella disfrutaría muy pronto. Tanto por lo que esperar.

Juntos.

EPÍLOGO

La semana había transcurrido en un torbellino de pruebas de vestuario, flores y reuniones familiares. Y ahora, de pie en el gran salón de baile de la residencia ducal, a Isabella apenas le parecía posible que todo hubiera acabado: era una mujer casada. Ya no era lady Isabella Ravensmere. El título aún resonaba en su mente como una campana que no estaba acostumbrada a oír.

La marquesa de Whitmore.

Se miró el vestido de novia, la seda azul claro reluciendo como un hermoso día de verano. Sus hermanas la rodeaban, todo sonrisas y risas: Rosalind, radiante como siempre; Evangeline, con lágrimas en los ojos; Angelica y Cordelia, asegurándose de que todo saliera según su plan, y la querida Clementine, recién llegada del campo y muy mejorada tras el susto que les había dado su salud el invierno anterior. El sonido de su parloteo llenaba la estancia, una melodía de cariño y bromas que reconfortaba el corazón de Isabella.

—¿Crees que la tarta es demasiado extravagante? —susurró Rosalind, inclinándose hacia ella—. El pastelero juró que las rosas de azúcar no se desmoronarían, pero están peligrosamente a punto de hacerlo.

—Son perfectas —dijo Isabella, sonriendo—. Aunque quizá nunca vuelva a mirar una tarta sin pensar en los problemas que causó.

Rosalind soltó una risita y le apretó la mano con cariño. —Estás preciosa, querida. Mamá estaría muy orgullosa.

Aquellas palabras se le atragantaron a Isabella. Pestañeó para contener las lágrimas y miró al otro lado del salón, donde Hartley se encontraba con Ravensmere; ambos reían por algún comentario. La luz del sol doraba su cabello, captando el matiz dorado de sus sienes. Su mirada, al encontrar la de ella, se suavizó de esa manera que le daba un vuelco al corazón cada vez.

Aún se le hacía extraño pensar lo cerca que había estado de perderlo, y con qué facilidad podría haber endurecido su corazón contra él para siempre. Pero el amor, ahora lo comprendía, no se trataba de la perfección. Se trataba del perdón, la confianza y el valor para volver a empezar.

Cuando los violinistas empezaron otra melodía, musitó una disculpa a sus hermanas y cruzó el salón hacia él. La visión de su marido —su *marido*—, de pie esperándola, hizo que sintiera un revoloteo en el estómago como el de una debutante.

—¿Estás disfrutando de tu desayuno nupcial, mi señor? —le tanteó ella, cogiéndole del brazo.

—Enormemente —replicó él con un brillo travieso en los ojos—. Aunque confieso que estoy bastante cansado de compartirte con nuestra familia. Un momento de paz, Bells.

—No me imagino por qué —dijo ella, sonriendo a su pesar.

Él inclinó la cabeza lo suficiente para que solo ella pudiera oírlo. —Porque, mi amor, me casé contigo para tenerte para mí solo.

A ella se le encendieron las mejillas y el pulso se le aceleró ante la intimidad de su tono. Su aroma, deliciosamente familiar, la envolvió como un secreto. Un secreto que solo ella conocía.

Él miró hacia la tarta de bodas que aguardaba en el aparador. —Ven conmigo.

—Hartley —susurró ella, riendo suavemente—. No podemos irnos ahora.

—¿Por qué no?

—Porque nuestra familia se dará cuenta.

—Que se den. De repente tengo un antojo desesperado de postre… a solas.

Antes de que ella pudiera protestar más, él se había hecho con un trozo de la tarta de bodas y la conducía a través de una puerta

lateral hacia los pasillos más tranquilos de la casa. Su corazón se aceleró, medio escandalizado y completamente encantado mientras él tiraba de ella, con sus pasos amortiguados por las gruesas alfombras de Aubusson.

Empezaron a subir las escaleras hasta que él se detuvo ante la que había sido su habitación. Su sonrisa era maliciosa. —¿Apropiado, no crees?

Ella puso los ojos en blanco, pero una risa burbujeó en sus labios. —Eres incorregible.

—Totalmente. —La guio al interior y cerró la puerta tras ellos.

La quietud de la habitación los envolvió, rota solo por el débil sonido de la celebración que llegaba desde abajo: el murmullo de la música, el eco de risas lejanas. Parecía como si el mundo se hubiera reducido a ellos dos solos, suspendidos en un momento perfecto.

—Para los novios —dijo él, alzando el plato de tarta entre ambos —. ¿Tomamos un bocado?

—Por supuesto.

Compartieron un bocado cada uno, sus risas mezclándose con el dulce, con migas en los dedos y en los labios. Hartley dejó el plato y le ahuecó el rostro. —Tienes un poco de tarta en el labio superior. — No hizo ademán de quitársela; en su lugar, la besó allí, su lengua tentando su boca con maliciosa intención.

Ella gimió, deseándolo al instante. —Dime que no me has traído aquí arriba para seducirme.

Él se encogió de hombros, caminando hacia atrás hasta que sus rodillas golpearon uno de los canapés situados frente a la chimenea. Se dejó caer en el asiento, observándola mientras sus ágiles dedos desabrochaban la portañuela de su pantalón, dejando al descubierto su verga rígida y considerable.

La humedad se acumuló entre sus piernas, y ella se sentó a horcajadas sobre su regazo sin mediar palabra, desesperada por tenerlo. Él le apartó el vestido con una temeridad y desesperación que los dejó sin sentido. Isabella recibió a Hartley en su interior, rodeándole el cuello con los brazos, cabalgándolo sin pudor, necesitándolo para calmar el dulce anhelo entre sus muslos.

—Dios, sí —gimió él, con las manos como un tornillo en sus caderas, haciéndola moverse sobre él.

Isabella perdió la razón. Lo tomó, disfrutó de lo travieso de su situación, se deleitó con la sensación que solo él le provocaba. Su cuerpo se convulsionó, tembló y se precipitó hacia el éxtasis mucho más rápido de lo que a ella le hubiera gustado. El grito de placer de Hartley se mezcló con el de ella y lo besó, profunda y largamente, sabiendo que nunca se cansaría de él, que siempre lo desearía así.

Que él era suyo y ella era suya, y nada cambiaría jamás ese hecho.

—Te adoro —dijo él, rozando la boca contra la suya—. Recordaré este día el resto de mi vida, ya sea larga o corta, eres mi todo.

Las lágrimas asomaron a sus ojos, y ella le ahuecó el rostro. —Yo también te quiero.

Cuando por fin bajaron de nuevo, del brazo, la mirada de Rosalind los encontró de inmediato —recelosa, sabihonda—, e Isabella se mordió el interior de la mejilla para no reírse.

Hartley se inclinó hacia ella. —¿Supones que habrán adivinado dónde hemos ido? —susurró.

—Sin duda —dijo ella, incapaz de borrar la sonrisa de su rostro—. Rosalind nunca nos lo perdonará.

—Entonces le daremos otra cosa de la que hablar —dijo él, llevándola hacia la pista de baile.

Ella rio suavemente mientras él la conducía en un vals improvisado. A su alrededor, su familia los observaba; el aire estaba cargado de música, el día lleno de celebración.

Alzó la vista hacia él, con el corazón rebosante. Fuera lo que fuera que les deparara el futuro, sabía una cosa con certeza. Lo afrontarían juntos. Y mientras él la hacía girar bajo la resplandeciente luz de la mañana que bañaba el salón aquel día, Isabella sonrió. Por primera vez en su vida, era su momento de brillar, y estaba exactamente donde debía estar.

En los brazos de lord Hartley Whitmore.

Quién lo hubiera imaginado…

BOLETÍN

Mantente al día y en contacto suscribiéndote a mi boletín.



OTRAS OBRAS DE TAMARA GILL

La Heredera

La Sociedad 1777

Amoríos y Duques

Los York Rebeldes

Las Incontrolables Woodvilles

Liga de Caballeros Incasables

Besa al Marginado

Casarse con un pícaro

Lords de Londres

Casa Real de Atharia

Amor escocés a través del tiempo

Una Temporada Robada

Londres Escandaloso

Alta Mar y Grandes Apuestas

Hijas de los Dioses

LIBROS INDEPENDIENTES

Rendición Desafiante

Convenio Atrevido

Pecar con Escándalo

Forajidos

Acerca de la autora

Tamara es una autora australiana que creció en una antigua ciudad minera al sur de Australia, donde se orginó su amor por la historia. Tanto es así, que hizo que su querido esposo viajase al Reino Unido con ella para celebrar su luna de miel, momento donde le arrastró desde los monumentos históricos hacia los castillos y viceversa.

Es madre de tres, dos pequeños caballeros en crecimiento, y una futura lady (eso espera ella) y un trabajo de medio tiempo la mantienen ocupada en el mundo real, pero cada vez que encuentra un momento de paz, ama escribir novelas románticas en una plétora de géneros, incluyendo las regencias, el medievo y viajes en el tiempo.